

ALVARO MIRANDA

10  
365.3  
1944



8320/0.1106

**La Risa  
del  
Cuervo**

1944

*Cesar Valmorán*

*Thomas de Quincey Editores Ltda.*

1ª Edición, Marzo 1.992  
© Alvaro Miranda, 1.992  
Thomas de Quincey Editores Ltda.  
Apartado 40937  
Santafé de Bogotá, D. C.

A608389

Coordinación editorial: Adriana Grosse  
Serigrafía de portada: Pedro Miranda  
Armada electrónica: Hexagram  
Impreso por: Consorcio Gráfico Ltda.  
Cra. 25 No. 12-92  
Santafé de Bogotá I D. C. Colombia

ISBN. 958-33-0006-3

Impreso en Colombia  
Printed in Colombia

## PREFACIO SOBRE LA RISA DEL CUERVO

**E**n una página suya sobre Walt Whitman, José Martí habla de la trenodia con que aquel acompañó la muerte de Abraham Lincoln y al sentir que las palabras de Whitman cubren de luto la tierra y que ésta es casi el inmenso féretro de Lincoln, decide que está ante algo "más hermoso, extraño y profundo que "El cuervo" de Poe. Es bien claro que el luto por Lincoln y la expresión poética de Whitman interesaban más a Martí en su concepción de la vida, que al creador de la literatura policíaca, cuentista de impacto inolvidable, con su tiniebla funeral y una sabiduría artística que estimularía grandes contemporáneos del poeta libertador Martí, como Baudelaire y Mallarmé.

En La risa del cuervo de Alvaro Miranda encontramos ya un comienzo de tierra firme para la poesía, donde convergen sin decreto ni programa alguno las ensoñaciones del arte y las pasiones de la lucha, sin desconfianza por el arte que pone en

duda la historia entera como Poe o Rimbaud; ya no habrá lejanía entre el mundo heroico de libertadores y grandes maestros americanos que interesó a Martí y el creador de "El cuervo", del estribillo de la melancolía de "El corazón revelador", de la pavorosa "Café de la casa de Usher", de "El tonel de amontillado" y de "La verdad sobre el caso de M. Valdemar".

Esta enumeración viene a cuento porque los aquí nombrados relatos de Edgar Allan Poe son del mundo donde las tumbas palpitan sobre los vivos, la muerte se desborda sobre el día, hay puentes entre la vida y la muerte que no por artificiales serían menos impresionantes, como el hecho de que M. Valdemar haya muerto hipnótico y ésto lo mantiene incorruptible; deshipnotizarlo sería asistir a las etapas espantosas de descomposición hasta el polvo.

De otros así vienen las voces que componen La risa del cuervo de Alvaro Miranda, pero que con su danza estremecen sísmicamente muchos asuntos que interesan al continente colectividad, y no son de Poe, sino más bien próximos a las danzas de chirimías y jaripeos entre los esqueletos de José Guadalupe Posada, menos melancólicos y atormentados que las almas en pena de Pedro Páramo y le vienen muy bien los detalles relatados en el capítulo séptimo del libro segundo de los comentarios reales del Inca Garcilaso de la Vega, donde se habla de la conducta de los peruanos aborígenes acerca de sus objetos, aún cabellos y uñas, que se cuidaban para el día de la resurrección; ellos cuidaban de que todo lo correspondiente al

cuerpo quedará en alguna parte en cierto orden, para no desesperar en las prisas de ese gran día.

El bullicio y las fanfarrias que salen de las tumbas donde ha pugnado con su palpitación aguda el corazón revelador, las fiestas de los esqueletos que buscan sus carnes en el día de la resurrección, bailan en las páginas de Miranda la cucaracha a toda vela, una cucaracha que no se nombra, aunque eso sí, como en los tiempos cuando cabalgaba vivo el gran Pancho Villa, con todo el zapatao y las cananas puestas. Pero son más definidas, más nuestras, son símbolos de nuestra guerra de libertad, una alquimia que trata de revivir para soldar ceniza por ceniza la anatomía dinámica de lo que tanto fue para nuestra historia, de la Expedición Botánica, que Miranda nos hace vivir en pleno trabajo científico y humor cotidiano con las imágenes de Humboldt y Bonpland. La expedición en ésta imagen insuperable de la vida intelectual de aquellos tiempos narra la novela en contrapunto con la cabeza de José Félix Ribas, pariente político del Libertador Simón Bolívar y guerrero famoso de los tiempos Bolívarianos de la guerra a muerte y que usaba gorro frigio en su cabeza que fue expuesta en Caracas en una jaula y en cuyo cráneo anidó un pájaro, según cuenta la historia, pero que es para Miranda como la cabeza mítica del Popol Vuh, la cabeza donde está revivido todo aquello, donde la danza macabra de las luchas entre las primeras hogueras de la independencia americana tienen una vida verbal que agita sin duda la latencia en el inconsciente colectivo. Ribas anda por todas partes como un

espantapájaros enloquecido porque se le ha dado pensamiento y movimiento; es algo como un símbolo de la materia genética fundamental de lo que significa Simón Bolívar, Manuela Sáenz en una suerte de reina de los muertos, deseos elementales y violentos turban en éste libro el sueño de su muerte, pero es verdad que está entredormida, como lo está en muchos de nosotros la imagen de toda aquella lucha de libertad, más insistente mientras más anacrónica se vuelve frente a la guerra moderna.

Es el libro de un poeta, puede llamarse novela y puede estar relacionado con la historia de la Independencia y con el Romanticismo americano, tanto como el de Bolívar como el de Edgar Allan Poe, pero no tiene un renglón de historia ni un párrafo de prosa; todo es creación, está en el reino de la poesía como la entendieron Grecia y el chileno moderno Vicente Huidobro. Aquí viven muertos que en nosotros viven como pensamientos, aquí piensan cabezas decapitadas. Esto no se parece a los hechos reales pero sí a la verdad, porque están presentes por lo menos tres personas para las cuales la pasión por lo que fue la libertad Bolivariana era incorruptible e insobornable: Ribas, Humboldt y Manuela Sáenz; aparecen figuras desmembradas cuyos pedazos pueden todavía entenderse como pertenecientes a un cuerpo, pueden pensar y no en aquellos hechos, sino en lo que les pasa ahora que están descuartizados como Túpac Amaru o Antonio Galán, que son otros irreductibles símbolos de aquella causa, presentes y ritualizados en su resurrección. En éste libro

están como marionetas vivas vestidas de salamandra para soportar el fuego de toda guerra; la guerra y la muerte son todavía su casa más común, su vida cotidiana, pero aquí la guerra está vista como una carnicería circense entre hogueras y la muerte como un incesante buscarse de miembros descuartizados y partidarios puros de aquella causa.

Sin ensombrecer el humor ni un momento, sin perder por una palabra ese sentido de fiesta arlequinesca que es connatural al arte de Miranda, éste libro busca fórmulas de salida de la muerte, de dominio sobre las claves de los cementerios para los seres simbólicos, es decir, los de vidas totalmente identificadas con una causa que crea o creó sentimiento común. Buscan esas fórmulas con la intensidad del Libro de los muertos, aunque prefiera la risa a la incomparable solemnidad sacerdotal de aquel libro egipcio. Con todo, pese a la diferencia de tono con el Libro de los muertos, La risa del cuervo tiene gran calidad ritual, como libro de poeta y sus recursos puramente poéticos, y tan fascinados por lo Bolívariano y Humboldtiano como por el destino del gran soñador de temperamentos y crímenes sutiles, Edgar Allan Poe, permiten crear una arquitectura fantástica de ultratumba, una red comunicante como un acueducto o como un laberinto o como un sistema de caminos cambiantes o una geografía donde en verdad los muertos continuarán la vida y las peregrinaciones, como quería el antiguo Egipto. Esa red comunica el país de los muertos con el mundo de los guácharos, que son aves de los

puntos de las cavernas donde no entra la luz y que fueron estudiados por Humboldt. El guácharo es un pájaro de la oscuridad menos funeral que el murciélago, parece más hacia la luz que hacia la muerte.

El hecho de que ese mundo de la ultratumba de La risa del cuervo lo sueña un poeta que no tuvo que ver con la guerra Bolívariana y que murió intoxicado y delirante un día de elecciones en Baltimore del siglo XIX, después de marcar la literatura con un estilo y un mundo irrepetibles, que se paseaba por la muerte con tanta o más familiaridad que por la vida y que podría ser el mayor símbolo del Romanticismo literario, nos revela aún más que no estamos ante otra cosa que poesía, un imposible que se hace real por la lógica de la poesía, el maestro literario de más fina sensibilidad recava con el sueño las partes desuartizadas de héroes que han vivido en continentes distintos del suyo. La mesa donde Edgar Poe escribe al final de La risa del cuervo, la mesa donde se encuentran el sueño de Edgar Poe y los muertos resucitables de la historia de América a través de la escritura y se entra y se sale por la noche de las tumbas a pesar del tunel de la metamorfosis, es como la mesa de cirugía de los encuentros sorprendentes de Lauremont.

Es explicable que para un poeta como Miranda, Poe, el insustituible, el escritor más extraordinario de América, el maestro supremo de grandes poetas como Baudelaire, Mallarmé y José Asunción Silva, se encuentre en relación de creador de mundos con los personajes de mayor significación

y perspectiva en gran parte de la historia política de América. El libro del samario Miranda descanda el camino iniciado en la ciudad de Santa Marta donde murió Bolívar y lo lleva a un acuerdo con la gran Literatura Romántica donde la muerte y la vida son igualmente vivientes, literatura y lucha por la libertad igualmente aparentes.

Aquí la literatura misteriosa y excepcional de Los raros de Rubén Darío y las ciudades indígenas que se yerguen en cada página de Martí, coexisten en nuestra identidad sin contradicción alguna. El "cuervo de nunca más" de Poe puede tener razón, pero más la tiene ahora el cuervo de la risa, el cuervo del misterio en el cual dice la leyenda que reside el Rey Arturo encantado, el cuervo que guarda la inmortalidad de Arturo, el cuervo que en los tratados y las historias del lenguaje figura como uno de los animales capaces de hablar en algunos casos y, finalmente, el cuervo del Popol Vuh, que trajo al hombre la noticia de la existencia del maíz. Esa noticia es el inicio del mundo indígena de Guatemala del hombre americano, el símbolo permanente de ese origen.

Augusto Pinilla.

- ¡Pucha! -dijo Ribas -si a lo menos se callara un rato.

- Apretó con fuerza su cabeza bajo el brazo y se internó entre los pastizales del Llano. De la noche surgió una plaga de mosquitos que comenzó a zumbar sobre los hilos de sangre que corrían por su espalda.

- ¡Pucha! -repitió -si a lo menos apareciera Bolívar para que espante el cuervo.

Se tambaleaba en su andar sin rumbo con la cabeza detenida entre sus manos, como si el norte quedara allá donde le parecía escuchar los cascos de los caballos que galopaban entre las piedras del río.

- ¿Y si son los hombres de Morales? -Preguntó. En el cielo, el cuervo extendía sus alas y se dejaba llevar por el viento que lo alzaba sobre la llanura. De repente un graznido, un rápido aletazo y una caída sobre los hombros de Ribas.

- ¡Ribas! - Oyó decir - ¡Ribas!

La voz lo llamaba de todas partes. Giró varias veces el cuerpo para precisar los gritos que se doblaban tras el golpe de sus pasos. Agitado,

detuvo su marcha. Entre sus piernas el brinco de una lagartija estuvo a punto de hacerle soltar la cabeza. Se acurrucó en la noche, en medio de la llanura que se hacía infinita a los cuatro lados del horizonte. Los sintió llegar, bajarse de sus cabalgaduras. Pisaban fuerte y con las hojas de los machetes apartaban los matorrales. Maldecían y se aproximaban cada vez más al lugar donde ahora se había ocultado. El cuervo entre tanto estiraba el pico para fijar su mirada sobre Ribas. De salto en salto llegó hasta sus botas y se quedó a su lado con la mansedumbre de un ser apesadumbrado. Ribas pudo ver de cerca aquellas alas que tantas veces lo acompañaron. Algo le hacía pensar que aquel animal le perseguía desde toda su vida. Desde la rama de un árbol, desde la acequia, desde los playones, el animal lo espiaba. Saltaba en sus dos patitas o volaba a medias, como si se tratara de un pichón recién salido del huevo.

De repente, en medio de la búsqueda que hacían los hombres de Morales, el animal chilló. Los soldados giraron al escuchar el graznido e hicieron fuego. Los fogonazos cruzaron la oscuridad de la noche. Ribas, ante la descarga de la fusilería, arrojó al suelo la cabeza que dio algunos botes entre los pastizales. A tientas la buscó con desespero, hasta que pudo de nuevo cogerla de los cabellos.

"Cruac, cruac", graznó el cuervo. Detrás de su vuelo el eco de su risa se agitó como una campanada seca.

-Ahí va Ribas -gritaron los hombres de Morales,

al tiempo que señalaban el rumbo que tomaba el ave. Nuevas carcajadas repercutieron en la oscuridad. Eran los soldados los que festejaban su ocurrencia. Aquella algarabía pareció montarse en las cabalgaduras para irse con ellos al galope, a las profundidades del Llano. Sólo cuando estuvo seguro de su partida se atrevió a salir de su escondite. Sobre el viento permanecía la misma nube de mosquitos. Aturdido por los insistentes zumbidos de los insectos, comenzó a matarlos a manotazos contra su rostro. En medio de las picaduras recordó la muerte de Boves en el combate de Urica. Pensó en su propia derrota, en aquella huida apresurada por Tumanaco, acompañado sólo de un negro que se empeñaba en hablarle de Urica como su última batalla. Vencido, sin ejército, miraba hacia el horizonte que se le atrevesaba preciso pero inalcanzable.

-¡Pucha! -Repetía y de nuevo, en lo más perdido de sus sus ojos cerrados, veía al negro que se agazapaba entre la espesura, a la espera de entregarlo a sus enemigos cuando se durmiera. Soñó con un Morales, casi volátil que llegaba con la intención de apresarlo, pero él, montado en un carruaje que conducían doncellas, gansos plateados y Antínoo el caballo de su enemigo Boves, saludaba con su gorro frigio a los caraqueños.

"Simón", gritaba Ribas, y Bolívar, desdeñoso, le volteaba el rostro. "¡Que le corten la cabeza!", le pareció escuchar. Despertó. Nadie estaba a su alrededor. El viento del Llano soplaba sobre su ensangrentada charretera. Estaba de nuevo ahí.

con su cabeza cortada entre las manos. "Es tiempo de partir", se decía entre dientes, pero sus pies seguían fijos a la tierra. Sólo ahora, después de tres horas de la ejecución ordenada por Morales, entendía de verdad que le habían cortado la cabeza y que con ella, debajo del brazo, se hallaba perdido en la inmensidad de aquella estepa del trópico.

Miró con recelo a su alrededor. El peso de la cabeza comenzó a molestarle. No sabía si era mejor dejarla en el pastizal o seguir adelante sólo con su cuerpo. La soledad sin ruidos de guerra, interrumpida por los piquetes de los insectos, le hizo pensar por primera vez en la necesidad de ocuparse de lo que aún quedaba de él. Recordó que hacía mucho tiempo no se miraba en un espejo. "Ya habrá tiempo de llegar a la puerta del espejo", se dijo, a la vez que intentaba colocar la cabeza en otro sitio, sobre los hombros. Algo le faltaba. No encajaba un lugar con otro. Los bordes macheteados comenzaron a arderle. Mordió sus labios a la espera de aliviar el dolor. "Están resecos", murmuró con la lengua afuera, como si buscara aminorar la sed con aquel gesto. A cada instante le crecían los descos de engranar aquellas partes que el machete había logrado separar de un solo tajo. Alzaba la cabeza y la dejaba caer sobre el muñón del cuello, a la espera de colocar los ojos de frente, en concordancia con su pecho, en la misma dirección de los pies. Desesperado, decidió hacerla girar del todo, pero la cabeza quedó vuelta hacia su espalda. Una vez en esa posición la retornó despacio para escuchar el chirrido que hacían las dos partes al encajar. La cabeza insistía en torcerse,

enfriarse hacia los lados. Con una de las manos buscó un lugar donde poderse sentar. En ese instante supo que lo que más necesitaba no era un espejo sino una silla. "Sólo unas nalgas sentadas saben lo que han caminado los pies sobre la tierra", dijo y el silencio lo apabulló hasta empujarlo de golpe sobre el suelo. Tomó aire por la nariz, pero no le pasaba a los pulmones. Entraba a las fosas nasales y salía por el agujero del cuello. Un sentimiento de desesperanza se le atragantó en la garganta rota. Quiso gritar, llamar a sus amigos de la logía, pero de seguro los únicos que oírían sus gritos serían los hombres de Morales, sus propios verdugos. Optó por quedarse en silencio. Cerca de ahí se escuchaba un arroyo. Se dejó guiar por el sonido del agua. Tenía sobre sí el cansancio de una garza morena que padece por el paso de la vida. Los pies no le obedecían, tropezaban contra todas las piedras del camino. Ya cerca del agua se dejó caer sobre la tierra. Con lentitud y precisión se dedicó a arrojar manotadas de agua sobre las partes cortadas. Aquella limpieza lo hizo sentir fresco y seguro. Oficioso, con la cabeza bien tenida, alzó la mirada al cielo. El sonido del agua lo atraía. Sus pasos lo encaminaron al centro de la corriente que bajaba sonora entre las piedras. Por un momento los muñones se acomodaron. Su primeros movimientos fueron lentos, acompasados. A cada paso alzaba las rodillas sobre la superficie del agua. Con los brazos abiertos guardaba el equilibrio. Había comenzado a suspirar de emoción invadido por un temblor repentino de alegría, cuando sintió que su cabeza se iba de bruces. Con

un rápido movimiento de manos logró suspenderla de los cabellos antes de que cayera al arroyo. Sus ojos, a la altura del ombligo, tenían ahora otra dimensión del mundo. Su estómago se convirtió por aquel instante en el centro del universo, aunque más allá las garzas sobre los morichales estuvieron más altas que nunca. No sabía con exactitud si era el latir de su corazón o el gorgoteo de sus intestinos los que ahora le pedían algo de comer. A medida que pasaba el tiempo aquellos ruidos comenzaron a escucharse con mayor frecuencia y claridad, hasta que explotaron con una furia incontenible entre sus nalgas. Llegó a creer que pensaba a través de aquellos ruidos interiores como si se tratara de un toche que no podía dejar de cantar. De su garganta emergió un aullido de rabia. Alzó la cabeza más allá de ella misma, por encima de aquel lugar vacío donde sólo corría el viento y la arrojó a la corriente. Se escuchó primero un golpe seco, un chapaleo de derrumbe y de inmediato el resonar de todo su cuerpo que caía al agua. En la corriente, de orilla a orilla, Ribas observó la noche que le venía encima. En lo alto transcurrían las estrellas. Embarcado en su propio cuerpo, empezó a repetir el nombre de las constelaciones de todas aquellas que enumeraba y señalaba ante su tropa, a la espera de ser reconocido en autoridad y sabiduría por aquel cuervo, su único testigo. Poco a poco sus párpados se cerraron bajo el rutilar de la hoz de Venus y la constelación del Barco. Por sus mejillas comenzaron a rodar las lágrimas y el Llano a su alrededor dejó oír el cantar de grillos y chicharras. Ya para entonces el

sueño le impidió ver al cuervo que planeaba sobre su cabeza. El animal había descendido de la noche para dejar caer sus garras sobre los cabellos. Y así, durante horas, cabeza, tronco y animal bajaron por el arroyo.

Sólo cuando hubo despertado supo Ribas que su cabeza pendía a más de tres metros de altura de la punta de una lanza. Jamás imaginó que desde aquel lugar el Llano se pudiera divisar en toda su extensión, inmenso, soberano.

-Lo encontramos entre el agua mi general Morales- Con su uniforme realista, con la piel bronceada por el sol, Morales, escuchaba las explicaciones del pardo. El oficial, con dificultad entornaba los ojos para mirar aquella cabeza mojada que no dejaba de escurrir agua por los hilos de unos cabellos desaliñados y rubios.

-¿Y ese animal? -Preguntó Morales.

-Venía dormido sobre la cabeza del muerto.

En el suelo el cuervo yacía con las alas mojadas e inmóviles.

-¿Qué hacemos con él? -Preguntó alguien.

-Fritenlo y que se lo coma Bolívar -gritó el oficial realista.

-¿Le mandamos el cuervo a Bolívar? -Repuso el soldado.

-No, animal, la cabeza del general Ribas.

Ribas fingía dormir. Cerraba los ojos seguro de que así los soldados no lo verían. "No estoy aquí, me he ido para siempre", se repetía una y otra vez con el ánimo de convencer a sus propios pensamientos de cualquier cosa, menos de saberse de nuevo prisionero de sus enemigos.

Entonces decidió morirse. Buscaba la muerte en su cabeza, pensaba sólo en ella, pero la muerte se negaba a venir para llevárselo de una vez por todas. Recordó la historia que Simón Bolívar le contaba allá en Cumaná sobre Condoreanqui, el indio peruano que se hacía llamar Túpac Amaru y que resistió varias veces los empujones de la muerte sobre el cadalso. Veía a Bolívar sentado junto al fuego con una guerrera de húsar inglés, pantalones escarlata de lo mismo, ancho galón de oro a ambos lados, un sombrero de capitán general con una pluma prusiana muy grande y unas botas enormes de dragón con espuelas pesadas de oro de un largo incomodísimo. Hablador y risueño, El Libertador caminaba entre la tropa que yacía a sus pies, atenta a sus palabras que fluían de su boca como si se tratara de una catarata de ilusiones:

“Lo aporrearon, le arrastraron metido en unos zurroneos, lo escupieron, le ataron de pies y manos, le cortaron la lengua y nuevamente se le dio garrote y asido de las extremidades como estaba, quisieron que cuatro caballos lo partieran, pues a cada una de las bestias las empujaban a látigo hacia una dirección distinta de los puntos cardinales. Y el indio aguantó y entonces decidieron cortarle la cabeza”.

Ribas quería morirse y no podía. Cerraba bien los ojos, mucho, como lo hacía de niño para ver estrellitas amarillas o gusanitos azules adentro de los párpados. Llamaba una y mil veces a la muerte y la muerte no venía.

Sobre la noche el cuervo reía.

Abrió los ojos y el animal revoloteaba de nuevo sobre su cabeza. Los graznidos lo enloquecían a cada instante. El naciente comenzaba a subir con toda su fuerza. Bastaba un sol para morir. No tendría que hacer fuerza con aquel calor que comenzaba a abrasar. Alzó los ojos para ver el ruedo amarillo e hirviente, cuando el cuervo voló e impidió con su cuerpo que la luz del sol le encegueciera. El animal abrió sus alas justo sobre su cara y se quedaba inmóvil, suspendido en la mitad del cielo para ampararlo bajo su sombra. Decidió lanzar un grito de desesperación. El eco respondió casi de inmediato. Abrió su boca lo que más podía para que sus gritos se esparcieran contra el horizonte, pero las palabras se desplomaban sin fuerza contra sus labios como si se tratara de un murmullo.

Abajo, cerca del otro extremo de la lanza, algunos de los hombres de Morales hacían una hoguera, otros dormían o alistaban sus pertrechos de guerra. Nadie parecía escucharlo. Estaba en realidad muerto. Si nadie lo escuchaba no pertenecía a este mundo. El siempre gustó de ser oído para sentirse vivo. “Murmullos”, murmuró, hasta que una sensación de sed le llenó la boca. Estaba sediento de tanto hablar. “Tengo sed”, dijo y nadie le contestó. Con su maxilar inferior desgonzado y la lengua escurrida, esperó el paso del viento para que lo refrescara. Las moscas, sin embargo, fueron las únicas que llegaron para ponerse al interior de su boca. Las pocas que logró escupir le confirmaron sus sospechas: estaba seco de saliva. Cansado de ser quien era decidió cerrar sus ojos

para soñar:

*El hombre caminaba sobre la Luna. La soledad lo amenazaba hasta que pudo escuchar el graznido del cuervo. Quiso mirar hacia atrás, pero recordó que en los sueños los cuervos no tienen importancia para algunos hombres. Avanzó varios pasos sobre la luna y el cuervo insistía en lanzar con furia sus gritos sobre la humanidad. Desesperado ante los llamados del ave decidió voltear la cabeza para ver que sucedía sobre las secas huellas que el tiempo había dejado sobre el desierto de la Luna. El cuervo ahora reía porque era un animal importante al cual todos los hombres prestaban atención en sus sueños.*

Pasó el tiempo y el hombre que caminaba sobre la Luna comenzó a buscar su cuerpo. Tocaba el lugar donde debían estar sus piernas y las mismas manos no las veía. Descubrió que el cuervo había despertado y que el hombre ni adentro ni afuera de los sueños existía.

Hizo un esfuerzo por despertar, por abrir los ojos y escapar de aquello que lo rodeaba. Sólo logró comprobar que no dormía y que tampoco estaba muerto.

Había perdido su cuerpo. Lo veía abajo hociqueado y mordido por los perros. Los hombres de Morales le arrojaban piedras y palos que rebotaban o quedaban atrapados entre sus extremidades. Las pruebas de puntería aumentaban a cada instante con la llegada de nuevos competidores. Las lanzas volaban sobre su pechera azul, levantaban la tierra de los alrededores o se clavaban con precisión en su costado. Lo arrastra-

ron de un lado a otro del campamento, lo rifaron una y mil veces con dados de cuernos de vaca, hasta que exhaustos lo abandonaron al lado de una mata de pringamoza. La mirada de Ribas seguía sobre su propio cuerpo con una compasión que lo estremecía como si se tratara de un dolor por otro ser. Ansiaba ser su propio sepulturero, bajar su cabeza de la lanza y enterrarse con sus brazos de una vez por todas. Intentó en varias ocasiones descender, pero al girar la cabeza sólo conseguía maltratarse con el filo de la lanza. "Ojalá venga el cuervo" y se sorprendía de llamar al animal y no a Bolívar como lo hizo en otras oportunidades. Oteaba el horizonte a la espera de tener de nuevo aquella negra compañía sobre sus cabellos. Le parecía oírlo cantar entre los árboles, cruzar a saltos la raya del horizonte, aletear sobre los pardos, para detenerse por último sobre algún palmiche.

Sus oídos fueron los primeros en escuchar unos ladridos lastimeros que venían revolcados por las brisas desde la lejanía y que poco a poco se posaron con toda claridad sobre sus cabellos. Allí se estiraron hasta volverse muy finos, casi imperceptibles. Ribas, al final, acogió aquellos ladridos como si se tratara de musicales arrullos. Detrás de los últimos quejidos apareció una manada de perros enjutos y sarnosos a cuya cabeza iba un setter irlandés. Con saltos y gruñidos el animal jefe organizó la invasión al campamento.

Desde lo alto de la lanza pudo observar cómo unas patas largas y peludas se encaminaban a su cuerpo. El perro jadeó con su boca abierta sobre

aquel bulto uniformado. A tirones comenzó a desprender los botones de la casaca. De un furioso tarascón atinó a morder el alfiler de la medalla cuya punta le atravesó el labio. Entre ladridos lastimeros, gritos y risotadas, el perro se dio a la fuga hasta perderse entre la maleza, al tiempo que sobre Ribas caía un tropel de patas que le rasgaban el uniforme y le trozaban las carnes. Ante la ausencia del séter los otros perros se habían apoderado de aquel cuerpo para cubrirlo con sus barrigas y pechos enlodados. Sus hocicos y narices frías hurgaron los brazos y piernas espernancados, como si buscaran así asegurar la tranquilidad del refugio conseguido.

Desde lo alto de la lanza Ribas contemplaba la nueva noche que cercaba los alrededores. Los perros que habían decidido buscar en él un lugar seguro donde conciliar los sueños perdidos y dejar por unas horas aquella fatiga de vagabundos que les hacía libres sobre el Llano. Los párpados cerrados y en movimiento, le confirmaron a Ribas que el sueño había tomado posesión de aquellos animales, hasta que, con el transcurrir del tiempo, los tenues quejidos que en un principio arrullaban la pradera, crecieron de tal forma que se convirtieron en ensordecedores aullidos que se estrellaban contra un cielo y una tierra apretados bajo el peso de la misma oscuridad. Aquella algarabía terminó por meterse en los oídos de los soldados que no tuvieron otra alternativa que saltar de sus hamacas y festigar con sus zurriagos. El orden se impuso en el campamento. El silencio retornó para instalarse, como siempre, como un ave de

alas negras sobre hombres y perros que entraban sumisos al sueño.

En la orilla del pastizal ruidos extraños comenzaron a desbaratar la calma lograda. Sobre la chojarasca se escucharon algunos pasos que alertaron a la guardia. Los ojos de los pardos se abrieron para adivinar entre sombras la presencia del enemigo. El cuervo sacudió varias veces sus alas. "Bolívar", pensó Ribas y la fantasmal imagen del caraqueño se alzó sobre su cabeza como un rayo de sueños resucitados que se negaba entre fulgores a desaparecer del horizonte. Bajo el incendio de las antorchas las lanzas de los pardos se irguieron en pie de guerra. En medio de la excitación que anticipaba el combate apareció el séter con la cola en ristre. Los blancos dientes de los hombres rieron en la oscuridad como si hubieran hallado la vida en aquel blanco irlandés de manchas rojas que regresaba airoso de la noche. Tranquilos de no tener sobre ellos una nueva batalla, buscaron sus hamacas para entregarse al descanso. El séter fue el único que permaneció despierto. Caminaba de un lado a otro con una prisa incontenible que lo obligaba a alzar una de sus patas sobre los montículos de hierba. Sus ansias eran detenidas a cada instante como si buscara el momento propicio para orinar. Con paso firme se acercó al cuerpo sobre el cual reposaban sus compañeros de manada para soltar sobre ellos un fuerte chorro que propició de nuevo la algarabía. Con la cerviz encrespada se arrastró para morder y halar una de las extremidades del cuerpo. La jauría se unió a los esfuerzos de su jefe.

Mandíbulas y colmillos se entrecruzaron en aquel arrastre de pechera y botas destrozadas. A tirones se alejaron con su presa del campamento. Ribas, desde lo alto de la lanza quiso gritar, pero para entonces cuerpo y perros se habían perdido para siempre entre los frondosos samanes de güere o árboles de Humboldt que se alzaban como reyes de la vegetación en la lejanía.

Parecía una mazorca. Tenía ronchas por todo el cuerpo. Inclinado sobre el canapé hacía esfuerzos por rascarse la espalda con una pluma de ganso. Detrás de él corría Altagracia Bustamante con una botella en la mano para hacerle sobos de alcohol alcanforado. El barón, con prudencia, le apartaba la mano sin perder de vista una réplica en madera de la esfera armilar de Santucci de Pomerance, que a pesar de sus cuidados había sido atacada por el comején. Los repetidos comentarios de Altagracia, las ronchas de los piquetes, las laceraciones provocadas por la rasquiña, hicieron que abandonara su preocupación por el estado de la esfera armilar y se dirigiera al espejo que reposaba al lado del aguamanil. Sus uñas le habían provocado enormes pústulas en los brazos y en las piernas, que de vez en cuando espolvoreaba con sulfacida. Había olvidado su rostro. En el espejo aparecía ahora una piel enronchada que no reconocía como propia.

Altagracia insistía en regañarlo por su descuido con los velos del dosel. Ella misma, antes de retirarse a las habitaciones de la servidumbre,

aprisionaba el mosquitero con el colchón y lo amarraba por debajo de la cama, de extremo a extremo con un cordel. Pero al otro día encontraba al barón con los brazos y las piernas enrojecidas por las picaduras de los mosquitos. Altagracia decidió recurrir a otros métodos para librar a Alejandro von Humboldt de la plaga. Con una aguja cosía el cendal a los bordes de la cama. Humboldt, al final de cada costura realizada no tenía otra alternativa que meterse por un diminuto espacio sobre la cabecera y esperar a que el ama de llaves pasara de nuevo la aguja con cáñamo por la abertura de entrada. El barón, impaciente durante la noche por la suerte de la esfera armilar de Santucci de Pomerance, intentaba salir por debajo de las telas del dosel, con tan mala suerte que terminaba por arrastrar al suelo, enredado entre sus piernas, todo aquel velamen de hilos finos. Altagracia quemaba entonces petróleo crudo con hojas de matarratón con el objeto de librar al ilustre visitante de tan crecida molestia, pero lo único que lograba con aquellas humaredas era provocarle una tos que casi lo ahogaba. Humboldt no tenía otra alternativa que pasar las noches en vela, a la caza de los innumerables mosquitos que se colaban por entre el velillo. Cada vez que las palmas de sus manos se estrellaban contra cara, brazos y piernas, Altagracia Bustamante aparecía con un frasco cargado de lavándula y durante horas se dedicaba a esparcir aquella fragancia por todos los rincones. Las paredes, puertas y muebles de la casa terminaron por impregnarse con los hostigantes aromas que a bocanadas salían

del pebetero encendido. Aquellas extravagancias del ama de llaves no demoraron en ser imitadas por muchos de los vecinos, quienes, sin mayor comentario, veían en las humaredas un remedio contra la fiebre amarilla. A la hora de los sahumeros, Humboldt, recubierto del volátil espliego, tomaba su sombrero y a paso apresurado se alejaba de su casa para respirar.

Su permanencia en Cumaná le había permitido, con la ayuda de Aimé Bonpland, su compañero de viaje, vislumbrar la necesidad de escribir una historia nueva a prueba de polillas. Por eso realizaba con insistencia los riegos de sulfato doble de alúmina y potasio, alhucema y alcanfor sobre baúles repletos de instrumentos, documentos y libros. Confiaba en que las propiedades astringentes le ayudaran en buena parte a desterrar la invasión de termitas que horadaban archivos, dinteles y jambas de puertas y ventanas. Sin prestar mayor atención a los decisivos enfrentamientos que Altagracia Bustamante a diario acometía contra mosquitos y comejenes, el barón, recostado sobre el canapé, optaba sólo por sonreír. Bonpland, entretanto, continuaba al frente de su mesa dedicado al estudio de las plantas que había recogido aquella tarde. Entre las pulpas y los hollejos de dátiles secos y las espinas de *Opuntia oricola* florecida, se dedicaba a escribir sin descanso sus notas de trabajo. Puntualizaba los aspectos más importantes a seguir del programa de actividades, en medio de un halo invisible que parecía protegerlo de los ataques de la plaga. Humboldt envidiaba aquella gracia de su amigo,

quien podía trabajar o dormir sin ser inquietado por insecto alguno. Los dos eran europeos, habían llegado el mismo día a las tierras de la Nueva Andalucía americana, compenetrados de su misión y sin embargo, parecía que el francés estuviera inmunizado ante las picaduras. Sobre el cuerpo inclinado de Bonpland en su mesa de trabajo revoloteaban los mosquitos a prudente distancia, con un zumbido apacible que parecía acallarse en el momento en que él alzaba la vista.

—Estoy bendito por la lavándula de Altagracia—respondía Bonpland a los interrogantes de Humboldt. El barón reía ante las palabras de su amigo y procuraba matar a los intrusos que llegaban hasta sus cachetes para picarle. Su ímpetu en cada manotazo era tal que muchas veces perdía el equilibrio y se iba contra consolas, floreros y toldillos. Altagracia, apenas oía el estrépito, corría a la habitación a socorrer a Humboldt que permanecía enredado entre las telas sin poderse zafar por el ataque de risa que le brotaba juvenil entre la boca. Ella, dentro del más estricto comportamiento, seguía seria sin apartar su vista de la enrochada cara.

—Cuidese señor barón—le decía—. Mi marido murió de mal de mosquitos soplado como un coroncoro.

El joven barón preguntaba que era aquello de coroncoro y la mujer soltaba un poco su rictus ante los desconocimientos del sabio.

Alejandro Humboldt se hallaba despierto y asomado a la ventana, cuando la hoz de Venus y la constelación de Barco, que tanto destacaba por su

gran nebulosa, desaparecieron en los rayos del levante. Sobre el cielo volaba una bandada de cuervos. "Cuervos", pensó. A lo lejos, las alas de los cuervos se llenaban de tonos violetas del amanecer. Por la calle vio a un desconocido que se dirigía a su casa con un cuervo metido en una jaula.

—Joo, Antínoo—gritaba el hombre a su caballo. La briosa cabalgadura bajaba y alzaba la cerviz con nerviosismo. Sus manos delanteras rastrillaban con fuerza el piso, al tiempo que sus cuartos traseros se estrellaban contra el antejardín. El hombre, sin apearse bamboleó varias veces la jaula en el aire para que Humboldt desde su ventana pudiera ver el cuervo que llevaba adentro.

—Es un regalo—dijo en voz alta el desconocido—. Sabemos que a usted esto le interesa.

Por orden de Humboldt, el ama de llaves salió a recibir del extraño aquel animal que lucía joven pero maltrecho. Altagracia, una vez lo hubo recibido, retornó a la casa y cerró con fuerza la puerta. El caballo relinchó asustado.

—¡Antínoo!—repitió el hombre y la bestia aminoró sus ímpetus. Después de hacer algunas cabriolas, en un tono mesurado que Altagracia consideró agreste, añadió:

—¡Qué lo disfrute!

Cuando jinete y caballo dieron media vuelta para alejarse por el camino polvoriento, el barón, sin salir del todo de su sorpresa, sacó su cuerpo por la ventana. Sus palabras llegaron con precisión hasta los oídos del desconocido:

—¿Dónde lo encontró?—

-En los montes de Tumanaco, después de la batalla -respondió el hombre que hacía esfuerzo por controlar al animal que galopaba enardecido.

El barón, una vez adentro de la habitación comenzó a palmotearse los brazos y las piernas con la clara intención de matar todos los mosquitos del mundo. Por mucha memoria e indagación que hizo no pudo establecer si en verdad, en los últimos años había sucedido una batalla en los montes de Tumanaco. Entre las celosías se alcanzó a escuchar el ronco vuelo de las alas de los insectos. La brisa los envolvía en un torbellino de polvo para arrojarlos por último sobre una papaya madura que reposaba en el marco de una ventana.

Altagracia, después de cortarle al cuervo las puntas de las alas, le abrió la jaula para que caminara sobre una percha que se encontraba tendida en el patio. Con cantos comenzó a atraerlo hacia ella para que comiera de su mano una pulposa chirimoya.

-A él tampoco le pican los mosquitos -dijo sin apartar la vista del barón que se acercaba a contemplar el ave.

-Tendré que lubricarme el cuerpo con aceite de cuervo para que no me piquen -le respondió sonriente el barón.

-Con aceite de guácharo -le corrigió ella. Después de una breve pausa el barón se atrevió a preguntarle qué era un guácharo. La mujer sonrió con displicencia.

Las brisas terminaron por tranquilizar a Humboldt. Ahora no habría tanto mosquito. En la lejanía se escucharon varios graznidos. Sin darle

mayor importancia a aquellas voces se dedicó a organizar el mosquitero. Había logrado tal habilidad en coser el velo al colchón, que Altagracia Bustamante decidió renunciar a aquella labor para dedicarse ahora a colocar una carpa de tul sobre la mesa de trabajo. Tomaba una escalera de mano y con un martillo organizaba a diestra y siniestra clavos para guindar de techo y paredes los primeros amarres. El barón terminó por aprobar complacido aquella tarea de su ama de llaves, como si se tratara de un triunfo conseguido por él y nadie más en la inacabable lucha contra los insectos. Al tercer día de arduos trabajos por parte de Altagracia, Alejandro von Humboldt pudo meterse debajo del toldo que parecía abrir sus telas en medio de la habitación como si se tratara de un pájaro de alas inmensas. Por las noches, en sus horas de estudio, el barón entraba sigiloso a aquella tienda de velos y comenzaba a escribir:

"Cuando hacía una bella claridad de luna, colocábamos sillas casi en el agua, vestidos ligeramente hombres y mujeres, como en algunos balnearios de Europa. Reunidos en el río, la familia y los extranjeros gastábamos algunas horas en fumar cigarrillos. Los cuervos solían visitarnos horas enteras y desde las torres del castillo, del único que existe en Cumaná, soltaban sus graznidos que asustaban a las señoras y niños que retozaban en el río".

Tuvo que interrumpir aquí su escritura porque le impacientaban los insistentes graznidos del cuervo. Se levantó de la silla y se dirigió a paso

rápido al patio de donde provenían las voces del animal. No estaba en la jaula ni en la percha. Miró por los alrededores, sobre los cocoteros, los árboles de mango y tamarindo y no lo vio. De inmediato llamó a Bonpland para que le ayudara a localizar el animal. Los hombres insistieron en buscarlo. No hacía mucho lo habían oído graznar, así que era imposible que se hubiera alejado tan pronto.

Aquella noche Alejandro von Humboldt soñó que un cuervo del tamaño de un buitre le destrozaba el hígado mientras él yacía amarrado a las piedras del castillo. Tenía la camisa del pijama bañada en sudor. La sed le hizo despertar desesperado. Cuando intentó de nuevo acostarse encontró las alas del enorme todo llenas de mosquitos y el cuervo parado a los pies de su cama, con una sonrisa de sorna entre el pico.



El soldado mató una coral y se la colocó a Ribas sobre el cráneo como si se tratara de una corona.

-¡He aquí al rey de los blancos venezolanos! -gritó.

-¿Todavía está aquí esa cabeza? -Preguntó alterado Morales-. Hace rato ordené pasar esa cabeza por aceite. ¿Qué hace todavía aquí?

-No ha habido aceite para freirla mi general. No hemos matado cerdo -añadió el pardo que quería disculparse.

Cogieron la cabeza y la colocaron en una enorme paila de cobre que comenzó a chirriar sobre el fuego.

-Manteca de guácharo para que sepa a bueno -dijo un pardo mientras de una bolsa de cuero sacaba una sustancia grasosa y semilíquida que comenzó a derretirse en el fondo.

-Manteca de cerdo -gritó otro soldado al tiempo que embadurnaba el rostro del general Ribas con una extraña sustancia.

El mismo Morales se dio a la tarea de rebullir la cabeza con un cucharón de palo. Con ademán de

cocinero ordenó echarle agua a la paila y rociarla de inmediato con sal y hojas de higuerilla. Ribas sintió primero un calor que subía sin ganas. Le agradó. Recordó los días en que de niño se bañaba cerca de Cumaná en medio del brinco de los delfines. Luego, a medida que subía la temperatura, le llegó la imagen de una ciudad pecaminosa que era consumida por las llamas. De vuelta en vuelta el cielo se alzaba sobre el agujero de la paila como un ojo azul e infinito que era traspasado por una nube veloz. La coral se le había caído de la cabeza y ahora tropezaba de continuo con ella en el sopor de la manteca derretida.

—Más grasa —gritó Morales y un pardo dejó caer al interior del cobre una bolsa de cuero con los últimos vestigios de aceite de guácharo.

—Más sal, más agua —insistió el español. El pardo arrojó con fuerza una totuma con sal. Como una piedra lanzada desde las alturas cayó después un enorme calabazo que vertió sus líquidos.

—Falta laurel y tomillo —se apresuró a comentar Morales y de inmediato rodaron sobre Ribas espinazos de coroncoro y hojas de plátano popocho que estuvieron a punto de ahogarlo. Quiso tomar aire, pero los giros que imprimía el cucharón lo atragantaron de aceite. Grasa líquida entraba con fuerza por la boca para salir luego por el cuello como si se tratara de una corriente. A medida que crecían las llamas y aumentaba el sopor que traían las altas temperaturas, creyó que estaba a las puertas del infierno. Sus mejillas ardían al rojo vivo. Su boca diminuta resoplaba de continuo en busca de un aliento que le refrescara el rostro.

Sus soplidos se alzaban con ternura y terminaban por estrellarse contra el torrente de burbujas que reventaban por todas partes. Entre el calor y el humo de la manteca quemada escuchó el golpe de un objeto que caía a su lado. Prefirió continuar con los ojos cerrados e ignorar lo que pudiera suceder a su alrededor. La voz de Morales maldecía: una gota de aceite ardiente había rodado sobre su mano. Ribas trató de reír, pero el cuerpo extraño había tropezado contra sus dientes. La caldera resonaba con insistencia como si fuera martillo contra bronce. Ribas intentó abrir los ojos para saber de qué se trataba, pero sus párpados cayeron ante una inesperada fuerza que lo arrastraba al fondo del líquido en hervores. Hundido en la nada más profunda, se daba por siempre perdido entre aquellos remolinos que llevaban su propia dirección. Empujado por otra fuerza venida de lo inesperado, subía al cielo arrastrado en vilo por un viento magistral. Pero en verdad seguía en la paila, clavado en los cachos de una vaca, irrespetado por una cabeza de cerdo que lo embestia de bote en bote.

El rebullir de Morales hacía que aquellas masas tropezaran unas contra otras en un agite alterado y confuso. Hocicos, cuernos y rabos, a cada vuelta del cucharón, se entremezclaban hasta confundirse como un ramillete de begonias. Una y otra vez los golpes sordos contra la paila tomaron un ritmo menos acelerado que complació de verdad a Ribas; hasta que lo imprevisto retornó para llenarlo de angustias. Nuevas cabezas de animales giraron en el aceite ardiente. Ahora eran cuatro los

cucharones los que rebullían.

Estaba contraído entre ojos saltones y peludas orejas que le hurgaban nariz, labios y barbilla. Ahogado, sin poder respirar, sintió la mirada de los cerdos que lo vigilaban. En medio de aquella paila abierta como un mundo al cielo, aprendió a reconocer los límites de su libertad. Sin cesar en sus giros por el universo de la olla, ensartado y confundido, escuchó con pesar el caminar de los hombres de Morales que se retiraban a dormir a los chinchorros. Un crujir casi imperceptible de ramas de árboles le hizo suponer que se mecían en las hamacas en busca del sueño. Trató de imitar aquel bambolear sinuoso en medio del ennegrecido aceite que perdía calor, con la esperanza de encontrar, aunque fuera de modo lejano, un rayo de luz. Pero a su alrededor sólo había oscuridad y olor a carne quemada. Deseó por primera vez el regreso de Morales, la fuerza que aquel enemigo sabía imprimirle al cucharón. A gritos comenzó a llamarlo, pero en cada intento se difuminaba la esperanza de una voz que no era escuchada por nadie. A cada sollozo de su garganta, los cerdos y las vacas parecían responderle con aquellos cálidos lengüetazos que lo untaban de soledad y de manteca fría. Buscó entonces una salida en el cielo, pero sobre la grasa endurecida veía llegar a su sobrino político Simón Bolívar Palacios que se enardecía sobre las ruinas del terremoto de Caracas: "Si la naturaleza se opone, si el mismo Dios se opone a nuestra causa, lucharemos contra ella, lucharemos contra él mismo, pero triunfaremos. Yo os lo prometo".

De inmediato en el general Ribas renacían las ganas de pelear contra los cerdos y las vacas que lo mantenían sumido en la desgracia. Sus esfuerzos resultaban inútiles cada vez que los cuernos lo herían con sus puntas. "Allá está el cielo", dijo de pronto al ver un rayo azul que se colaba entre la boca abierta de un animal, "allá". La manteca se cuajaba cada vez más con el fresco viento del anochecer. "¡Pucha!", gritó y las lágrimas brotaron de sus ojos.

-Ya está lista-dijo un pardo a' mirar a Ribas-Mi general Morales ya puede enviarle su cena a Simón Bolívar.

Con los cucharones sacaron las cabezas del aceite y las colocaron debajo de los tambos sobre hojas de bijáo. Los perros, al verlas, se acercaron temerosos, pero una vez se dieron cuenta que los soldados no las querían, comenzaron a devorarlas. Sólo Ribas permaneció en el suelo ignorado por todos.

Los hombres, al lado de sus lanzas, se alistaban una vez más para la guerra.

Era una fila interminable de caballos. Caballos que galopaban hacia el oeste, con la cerviz enhiesta y las ancas altivas. El iba adelante y arriba, ensartado en la punta de una lanza. Desde aquellas alturas divisaba toda la extensión de la tierra. En el cielo los buitres revoloteaban sin cesar. Comenzó a inquietarse ante la presencia de aquellas aves. De seguro los soldados de Morales estarían atentos y no permitirían que lo atacaran, pero con el tiempo los animales fueron muchos más. Se habían llamado desde los confines y se aproximaban a él en círculos cerrados.

Abajo de los gallinazos ladraban los perros. Ribas, para calmar su inquietud miró las nubes y comenzó a adivinar en ellas las figuras que el viento armaba y desarmaba. De vez en cuando, con el rabo del ojo observaba a los buitres que insistían en formar en cada vuelta un círculo perfecto. Sólo mucho tiempo después el rey de los gallinazos descendió desde las alturas con sus alas blancas y extendidas. Los otros lo siguieron con un batir de plumas negras. Se acercaron a Ribas en medio de piruetas contorsionadas y

rítmicas. Los pardos de Morales se sintieron también amenazados. En un principio creyeron que venían en busca de la cabeza, pero las aves se situaron al paso de las cabalgaduras. En medio de risas nerviosas comenzaron a agitar los sombreros y las lanzas. Los buitres persistían en su vuelo bajo y amenazador. Morales hizo con la mano un gesto de alto y la larga fila de jinetes se detuvo.

- Dejen esa cabeza allí -dijo.

Un soldado desenvainó su machete y cavó un agujero en el suelo para clavar una punta del largo palo. Después reanudaron la marcha. El horizonte se tragó aquella hilera interminable de hombres. Ribas comprendió que su suerte estaba en quedarse para siempre en la mitad del Llano, suspendido en la punta de una lanza. Un viento veloz le silbaba en los oídos, le tensionaba la piel cada vez más reseca, le jugaba entre los largos cabellos y luego se alejaba para volver con una fuerza incontenible. Su mirada se detuvo en el cielo. Los buitres habían desaparecido. El firmamento se alzaba azul y profundo cortado de vez en cuando por una nube que se perdía a las carreras en medio de toda la inmesidad.

"¿Y si no muero? ¿Y si mi destino está en quedarme aquí para contemplar las nubes por toda la eternidad?" Sus mandíbulas mordían la soledad que se acercaba. No acertaba a precisar si era mejor estar solo o en compañía de los hombres de Morales, aunque con el tiempo comenzó a sentirse huérfano en medio del trajinar y del canto de los animales que vivían en el Llano. La cotidianidad creció por primera vez a su alrededor,

fecunda y novedosa. Todo lo desapercibido tomó un lugar preciso en su cada vez más aguda atención, hasta que lo monotonía lo colmó. Entre el brinco de las salamandras o el transitar de las hormigas, trataba de recordar el nombre de aquel hombre que había llegado a Cumaná desde el Virreinato del Río de la Plata. Le parecía que era algo así como Alvear o Alvarado: "Pucha", se decía y trataba de retener la imagen de aquel granadero de botas altas que llevaba terciada sobre sus hombros una capa. "¿O era Artigas o Arteaga?" Insistía en recordar. De lo que sí estaba seguro era que aquel hombre no hablaba como compadrito. Ahora, como antes, comenzaba a resonar en sus oídos aquella tonada sureña que tanta fuerza le dio para atravesar a nado el río y correr luego por la pendiente que lo llevaba al castillo donde se efectuaban las reuniones secretas con aquel extranjero. Nadie en Cumaná parecía darse por enterado de la llegada de aquel personaje, pero se producía en todas partes tal alboroto, que el misterio de su paradero se convertía en un secreto público que todos transmitían en corrillos por la ciudad. A su cabeza llegaban ahora los recuerdos del castillo, sus paredes de piedra marina, sus habitaciones agitadas por el repentino vuelo de los murciélagos en el momento en que se abrían las puertas, tanto tiempo cerradas para efectuar las reuniones secretas precedidas por Artigas o Arteagas. "Déjeme ver: ¿Arteaga, Alvear, Alvaro, Alvarez, o Alvarado?" Y duraba horas y horas con los ojos fijos en lontananza, a la espera de recordar el nombre del hombre que venía de la Logia del Sur.

A lo lejos, de vez en cuando, por donde habían partido los hombres de Morales, se escuchaban varios disparos que reventaban en el cielo con estridentes estertores. De nuevo Ribas se encontró rodeado de veinte o treinta hombres a caballo que espantaban con desesperación a los buitres. Los animales se mantenían serenos, con un vuelo pausado sobre sus cabezas. No atacaban, se deslizaban para cortar el aire desde las alturas y luego, ya casi sobre la tierra, se detenían para planear con la elegancia de un poder sereno. Los pardos de Morales habían llegado asustados. Presentimientos oscuros los invadían. Estaban justo frente a la cabeza del general Ribas con la seguridad de quitarse de encima los alcazotes de las aves. Al principio trataron de dispararles, pero comprendieron que era inútil intentar contra el destino nefasto que en alas negras los perseguía. Los animales en su zigzaguear trazaban un estilo de vuelo que hacían imposible que las balizas acertaran. Morales apareció alterado con los ojos encendidos de rabia.

—¡Cobardes!— gritaba —¡Cobardes!

Tomó él mismo la lanza donde colgaba la cabeza y de un golpe la arrojó entre los pastizales. Su caballo se alzó en los cuartos delanteros y se mantuvo en el aire para rastrillar con los cascos el viento que cruzaba la planicie. Con bruscos tiros condujo las riendas del animal en busca de la cabeza que había acabado de arrojar. Miró a su alrededor, sobre los cocoteros, los árboles de mango y tamarindo y no la vio.

—¿Qué hay en ese castillo?— Preguntó Humboldt.

—Sólo ruinas —respondió el ama de llaves sin interrumpir el arreglo de la habitación.

—Yo de usted no me acercaba por allá, está lleno de mosquitos —añadió.

El barón comenzó a caminar rápido de un lado a otro de su habitación. Había ordenado a Sinforoso que le trajera los elementos para dibujar y el Sol subía muy rápido. “¿Sinforoso?” dijo entre dientes y se detuvo a pensar: “¿De dónde habrán sacado ese nombre?”

El pintor llegó al rato con una maleta de madera, una mesita plegable y un rollo de papel blanco. Humboldt colocó la mesita a su espalda y sin decir palabra salió de la casa. Sinforoso lo siguió de inmediato. Atravesaron el río en dirección al Castillo de Cumaná.

—Barón—dijo Sinforoso —allá hay mucho mosquito.

—Ya lo sé —respondió Humboldt.

Cuando estuvieron sobre la cima, el barón descargó la mesita de dibujo en el suelo y comenzó

a caminar por los alrededores del castillo, seguro de poder encontrar lo que buscaba.

-¿Qué busca?

-Preguntó Sinforoso al tiempo que alistaba sus elementos de trabajo. El barón, sudoroso y sofocado por el intenso calor le respondió contrariado:

-Los cuervos, hombre, los cuervos.

-¿Los qué...?-Respondió algo extrañado.

-¿Ahora me va a decir que no los ha oído graznar?-Respondió también sorprendido Humboldt.

-Claro que no señor, acá no hay cuervos.

Un largo silencio se interpuso entre los dos hombres. El barón arrojó varias piedras por entre las pequeñas ventanas del castillo a la espera de escuchar los graznidos. Una bandada de murciélagos negros se alborotó y comenzó a volar en el interior del recinto. Sólo cuando se calmaron Humboldt se atrevió a entrar. La habitación central estaba desocupada, llena de raíces y plantas que trataban de crecer entre las hendiduras del suelo y las paredes.

-Acá huele a caca de gallina -dijo Sinforoso.

-Claro que no, acá sólo hay murciélagos -respondió el barón con un tono de sencilla seguridad.

-¿Serán entonces los cuervos? Me han dicho que la caca de cuervo huele a caca de gallina.

El barón de Humboldt no respondió. Dejó que Sinforoso hablara a sus anchas sin interrumpirlo. El castillo era una pequeña fortaleza militar. Tenía una terraza desde la cual se contemplaba el azul del mar que en la lejanía apenas se mecía bajo

el calor del día. Sus paredes coralinas dejaban ver una suntuosidad que se perdía en la extensa soledad que se agazapaba silenciosa por todos los rincones. Humboldt examinó aquellos bloques de piedra que se alzaban como paredes y trató de descubrir entre ellas todos los secretos que el tiempo había encerrado en sus comisuras. El calor ya no se sentía en su interior. Corría un aire fresco que parecía colocar a aquel lugar por encima de los ardores que fundían a Cumaná.

-¿Qué quiere que dibuje: ¿Murciélagos?

-Pregunto Sinforoso.

Humboldt iba a contestarle cuando vio sobre una pared una inscripción que le llamó la atención.

-¡Venga, venga! -dijo a Sinforoso -¡Acá hay algo!

Los hombres caminaron con prudencia. Del techo caía una gota de agua que rodaba por entre una de las paredes de la habitación. Humboldt pasó la mano sobre una de las piedras como quien busca hacer claridad sobre un pozo de aguas turbias. Fue entonces cuando pudo leer el alto relieve de la piedra burilada:

*A Manuelita Sáenz, La Libertadora del Libertador.*

*José de San Martín, Rosita Campuzano.*

*Septiembre 26 de 1828*

Humboldt leyó sin comprender. Los nombres de Manuelita Sáenz, José de San Martín, Rosita Campuzano, nada le decían. La fecha menos. Constató con Sinforoso como sólo era sábado 2 de noviembre de 1799, día de los Fieles Difuntos.

La jornada había fatigado a Sinforoso. Recos-

tado en un poyo del castillo observaba a Humboldt que no dejaba de indagar sobre aquella inscripción. De repente sus ojos relumbraron excitados. Sobre un jergón abandonado descubrió un hombre de nariz aguileña y pómulos pronunciados que dormía. Los cabellos del extraño caían en bucles rojos sobre una almohada que no era otra cosa que un libro voluminoso empastado en piel de carnero. Vestía una guerrera de húsar inglés cuyos galones de oro contrastaban con los jaeces de plata que le habían sido enroscados a su cuello y que parecían ahogarlo a cada vuelta. Una pluma prusiana, doblada sobre el sombrero de capitán general, le cubría en parte la frente. El pantalón escarlata, en exceso apretado, estaba hasta las rodillas cubierto por unas enormes botas de dragón que remataban arriba de los tacones con dos incómodas y largas espuelas. La expresión inmóvil de su rostro hacía pensar en una larga lucha con la muerte. Sólo la respiración que agitaba su pecho disuadía cualquier sospecha sobre la inexistencia de aquel hombre que permanecía detenido por el sueño.

—Es el mismo —dijo Humboldt sin apartar su mirada del durmiente.

—¿El mismo qué? —interrogó Sinforoso con curiosidad.

—El mismo que me regaló el cuervo.

El pintor se acercó al extraño seguido del barón. Descubrieron entonces que estaba aberrojado a una de sus muñecas. La larga cadena se extendía por el piso y subía para sujetarse a una argolla oxidada de un clavo de pared. A señas, el barón le

indicó a Sinforoso la necesidad de vigilar los alrededores.

—El libro no tiene un solo gerundio —dijo de pronto el extraño mientras se quitaba con facilidad los fierros que le ataban, para agregar de inmediato:

—Quien llega a sus páginas oída la historia. Acá, para sabernos libres de engaños, se han apartado los caprichos de los hacedores de la utopía llamada verdad.

Su paso era lento como si aquellas largas espuelas de oro le impidieran caminar. El sabio y el pintor optaron por situarse a prudente distancia, sorprendidos por el súbito accionar del interlocutor.

—El libro —agregó— recoge todo lo que está atrás de detrás. Si se halla incompleto o perforado en sus páginas se debe a las polillas que se han comido desde los cantos de Bercea, los madrigales de Gutierre Cetina, hasta las crónicas del padre Gumilla. Es de buena ingestión para insectos las leyes de austrias y borbones.

A medida que caminaba y daba sus extrañas explicaciones, las espuelas hacían rayones sobre el piso que Sinforoso, en su curiosidad, seguía con la vista.

—¿Pertenece usted al regimiento de los húsares del rey Jorge II de Inglaterra? —Le interrumpió Humboldt, al tiempo que le sugería que alzara la encorvada pluma que caía del sombrero.

—No señor —repuso el hombre— Servidor de James Monroe, presidente de las excolonias del Norte. Mi nombre —agregó después de una pausa— es David Curtis DeForest, miembro de la Logia

del Sur y agente secreto del general José de San Martín, en el Río de la Plata.

El uniformado, en un gesto tardío de agradecimiento, ante la advertencia de Humboldt, sepló la pluma hacia arriba y sin quitarse el sombrero, la acomodó sobre la copa acampanada de fieltro.

Sus palabras irradiaban confianza a través de su rostro sereno, pero Humboldt previno algo de desconfianza al no hallar en su memoria un punto de referencia con aquello del nombre de James Monroe de las excolonias del Norte. Sin embargo, con la elegancia y cortesía que le eran propias, el barón se abstuvo de avivar su curiosidad para no pasar por impertinente y descortés. En cada una de las frases de DeForest el barón descubría historias nuevas y extrañas que parecían referirse a sucesos por venir y que hallaba muy unidas al estado actual de las colonias españolas.

—Que nada le extrañe en América —dijo DeForest—. Más desacuerdos que acuerdos podrá encontrar ahora que se apresta a realizar la más exótica aventura científica: su viaje por el río Orinoco. ¿Acaso no busca usted demostrar que América tiene en sus venas fluviales el camino para llegar a su corazón?

Sinforoso, en cada uno de los gestos de DeForest descubría movimientos de iguanas y lagartijas que ansiaba retener en su memoria para dibujarlos después con toda la gracia y precisión que su dueño sabía darles. El pintor pronto entendió que aquellos gestos eran demasiado fugaces para retenerlos en la pupila. DeForest pasaba con

facilidad de la elegancia mordaz, al desengaño melancólico, del fastidio encubierto, a la alegría momentánea. El cuello lo alzaba y lo hundía sobre el mentón con tal agudeza que Humboldt llegó a pensar que se trataba de un *Acryllium vulturium* creyó ver bajo la rojiza cabellera de nazareno, un cráneo calvo de gallina doméstica de Guinea, con ojos purpúreos y gáznate desplumado. Pero DeForest, como le comentó a sus dos nuevos interlocutores, nadie lo había podido clasificar, inclusive su jefe, el desconocido José de San Martín, quien alguna vez lo quiso comparar con pava de monte, arás, gallo de la pradera, gavión, grajo, focha, lechuza o cóndor. Para Humboldt era más bien un cuervo solitario venido de todos los tiempos, que se remontaba entre al cielo y contemplaba desde las alturas a los hombres con cierta sorna entre el pico.

En medio de un prolongado silencio que se hizo entre los hombres, se escuchó un plumífero aleteo de cuatro papagayos que sorprendieron al barón e hicieron saltar a Sinforoso dos pasos atrás. Las aves habían descendido de los frisos medianeros y eanegrecidos que se alzaban entre los arquivitres y las cornisas de piedra y desde allí, como poseionados del mundo, comenzaron a reír y cantar con su estruendosa voz. —Estúdielos también —dijo DeForest a Humboldt, al tiempo que sobre la salida del castillo colocaba los jaeces plateados a Antínco, su caballo.

Después, casi con ceremonia, terminó por entregarle el libro forrado en piel de carnero y se perdió al galope entre la trocha que se hundía en

el horizonte del mar.

—Se fue —dijo Sinforoso con ingenuidad. Humboldt sonrió. Sobre los polvorientos cactus se escuchó un rumor de alas. El aire vibró con aquel revolotear transparente hasta que se confundió para siempre en la lejanía con el tintineo propio de una cabalgadura enjaezada.

La cal quemaba a Manuelita Sáenz. Le arrancaba el pellejo, le desprendía de raíz los cabellos. Los dientes se le aflojaban y uno a uno le llenaban la boca. Aquellas antiguas perlas ahora roídas y carcomidas por los años, se le enredaban entre la lengua y de golpe le llegaban al estómago. Los senos escurridos, parecían mecerse como aquellas hamacas donde tanto tiempo disfruto de la vida con El Libertador. Las uñas se le desprendían, le dejaban los dedos vacíos como si nada más hiciera falta acariciar con ellos. Los párpados ya no existían, sólo las pepas inmensas, sueltas como dos ostras en un vaso de agua. Los labios caídos, desflecados entre el rojo encendido de las encías y debajo de ella, barriga contra espalda, el cadáver de Electra Escamilla que le torcía el costillar, que le hacía difícil respirar y le puyaba con sus huesos largos. Sobre sus hombros Héctor Guarín y Eneas Paternina con todo un mar de tristezas entre los ojos y a su izquierda, el cuerpo espermancado de César el aguafuertista con una risa apretada entre los dientes, asustado como ninguno, ansioso de salir de allí, de escapar de la fosa

común que le hacía reventar de soplidos la nariz y sobre él, con deseos de pelear a puño limpio, Camila Rodríguez y Pentasilca Illueca. Cerca, con los pies casi entre la boca, Lavinia Reyes y su padre y entre ellos Bruto Quintana con su daga de alferez entre la mano izquierda y más arriba Julia, Marcia y Cornelia, boquiabiertas. Más allá se hallaba Saladino Mahecha como si quisiera cerrar en aquella fosa común el círculo de los ciudadanos más importantes de Paita.

Manuelita comenzaba a sentir cierta satisfacción por toda esa compañía, cuando le colocaron sobre su rostro unas nalgas calabazudas y verdes que estuvieron a punto de hacerle perder su prudencia y recato, pero tuvo que tragarse su ira cuando se enteró que eran las nalgas de don Sócrates Pitahúa, el director de la orquesta de Lima, a quien habían arrojado con un oseño encadenado a su muñeca. El músico le apretaba el rostro con sus glúteos callosos, la sumergía cada vez más en aquella masa incontable de cadáveres. Le preocupaba quedar incomunicada por la imprudencia de una nalgas, apartada de sus amistades por culpa de la mala postura de un director de orquesta, lamida por las gruesas papilas de un oso de circo. Intentó varias veces mover su cabeza para resurgir, pero cada vez que lo lograba era de inmediato sofocada por los ruidos de Sócrates cuya barriga de ahogado continuaba llena de vino y agua de mar.

Entre las ingles de Sócrates pudo divisar una tenue luz que venía del cielo. A través de ese delgado rayo descubrió al último hombre de sus

sueños. Estaba limpio de cal y destemplanzas, bello y lustroso como las ballenas que perseguía por los fiordos del mundo. Era un marinero holandés que había llegado a "Payta-town", en la ballenera *Acushnet*, en compañía de un joven de ojos grises llamado Herman Melville, aquel mismo día en que ella entraba al pueblo montada en un borrico gris, con la mirada fija en el juego de la cruz heráldica que brillaba sobre las paletas del animal. "Eres el marinero más bello del mundo", decía. Los ensortijados cabellos de aquel hombre le habían agitado la pasión entre los cetáceos que colgaban del edificio de los balleneros norteamericanos. Allá iba ella para mirarlo desollar los enormes mamíferos; escondida entre barriles de aceite, cabezas y trozos de carne, le enviaba besos de amor que sin fuerza se escurrían entre sus arrugadas manos. Pero ahora, en quella fosa compartida, su pérdida visión no quería apartarse ni por un instante del velludo pecho que salía a flote entre su uniforme de marino. El hombre permanecía rígido, con los hiceps prominentes, el cuello grueso y la cintura recogida por el corsé de cetáceo boreal que siempre lo acompañaba en sus viajes. Manuelita deleitó sus pensamientos convencida de tener sus dedos enredados en el rojo escroto de aquel hombre. Pensó en lo justo y agradable que sería que le acercaran ese afechado órgano que le guindaba provocativo entre las piernas. "Por mis servicios a la patria recompénsame Señor, decía, permíteme juntar mis partes con las tuyas". Al contemplar sus carnes no tenía otra alternativa que silenciar sus

pensamientos. Pero una vez pasaba la primera impresión sobre su estado corporal, renacían en ella las ganas de amor: "Sólo te pido, Señor, que me dejes rozar el meñique de mi pie con el pubis rubio de este hombre" y de inmediato trataba de señalarlo con lo poco que quedaba de sus labios. "Sólo eso, Señor, y me estaré quietita toda la eternidad, sin molestar a nadie, sin hablar de Bolívar, sin maldecir a Vicente Azuero, así nada más, juntitos, piel con piel, hueso con hueso, carne con carne. Señor, si me permitieras la gracia de besarlo ...". Un coletazo de alegría le estremeció la espina dorsal. Una mueca de satisfacción dejó relucir sus encías. Un cosquilleo terso y confortante le subía entre sus piernas. Aquella gracia gelatinosa le encendía los ojos de mujer enamorada. El cuerpo de Sócrates Pitalúa cayó a un lado. Luego que se hubo liberado del peso y de las nalgas del músico, sintió, como si se tratara de una penca de caimito, una abultada sensación que le urgaba el centro de su cuerpo: "Ah holandés, decía, ya era hora, holandés", y sus escurridos pechos parecían reventar de alegría. Un succionar vertiginoso en sus pezones la llenó de confianza. Sus ojos se movieron en busca de la cabellera del marinero. Pero al romper, sobre su corto horizonte, pudo divisar la peluda testa del oseño cuyas mandíbulas le mamaban con fruición. El oso la apretaba con sus gruesos brazos. Las blandas carnes de Manuelita Sáenz se deshacían. Cada brazo del animal la hundía hasta el punto de hacerle sentir su propio costillar. "Qué vergüenza", murmuró, al tiempo que miraba

a su alrededor. El oso había comenzado a sufrir la rigidez de la muerte y sus mandíbulas se cerraban sobre uno de los caídos senos de Manuelita. "Oh marinero holandés", tarareaba entre los agudos silbidos de gaita escocesa que emitía el estómago de Sócrates Pitalúa. Cada jalón hacía que sus carnes se aflojaran y rodaran en pedazos a su costado. Se desbarataba. Se hacía cada vez más irreconocible y por eso, con fuerza, se propuso ser dueña de sus sueños.

Vieja como estaba, con sus cabellos resecos y deshilachados, con su voz babosa y sus ojos de garza, se le veía irradiar una alegría incommensurable que la hacía única entre todas las mujeres enamoradas. Se engrandecía cada vez más con sus tentaciones. Sólo esperaba que aparecieran para atraparlas con todas sus fuerzas: "No se vayan malos pensamientos, decía, no se vayan, que acá estoy yo para quererlos".

Entre anhelos, paladas de cal hirviente, cuerpos y más cuerpos que le arrojaban, Manuelita Sáenz trató de dormir sonreída después de aquel extenuante mordisco. "Me alegro de estar aquí y no sola en una tumba particular", mascullaron sus mandíbulas.

Llena de pasión continuó con los sueños de su gusto. Mezclaba jóvenes con crótalos. Deleitaba sus ratos con la imagen de la víbora grande de la población de Guaduas que encontró en los pastizales y que arrastró después a su casa. Recordó los deseos de suicidarse que tuvo ante la muerte de Bolívar y vio en sueños al ofidio escamoso que se arrastraba rítmico sobre el piso de su casa.

Ella esperaba el reptil acostada en una estera. A través del escote, como Cleopatra, se insinuaban sus jóvenes senos. Sólo deseaba el instante en que le inoculara el veneno. La víbora le mostraba sus colmillos. Movía su cuerpo hacia adelante, hacia atrás. Se escurría entre los bordes de las paredes, precisa en sus saltos, de un verde intenso y relampagueante que contrastaba con la cal de las paredes. Con un rápido movimiento de cabeza el animal se abalanzó hasta clavarle sus colmillos en un hombro. En medio de centellas y convulsiones vio a Bolívar que se moría en San Pedro Alejandrino entre árboles de mango y tamarindo. "Nos iremos al tiempo", le gritó, pero en lugar de morir se hinchaba como un sapo entre los gritos de su criada Jonatás y los auxilios del naturalista Boussingault. Estaba llena de aguas calientes que le retumbaban con un golpe sordo de olas marinas. Una marea entera se escurría por su cerebro. Estaba filtrada por hilos pequeños de agua. Se inflaba con tal rapidez de la cabeza a la vejiga y de la vejiga a los pies, que se sentía impedida de comprender qué le sucedía. Estaba a punto de orinar, de aflojar el estómago. Suelta de barriga, sin intestinos, dejó que el agua se le escurriera entre las nalgas. La fiebre le urgaba la nariz, le taponaba todos los orificios hasta impedirle respirar. "Soy como la cuatronarices que se levanta para verte morir, amor mío". La muerte no podía del todo entrar en su organismo, sólo era su propia agua y el agua de la víbora las que se mezclaban como dos nuevos reptiles entre sus venas. "Te entras por el caracol de mi oído con

tus silbos, crótalo, como si fueras Santander, Padilla, Ospina, Azuero, Carujo y me aprietas". Luego de mencionar a todos los enemigos de Simón, que eran también sus enemigos, levantaba su brazo para despedir a su lejano amante que se moría abandonado en una hacienda con nombre de santo africano en Santa Marta. "Te veré en la Resurrección de los Muertos, Simón", decía ella. "Te veré", le contestaba él en medio de las cantáridas que habían abandonado los tilos y los fresnos para posarse en sus pantorrillas. "Te veremos", le contestaba San Martín cogido de la mano de Rosita Campuzano, desde la *Macedonia*.

Le angustiaba ser la única amante del mundo que no podía estar a bordo de esa embarcación de enamorados. El enano Cayetano, jefe de la policía de Quito, sobre la verga mayor de la goleta, hacía piruetas de adios para despedirse de todo el mundo con su pañuelo rabo de gallo, menos de ella. Seguía olvidada de su amigo, de aquel hombrecillo que tanto le sirvió en las grandes épocas, cuando Bolívar podía reír parado en cualquier balcón del mundo. "Ven Cayetano, soy yo, Manuelita". Su ceceo quiteño se estrellaba contra el Morro en la bahía de Santa Marta, contra el alcastraz que la esposa del alcalde enano llevaba sobre su hombro. El enano, indiferente a los llamados de su antigua amiga, observaba sólo las frías cumbres de la Sierra Nevada, con una mano puesta como visera sobre sus ojos.

"Toma vergüenza Cayetano, que te voy a zurrar si no me haces caso", gritaba. Entre tanto Herman Melville quien bajaba de la proa del *Acushnet*,

montado sobre su asno, le decía: "Ya vendrá, señora, ya vendrá a enterrar a sus muertos". El joven marinero la buscaba después entre la multitud de enfermos de bobbio que deambulaban por las calles de "Payta-town". "Ya volverá", escuchaba decir hasta el cansancio y de nuevo el joven Melville se le acercaba esta vez montado en un osezno. Ella erguía sus pechos y el animal alzaba sus dos patas delanteras sobre sus hombros blancos, con la intención de colocar el hocico sobre sus pezones. "Loló debe estar aquí", recapacitó de repente cuando le vino a la mente la figura de Loló Boussingault, el recomendado de Alejandro Humboldt para que estudiara los mapas levantados por el geógrafo Agustín Codazzi. El osezno, entre tanto, seguía pegada a sus senos sin dejar de succionarle. "Loló, carajo, quitame éste animal de encima. Estos sabios que manda el señor Humboldt desde los parisés pueden saber mucho de mapas, pero nada de tetas", decía en su silencio mudo. Detrás de ella aparecía la imagen soñada de Boussingault con una ponchera rebozante de leche para que el animal apartara sus mandíbulas.

—¡Boussingault, carajo—gritó desesperada—sólo sabes de mapas!

Durante largo rato permaneció con los ojos abiertos, como si buscara así atrapar todas las conversaciones de Paita que sólo hablaban de la muerte, de cadáveres que iban y venían sobre carretas, sin que nadie mencionara a la enamorada más vieja del mundo. "Pero acá, decía ella, nadie se muere de adaveras, de verdad verdad, de en serio, como dicen allá afuera que se muere la

gente, con los ojos cerrados, con la mortaja bien puesta, con el olor de todos los bálsamos. Pero es mentira, nadie se muere como dicen que se mueren los vivos. Acá siempre se mira, se escucha el ir y venir, se siente el colocar de flores y después la lluvia que se escurre de a gotitas, de ojito en ojito, entre los burros que pasan, entre los gatos que maullan, entre los hombres que discuten, entre las mujeres que ríen y los niños que lloran".

Y le dieron antojos de morirse, de irse para siempre como le habían enseñado; le dieron ganas de soltar el alma para el cielo, para el infierno, para el limbo o para el purgatorio; pero el alma continuaba pegada, amarrada al cuerpo: "el alma es de la tierra, es de acá, acá la hicieron, acá se queda, acá se pudre con el cuerpo". Ahora las ganas de morirse, de cerrar los ojos y apretar las sienes. Pero nada, nada que llega la muerte. Sólo cuervos que graznan, sólo un lejano graznido de cuervos que vuelan.

Alejandro von Humboldt se sorprendió de encontrar su nombre escrito en el libro forrado con piel de carnero.

—¿Yo? —dijo, al tiempo que el cuervo reía entre la noche.



-Acá está -dijo el soldado- acá está la cabeza del general Ribas.

-Traígala, pues -respondió Morales. Una vez la recogieron y ensartaron en la punta de una lanza se pusieron en marcha.

La cabalgata se enrumbo hacia la capital. Los buitres habían desaparecido. La cercanía de Caracas tranquilizó a la montonera que lucía feliz con su grimpola humana a la cabeza del desfile.

La muerte de Boves en el combate de Urica se regó como pólvora por toda la ciudad. La "Legión de! Diablo", todos los hombres del "asturiano Boves", los saqueos, los incendios y las violaciones parecían trasladarse a otro lugar. Antínoo y su jinete el asturiano por fin se encontrarían en el más allá.

Cuando Ribas quiso alegrarse con aquellos rumores que llegaban a sus oídos, ya para entonces el enano Cayetano había tomado en sus manos la lanza con la cabeza. En medio de la multitud de día de mercado de la Plaza Central de Caracas, marchaba con las piernas levantadas como un ganso. En un principio hubo aplausos

para aquel desfile solitario donde enano y cabeza sonreían airoso, pero al final la multitud enardecida por tanta payasada comenzó a lanzarles cáscaras de plátano, zapotes, chirimoyas, guajarras y cascotes de coco. Cayetano dio una voltereta en el aire y la cabeza de Ribas rodó entre la algarabía de mercaderes y compradores que saltaban para no pisarla. Ribas cerró los ojos a la espera de no tropezar con las piedras. Su nariz se golpeó varias veces contra el filo de los adoquines hasta que se detuvo bajo las patas espermancadas de una mula de gualdrapa raída que orinaba a la entrada del mercado. De aquel chubasco lo salvo la esclava de Manuelita Sáenz, la vieja Jonatás. La mujer lo alzó de las mechas que tenía por cabellos y lo arrojó a su canasta. Ribas percibió de inmediato el olor fresco de los tomates y las lechugas que lo cercaban. Jonatás, sin apartar de él su rostro picado de viruela, lo cubrió con una paño negro y se alejó sin que fuera vista por la multitud.

Ribas, entre la frescura de las legumbres sintió cómo lo bajaban y subían por calles, cómo lo llevaban a campos lejanos donde los rebuznos y ladridos se perdían entre las ruedas de los carruajes. Luego escuchó los goznes de una puerta que se abría. Una vez lo dejaron en el suelo aguzó sus oídos para escuchar lo que sucedía a su alrededor. Un silencio frío se alzaba en aquel lugar. Sus ojos miraban a través del desgastado tejido del paño: allí como siempre, estaba el rayo de luz que se evaporaba transparente en medio de la oscuridad. Aquella paz que apenas comenzaba fue interrumpida

por unos golpes fuertes que estremecían la puerta de la vivienda. Jonatás, sin atender el llamado, rodó al centro de la habitación una mecedora y se sentó. Su liviano cuerpo pareció hundirse entre el tejido de mimbre. Ribas comprendió que yacía sobre el regazo de la mujer y que ella, como si se tratara de un niño, comenzaba a arrullarlo. Al poco tiempo cesaron los golpes que venían de la puerta. Sin prisa, pero con ritmo militar en los tacones, se escucharon unos pasos briosos que se alejaron calle abajo. El movimiento de la mecedora comenzó a aumentar. Del suave balanceo Jonatás pasó casi de inmediato al frenesí. Ribas, entre lechugas, era zangoloteado como una verdura más. "Todo se mueve", pensó con sabiduría. En el ir y venir sus fosas nasales quedaron atrapadas entre dos repollos. Entre ahogos logró recordar la belleza de su mujer Josefina María de Palacios y el aroma de almendro en las almohadas de la casa del viajero Humboldt en las orillas del río en Cumaná. Abrió los ojos y en aquel calor encendido de diciembre se encontró con la verde compañía de los tomates. El tiempo se esfumaba detrás los colores ocultos del día. Afuera, el viento daba tumbos contra la vida. Un olor a naranjas atravesaba la hora de la siesta. Se sintió invadido de calor humano, seguro de estar en el lugar donde la muerte le podía llegar con tranquilidad. La tropa, la gente de Morales y del difunto Boves estarían lejos de él, prestos a otra batalla. Pero él, lejos de todos los realistas, pensaba que había encontrado por fin la tranquilidad del más allá en el tejido de una canasta, en medio

de lechugas y tomates.

Bolívar, sin embargo, era ahora el único que lo perseguía. La fantasmal figura de El libertador aparecía y desaparecía sobre los vegetales para decirle: "Amigo, pariente y compañero, vengo a reemplazarte porque, aunque sigo vivo después de tu ejecución en los montes de Tumanaco, me alejo perseguido y despreciado por tí a Cartagena de Indias. Asumo desde ahora y para siempre el mando de miles de hombres y mujeres que aún marchan insepultos por el continente americano".

"¡Vaya!" Exclamaba Ribas y tras Bolívar desfilaron millares de hombres, mujeres y niños descabezados en Barinas, Ospino, Barquisimeto, Villa de Cura y Yaraguá, por órdenes de los realistas Boves, Morales, Yáñez, Antoñanzas, Rosete, Puy, Calzada y Servery.

Más allá, en otras tierras, sobre el cielo que no cubrían los tomates de Jonatás, los prisioneros ejecutados en la batalla de Azincour, seguidos por un perro s Setter, arrastraban el cuerpo de su ejecutor, el rey Enrique V de Inglaterra.

"¡Ajá!" Respondía Simón Bolívar para justificar su marcha de muertos.

Al final, la infinita fila de degollados se perdía tras él, sobre bandazos azules del Mar Caribe o en ondulantes montañas de los Andes.

—¡Apareció!—gritó Altagracia Bustamante apenas vio llegar al barón y a su compañero de viaje Aimé Bonpland.

—¿Qué cosa?—Preguntó Humboldt.

—El cuervo, el cuervo que a usted le habían regalado.

El ama de llaves lo había metido en la jaula y ahora lo bamboleaba como si se tratara de un trofeo.

El barón se dirigió de inmediato a su habitación para leer el libro que le habían obsequiado en el fuerte. Lo desempolvó y comenzó a abrirlo con cuidado para no romper aquellas páginas que estaban a punto de deshacerse. Durante días no se le vio salir de la habitación. Altagracia le llevaba la comida y se la dejaba en una mesa que tenía junto a la cama. Al atardecer regresaba y encontraba granos de arroz y tajadas de plátano frito regadas por el piso.

—Come como un pájaro—le decía Altagracia a modo de regaño con una escoba en la mano. La mujer, ante el silencio del sabio se dedicaba a limpiar y levantar con esmero las notas y escritos

que el barón dispersaba en sus horas de estudio por toda la habitación. El ama de llaves se sorprendía de la juvenil actividad de aquellos dos investigadores que parecían no fatigarse. Habían tomado de modo provisional a Cumaná como su base de actividades, para poder desplazarse así de un lugar a otro, interesados en cualquier fenómeno que les pusieran al frente. Hicieron su primera excursión a la Península de Araya a investigar sobre comercio de negros y perlas. Descendieron el Manzanares para llegar a las ruinas del castillo de Araya, las salineras y las montañas que forman la estrecha península de Maniquarez. Todas y cada una de las montañas fueron medidas y examinadas. Cajas llenas de piedra y plantas eran traídas por cargadores y dejadas en las habitaciones de la casa de Cumaná con el objeto de ser clasificadas y enviadas a España. Altagracia, en medio de animales disecados, hojas y rocas, apenas barría, sorprendida de que algo semejante ameritara tantas horas de estudio y de trabajo.

Pero un domingo de diciembre, la rutina de Altagracia se alteró de modo brusco. Agitada, sin pedir permiso, entró a la pieza de Humboldt para decirle:

—Señor barón, busque otra ama de llaves porque yo me voy de aquí: ese cuervo suyo no grazna, ríe.

El barón de Humboldt dejó salir de lo más profundo de su ser una carcajada. El cuervo, en el patio, comenzó a graznar.

—No le dije, no le dije —argumentó Altagracia.

Sinforoso, entró a la habitación y preguntó qué podía pintar.

—Cualquier cosa —dijo el barón ante la nueva interrupción, deseoso de continuar con la lectura del libro—. Pinta un cuervo que ría.

—Si señor, está bien —respondió Sinforoso— ¿Pero el señor hace cuánto tiempo no sale de ésta habitación?

—Eso no interesa —contestó Humboldt— estoy dedicado a la lectura de éste libro.

—Si señor —replicó respetuoso Sinforoso—, pero pasa que ésta habitación huele a chivo.

El barón se quedó en silencio con las manos entre los bolsillos del chaleco. "A carnero", pensó. Su mirada se posó después en las barbas de chivo que caían de la barbilla de Sinforoso, al tiempo que sus manos recogían de la mesa el libro forrado en piel de carnero y en un acto casi involuntario, lo llevó a la nariz para olerlo. Cojeaba con un pie metido en una pantufla, cuando oyó al pintor que, de nuevo en el patio, insistía en llamar al cuervo para que posara delante del caballete. El cuervo, en tono irónico le respondía con gracias y risas que alegraron a Humboldt. El pintor, en respuesta, comenzó a tararear y silbar "Adios a Ocumare", la tonada de moda que el cuervo no demoró en repetir. Cuando Humboldt encontró su otra pantufla, notó cómo en verdad los mosquitos lo tenían extenuado. Con la brocha de afeitar en la mano se acercó al espejo. Un silencio prolongado le hizo sospechar que algo no andaba bien. Con la cara llena de espuma decidió ir hasta donde estaba el pintor. Frente al caballete Humboldt halló a Sinforoso sumido en su trabajo, inmerso en su pintura. No cantaba ni silbaba como a él le pareció escu-

char. El cuervo, en actitud inmóvil miraba los pedazos de papaya que como un bodegón en abandono yacían sobre una tabla. Sinforoso se acercaba y se alejaba del caballete con un pincel en una mano y con una paleta de colores en la otra. En muy poco tiempo había logrado finalizar casi todo el cuadro. Las dimensiones eran semejantes al modelo real. Las plumas tenían un tinte de grasa azulado que le hacía ver con vida. A pesar de la perfección lograda en la obra, Humboldt notó como al cuervo le faltaba la cabeza. Sinforoso ejecutaba trazos rápidos y simétricos, pero había algo que no lograba encajar: sobre el cuello aparecía una mancha. Con las cerdas trataba de plasmar los plumones de una cabeza cada vez más renuente en aparecer sobre el lienzo. Con impaciencia Sinforoso pasaba un paño negro sobre la tela con el desco de borrar cualquier vestigio de color. Después de varios intentos fallidos notó cómo con facilidad, sin proponérselo, surgía detrás del pincel una cabeza humana de mechadas hirsutas que contrastaba con un fondo de azules y verdes intensos. En lugar de un pico aparecía una boca diminuta que se estiraba hacia adelante y en lugar de plumas surgían unos cabellos rubios. El cuello de aquel rostro se alargó como si el palo de una lanza lo izara sobre una planicie perdida y olvidada. Humboldt, ante el resabio del pincel que no lograba acomodar lo que quería, se abstuvo de hacer cualquier comentario al notar el mal genio del artista.

El barón tomó en sus manos la obra y después de estirar sus brazos para contemplarla, la dejó en

el piso inclinada contra una pared. Muy despacio regresó al frente de la mecedora donde yacía exhausto Sinforoso, para insinuarle casi al oído en tono paternal:

—Descanse, mañana continúa, no vaya esta pintura le huelga a caca de cuervo.

Libre de toda preocupación, rodeado sólo de una brisa tenue que lo libraba de mosquitos. Humboldt se dedicó a la lectura del libro cubierto con piel de carnero. Sus ojos devoraban aquellas páginas donde se contaban historias fantásticas que él nunca había imaginado. En los intervalos que hacía de la lectura se acercaba a la ventana y veía saltar sobre los árboles sombras de salamandras que parecían convertirse al final en relámpagos rojos sobre la oscuridad de la noche. Página a página encontró fábulas de indígenas y guerreros, leyendas de amantes y bandidos que se perdían entre islas, desiertos y cordilleras. Pero al primer zumbido de un mosquito Humboldt corrió hacia el toldo construido por Altagracia y desde allí continuó con prisa su lectura. Leyó la historia de Túpac Amaru, de Antonio Galán y comprendió cómo estos descabezados del régimen español danzaban en silencio entre la memoria de los pobladores de Cumaná.

Bien de mañana entró Altagracia con un jugo de naranja. Humboldt alzó sus ojos con cierto temor, como si aquella mujer le fuera a robar momentos de lectura. En silencio, como si fuera una salamandra que muta de colores, entró de nuevo al libro y encontró la historia de otro desconocido del futuro, de un hombre llamado el apóstol

José Martí, de quien unos soldados realistas habían encontrado abandonado su cadáver después de una emboscada.

“Remanganagua”, leyó Humboldt y recordó su paso por Cuba. Sobre el nuevo amanecer llegaron los cantos de los pájaros. El mar se extendía azul hasta los confines del horizonte y allí, sobre sus aguas, lanzó en sueños la lectura que hacía. Imaginaba un hombre de regular estatura, delgado y con unos poblados bigotes que era llevado muerto, por sus enemigos, a Remanganagua. El hombre, tendido de bruces sobre la albarda de una mula, rozaba con los dedos de sus manos la tierra llovida. La historia se perdía después en los padecimientos del cadáver. Abandonado en un camino de la boca de los Dos Ríos, resucitaba para morir de nuevo y ser sepultado sin ataúd entre la tierra fangosa. Una y otra vez aquella figura entraba y salía de la tierra en medio de sus enemigos que le querían ocultar de sus seguidores, pero el apostol, con los ojos abiertos y el cuerpo amarrado, en medio de las balas cruzadas, ansiaba encontrar el cielo azul que resplandecía más allá de su ancha frente.

—Otro libro de muertos —dijo Altagracia casi encima de Humboldt, sobre uno de sus hombros.

El barón alzó la vista, algo extrañado por el comentario de su ama de llaves.

—Son historias perdidas —dijo ella como si conociera del libro.

—El barón prefirió continuar con su lectura sin detenerse a ampliar los comentarios de Altagracia. Ella, sin dejar de barrer se atrevió a añadir:

—Cuentos de masones.

Humboldt, sin prestarle mucha importancia a las palabras de la mujer, hizo algunas cuentas con sus dedos.

—Faltan más de noventa y cinco años —dijo y de nuevo regresó a la lectura.

Encontraba que las fechas que aparecían en aquellas páginas no coincidían con el momento, pues eran hacia el futuro inimaginables. “Faltan noventa y cinco años”, dijo, para casi de inmediato ponerse a repetir el renglón que aparecía ante sus ojos: “Mayo 18 de 1895”. Después hizo una pausa y sin alzar la vista del libro le preguntó a Altagracia.

—¿Conoce usted a José Martí? —El barón quedó sin respuesta. El ama de llaves había salido de la habitación.

Habían salido montones de todos los rincones del mar. Saltaban de las olas y se ponían a caminar sobre la playa. Adelantaban varios pasos y se quedaban quietos. Volvían a calcular otra distancia similar y de nuevo se detenían. Miraban a todas partes con recelo, como si aquella invasión fuese sólo el inicio de sucesos más pavorosos. Los más pequeños casi volaban en sus saltos para no ser atropellados por los mayores. Todos, casi al tiempo, sacaban sus ojos por encima de sus cabezas, para recogerlos ante la inminencia de un golpe o la caída de partículas de arena.

Su marcha inclinada, llevada a la carrera sobre medio lado, prevenía cualquier ataque. Y así, poco a poco, toda la playa se volvió azul, azul violeta, azul magenta, azul grisáceo, siempre azul, todo azul. Ya no quedaba un espacio libre, un espacio a cien leguas a la redonda en donde cupiera otro color que no fuera azul. Fuertes pero quebradizos se sintieron poco a poco pegajosos, detestables entre sí. Los más grandes se subían sobre los más pequeños hasta cortarles el paso, impedirles moverse en cualquier dirección. Abandonados,

pisoteados, se arrastraban para morir cubiertos por todo lo que el mar había arrastrado sobre las playas. Todos se volvieron enemigos de todos para cercarse, para agujonear cualquier presencia, cualquier cuerpo que apareciera a su alcance. Los que querían volver al mar eran empujados hacia la tierra por las nuevas hordas que se precipitan con más fuerza, como si a ellos, también, desde las profundidades, los arrojaran.

Había sido la más grande invasión de cangrejos de todos los tiempos.

El pueblo se llenó de cangrejos. Por todas partes comenzaron a caminar de medio lado, como si el viento los empujara contra las calles asoleadas. Se subían a las paredes, entraban por las ventanas y a paso nerviso llegaban a las mesas para saltar sobre los platos de sopa. Las madres subían a sus hijos a los chinchorros y allá llegaban los cangrejos y les mordían los dedos. Las mujeres los espantaban de los ruedos de polleras y basquiñas. Entre pantalones, zapatos y botas se quedaban como si hubiesen encontrado entre telas y cueros el anhelado hogar para vivir. Hombres y mujeres, cansados de tropezar con aquellos caparazones móviles, decidieron matarlos a escobazos. Bateas de madera, palanganas de cobre y bacinillas de peltre se hicieron insuficientes para recogerlos y botarlos al mar; porque el mar los vomitaba sobre la tierra donde morían en medio de olores nauseabundos que obligaban a desalojar viviendas y poblados enteros.

Durante muchos años a nadie se le ocurrió preparar muelas de cangrejo. Generaciones ente-

ras apartaron de su dieta las muelas de cangrejo, el arroz con patas de cangrejo, los cangrejos a la partilla, fritos, en ensalada de espárragos y mayonesa y desde luego desapareció de todos los fogones la simple sopa de cangrejo. Los escupían y pisaban; muchos inclusive afirmaron que las muelas de cangrejo sólo servían para preparar el curare de los indios. El mal de ojo sobre los recién nacidos era atribuido a los cangrejos. Se les colgaba vivos en los horcones hasta que morían bajo el sol con sus patas desafiantes. De algunas mujeres se llegó a decir que no habían sido embarazadas de varón, sino por haber comido a escondidas muelas de cangrejo. De sus partos se esperaba el anticristo. Abortos, flujos, bocios, erisipelas, verrugas, viruelas, eran causados por cangrejos de mar y jaibas o cámbaros de río. Fueron aborrecidos por generaciones enteras, hasta que desaparecieron de la memoria gastronómica de los pueblos. Multiplicados, los cangrejos vivieron de modo desprevenido entre los hombres; se olvidaban entre sí unos de los otros, como si ninguna de los dos especies existiera sobre la tierra. Los caparazones aplastados por las carretas en los caminos o roídos por años de abandono, se convirtieron en refugio de insectos. Hormigas, arañas, cucarachas y lagartijas entraban y salían de las calcáreas moles desportilladas como si se trataran de habitantes perdidos entre ruinas carcomidas por el tiempo y por el sol.

Fue entonces cuando llegó el enano Cayetano y su esposa Francisca Zorro en la carreta de bueyes, con la tristeza viva en el corazón por no haber

alcanzado a enterrar, como se lo merecía, en tumba privada, a su amiga Manuelita Sáenz, la Libertadora de El Libertador Simón Bolívar, quien había muerto en Paita, víctima de la difteria, con un baúl lleno de cartas de amor.

—¿Dónde están esas cartas?—Preguntó el enano.

—Las quemaron para que nadie se contagiara de amor—le respondió alguien.

Cayetano, sudoroso de pies a cabeza, hizo que su mujer sostuviera las riendas de la carreta y sin mediar palabra trepó al campanario de Paita para hacer sonar los bronces. Después de haber reunido a todos los pobladores en el atrio de la iglesia juró, por encima de caparazones secos de cangrejos, enterrar a todos los muertos de todos los tiempos, sin olvidar, desde luego, al primer indígena destrozado por los perros de Cristóbal Colón, hasta el último de los degollados de la Guerra a Muerte decretada por Bolívar.

Los cangrejos, con el toque de las campanas, parecieron entender el mensaje y poco a poco, en marchas lentas pero precisas, se metieron a las aguas del mar, como si una voz los hubiese llamado a dormir en el seno más oscuro de sus profundidades. El aguamarina se tornó gris con el retorno de los crustáceos. Desde sus orillas, hasta el horizonte, el mar pareció hundirse bajo el nuevo peso de cientos de miles de abdómenes, pinzas y antenas largas que se sumergían en medio de un tropel de burbujas saltarinas. Desde aquel día todo volvió a ser sometido a la gris repetición de lo normal. Renació el apetito por la dieta del cangrejo. Hombres y mujeres reiniciaron la caza

nocturna de cangrejos bajo la luz de la luna. Una vez cogidos, en la misma playa, les trozaban las muelas para asarlos en parrillas. Y las muelas de cangrejo se volvieron a vender en el mercado. Se aseguró entonces que la virilidad perdida sólo se recuperaba con muelas de cangrejo. Durante la lactancia no había plato más propio que la sopa de cangrejo. Paludismo, tosferina, escoriaciones en la región pelviana, enfriamiento de bronquios, retraso menstrual y el cólico miserere, eran curados con emplastos de caparazón triturado de cangrejo.

Manuelita Sáenz, en su tumba común, había permanecido ajena a las consideraciones generacionales sobre los cangrejos. Una alegría inusitada la estremeció cuando los vio llegar. Nunca había visto tantos cangrejos descolgarse por un mismo agujero. Había tenido el privilegio de ser la primera en sentirlos llegar. Deseaba comentarle al holandés la buena nueva, pero el holandés parecía no darse por enterado de aquellas palabras que le brotaban de corrido y sin pausa de su boca. Ante la indiferencia, conservó la esperanza de que él los hubiese visto. Era imposible que nadie estuviera enterado de aquella procesión de muelas y antenas que se blandían altivas como si se tratara de soldados que retornaban airoso del campo de batalla.

"Hombres y animales conservan la misma simpatía por lo vano", pensó.

Los cangrejos se dedicaron a buscar sus antiguos y abandonados lugares, a poblar recámaras y agujeros con una fruición que estuvo a punto de sacar a flote a aquellos huesos que el mar relamía

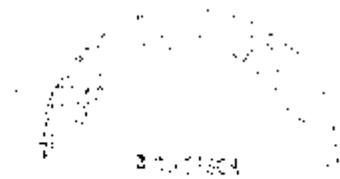
con la lengua de sus aguas salitrosas. Llegaban por miles y se le metían entre las costillas, le subían y bajaban por el fémur en medio de empujones y cortes de tenazas. En aquella refriega por ocupar los mejores lugares, vio cómo en su omoplato una cangreja azul se dedicaba a depositar sus huevos. Una sensación de maternidad realizada la invadió. Estaba dichosa de haber servido de nido de cangreja. Se vio en sueños de nuevo en Ayacucho, lista a entrar en batalla por la patria con los hombres de Sucre. Su caballo la ampujaba hacia profundos barrancos donde, acabado y viejo, yacía un Bolívar que se sumía en fiebres, a punto de perder la razón. Con la espada en alto El Libertador dirigía ejércitos invisibles. Su casaca azul se agitaba por el estertor de los bronquios que no paraban de soltar ese sibido agudo que le ahogaba y le hacía doblar su antigua arrogancia. Ella, algo tímida en su propio sueño, se le acercaba para besarle la fiebre de la frente. Le alzaba los pocos cabellos mojados por el sudor que le caían sobre las sienes y en una mirada dulce lo aprisionaba con pasión, lo abrazaba con todas sus fuerzas como si se tratara de una vieja avara que teme le roben su tesoro. El libertador amante tosía con un dolor intenso, con una fatiga que lo hacía rodar desarmado entre sus brazos, con una desolación en el alma que lo llevaba a la muerte. Tosía sin fuerzas las últimas ansias de su tisis y unas pepitas de sangre salían de su boca para caer al suelo, donde las gallinas llegaban presurosas para disputárselas. Ella era la luz de sus pupilas. Gracias a los ojos de la quitceña Manuelita él veía

las iguanas sobre los árboles de mango, junto al mar, cerca del atardecer relampagueante, arriba del chinchorro que lo mecía como un niño agónico y solitario. Descaba estrujar su cuerpo, sacarlo de aquel sufrimiento, pero cada vez que lo intentaba, Manuelita sentía salir de su propia boca una nata blanca llena de huevos de cangreja. Trataba de escupirlos, pero los huevos ya se encontraban escurridos entre sus mandíbulas carcomidas. La cangreja, altiva y desafiante, entornaba sus antenas como si buscara así atemorizarla. Manuelita, entonces, comprensiva con el trabajo materno del animal, decidía permanecer en silencio por días, con una rigidez absoluta que le impedía hablar. Como mujer parlanchina, le aterraba el silencio que tenía que imponerse ante la descarga de huevos que caían entre sus mandíbulas convertidas en recámara de futuros nacimientos.

Su cuerpo, día a día, fue invadido por un número mayor de cangrejas que en decidida postura alzaban sus patas traseras para dejar caer sobre ella sus natas pegajosas. Entre sus cavidades óseas se escurría una baba fértil de huevos que ella decidió cuidar con abnegación. La blancura de sus huesos se hallaba oculta bajo el peso de los oscuros caparzones, bajo la humedad maternal de los animales que se inmovilizaban sobre ella con ganas de desovar.

Intentó soñar de nuevo con Bolívar, pero la imagen de su Simón se negaba a venir, temerosa tal vez de enredar sus pasos entre la flema fructífera de huevos de cangreja. Manuelita se sintió despreciada por aquel hombre que prefería

morir solo entre iguanas, antes que asumir con ella, en el fondo del mar, su última responsabilidad de amor.



¿Sabe usted cuántos años tiene el mar?  
-Preguntó la vieja Jonatás.

-¿ Y eso a qué viene? -Replicó el soldado.

-A que yo soy más vieja que el mar y puedo ser su abuela.

-Eso a nosotros no nos importa. Usted nos robó la cabeza de Ribas y mi general Morales la quiere para colgarla en la plaza mañana domingo, antes de la misa de mediodía.

La esclava Jonatás se levantó de la mecedora a regañadientes y de un empujón abrió la puerta del patio. Era un palenque sembrado de tomates y lechugas. Entre surcos los condujo a los fondos de la casa donde había un montón de piedras y después de señalarlas con el dedo, dijo:

-Ahí la enterré.

Los soldados de inmediato quitaron las piedras y comenzaron a cavar en el lugar indicado por Jonatás. Hicieron un hueco profundo y encontraron sólo un agua salobre y oscura donde se movían inquietas caparazones de cangrejos.

- A ver. ¡Acuérdese dónde la dejó!

Los soldados abrieron nuevos agujeros, destru-

yeron las tomateras, arrancaron las lechugas, espantaron las gallinas cluecas de sus nidos, rompieron las paredes y no la encontraron.

Morales reventaba de rabia. Había llegado a su casa con el dedo tenso de tanto señalar a los prisioneros de la Isla Margarita que debían ser degollados. Con sus propias manos quería ejecutar a Arismendi, quien imploraba por su vida ante el pacificador Pablo Morillo. Su estómago estuvo a punto de estrangularse de ira cuando se enteró del indulto que Morillo había otorgado a los rebeldes.

—Ese miserable—y señalaba a Arismendi—mandó a quemar vivos a quinientos pacíficos españoles, vecinos que eran de La Guayra y de Caracas.

Y su dedo se iba contra el rehén que parecía reptar ante el colérico rostro de Morales.

Cuando retornó a su casa, Morales supo que los hombres no habían encontrado la cabeza de Ribas. Hizo traer a Jonatás a su presencia. Después de interrogarla sin obtener ninguna respuesta, ordenó que la trasladaran a Cumaná para dejarla prisionera en el castillo. Allí, en su encierro, a través del pequeño agujero de la garita, la esclava Jonatás, vio en el primer amanecer de prisionera, una lluvia de meteoritos que iluminó el más triste cielo de su vida.

Morales encontró el patio en orden: las matas de tomate florecidas, las lechugas grandes y en sus sementeras. Maldijo a los pardos, a aquellos que le habían asegurado haber levantado piedras, tumbado paredes y abierto zanjas en la tierra en busca de la cabeza de Ribas. Los cabellos se le

crispaban de rabia, el estómago se le contraía en ardores que le llegaban hasta la boca. Todo permanecía en orden: las gallinas escarbaban con sus patas y detrás de ellas, nueve pollitos corrían y picoteaban la tierra en busca de pequeños cangrejos que salían como moscas debajo de plantas y troncos podridos. Con el filo de una pala dibujó un rectángulo. De inmediato se acomodó cuán largo era sobre el marco trazado, como si buscara precisar el tamaño de su propio cuerpo.

Boca arriba, con la mirada perdida en el cielo, dejó escurrir sobre su existencia el amanecer que Jonatás contemplaba como prisionera en el Castillo de Cumaná. Feliz de estar por primera vez solo en medio de ruidos mañaneros, percibió sobre sus piernas y después sobre todo el uniforme, la invasión de pequeños cangrejos que comenzaron a cubrirlo de un gris plomizo semejante a las nubes cargadas de tempestad que cruzaban justo sobre sus ojos. Sólo cuando llegaron las gallinas y los pollitos a picotear aquellas criaturas diminutas, dio un brinco de espanto y todos los animales desaparecieron del patio.

Morales comenzó a abrir con la pala una zanja profunda en el interior de la fosa rectangular recién dibujada. De la tierra dura no salió una sola gota de agua. Cada vez que cavaba sentía sobre su nuca una mirada que le penetraba todo el espinazo. Se volteaba para sorprender al observador y lo único que encontraba era una empalizada de mangles donde faldas, blusas y pantalones al sol eran agitados por la brisa. A pasos agigantados decidió asomarse al otro lado de la cerca y se

encontró con un cerdo que yacía muerto con la lengua negra salida entre la jeta. Regresó a la casa para descansar sobre la mecedora. La imagen del cerdo muerto comenzó a darle vuelta entre sus ojos. Lejos, sobre el horizonte, alguien lo acechaba con una mirada fija que él no podía evadir a pesar de cerrar los párpados para dormir.

"Debe ser Dios que me cuida", se decía, al tiempo que aceleraba su acompasado ritmo en la mecedora. Con la mano puesta en la cacha de la pistola recorrió con la mirada toda la estancia. Sobre la cerca de mangle una corneja de cabeza grande, gorja delgada, alas negras y cuerpo ceniciento, lo miraba. Morales disparó su arma y el ave, sin moverse de su sitio, batió con fuerza el plumaje. Durante largo rato hombre y ave se miraron, hasta que su corazón de hombre solitario reveló viejos temores. La casa a su espalda parecía próxima a derrumbarse, como si una pesadilla ajena, la de sus antiguos huéspedes, resintieran su cimentada tranquilidad. Cuando Morales salió de los pensamientos que lo ataban a la lejanía, encontró que la corneja había volado al horizonte para dolerarse sobre una mata de maíz, con una cucaracha muerta entre el pico. Sintió por primera vez miedo y respeto por el cadáver del cerdo. De pie, frente al animal, vio como el Sol aceleraba su descomposición.

"El sol del trópico enloquece", dijo y retornó en busca de la pala para continuar la excavación.

A pesar de haberse librado de la corneja, sintió, ahora sobre su frente, aquella mirada penetrante que lo inquietaba. Gritó vulgaridades para espan-

tar aquel continuo acecho. Su voz de trueno retumbaba de un lado a otro de la casa, pero nadie salía. Sus pasos, sobre la hojarasca del patio, espantaban veloces salamandras que en tonos ocres buscaban refugio o trepaban por último a los árboles donde la luz vertical del sol las hacía arder en visos plateados.

Cansado de moverse de un lugar a otro, decidió calmarse para sonreír con la seguridad de haber superado aquel momento difícil de su vida. Entendía que más allá de la Guerra a Muerte decretada por Bolívar, existían momentos cruciales en los hombres en los cuales no les quedaba otra alternativa que enfrentar su propia soledad. Vio en su abandono su verdadera dimensión. Solo, con deseo de descargar su estómago, con los pantalones abajo, de un lado a otro en una casa abandonada donde corrían animales y se deshacían los gritos lejanos que el viento traía a jirones, entendió que no había más suerte que su diaria derrota. Acostado, roncaba ahora con la boca abierta y de vez en cuando emitía un leve gemido que la lejana corneja imitaba entre el maizal.

-¿Eres tú, Ribas?-preguntaba -¿Eres tú el que me llama con esos silbos?

Con la punta de su arma espantaba moscas y moscardones que se paseaban por su cara en medio de zumbidos vibrantes. El calor lo había sumido en una modorra de la cual no se quería despertar, hasta que el estómago, por fin, lo levantó con brusquedad. Tuvo deseos de ir a la letrina. Contrajo sus piernas a la espera de detener las exigencias de los intestinos. Comprendió

que una fuerza más grande que su voluntad entraba a definir su destino más próximo. Se bajó del todo los pantalones y los interiores con el objeto de dejar despejadas las nalgas. Enredado entre sus botas comenzó a caminar en busca de un lugar apropiado, hasta que cayó de bruces entre la tomatera. Una vez de pie, con los pantalones en la mano, logró llegar al agujero del retrete donde pensó sobre la vida. Su peludo estómago se hundía a cada intento de organizar los recuerdos. Desnudo, con el pecho soplado, el estómago rugiente y las nalgas contraídas, optó por reiniciar su marcha hacia la vivienda con paso militar. En la mitad del patio recordó que estaba desnudo y que alguien, desde algún lugar de la vida, lo observaba.

—¿Qué quieres? —Preguntó de repente.

El silencio se hizo total. Tenía vergüenza de encontrarse en aquel estado. Su ropa se hallaba al otro lado de la casa. Con la arrogancia que acostumbraba mostrar ante su tropa, trató de superar en vano el temor y el pudor que lo embargaban. A lo alto, diciembre tenía el resplandor de lo maravilloso. El horizonte se inclinaba más sobre sus propios confines. Le gusto que ese mes hubiese llegado una vez más a su vida. Le regocijó estar frente a ese cielo azul que parecía no agotarse con tanta luz, con tanto calor devuelto de abajo hacia arriba, de la tierra al infinito. Ante la abundancia americana ya no se creyó exageradamente grande. Se veía ante tanto esplendor algo escurrido y desgonzado. Bajó sus ojos para observar su cuerpo y encontró en el suelo a la corneja, a aquella ave de cabeza grande y gorja delgada que torcía el pico

para repetir con facilidad la vida del rey Arturo, el rey de Gales, quien junto con su encantador Merlin, había derrotado a los anglosajones hacia muchos siglos en la batalla de Badon Hill. La corneja, después de cantar y hablar de la soledad de aquel monarca que muchos confundían con un gigante y que había sido traicionado por su esposa Bretaña, terminó por indicarle en un latín claro y preciso, el lugar donde hallaron el cuerpo tantos años perdido del guerrero: *Hic jacet sepultus inclytus rex Arturius in insula Avalonia.*

Moreles, ante tan bellas historias trató de sonreírle a la corneja, pero su estómago indómito y suelto se deshacía en aguas tibias que no demoraron en correr entre los negros pendejos que salían de la línea recta de sus nalgas.

Lo primero que sintió Alejandro von Humboldt fue un terrible escozor que le hacía rascar con fuerza el cuero cabelludo. Después descubrió entre sus cejas unas diminutas hilachas plateadas que se deslizaban hasta el cuello de su camisa. Su espíritu de investigador lo llevó de inmediato a contemplarlas con entusiasmo; las aprisionó entre sus dedos, las olió, les probó el sabor entre sus dientes, hasta que Altagracia, desesperada ante tanta curiosidad de la ciencia, le gritó:

—¡Fuchis barón von Humboldt, son liendres!

El barón levantó entre sus labios un gesto tierno con el cual quiso explicarle a su ama de llaves que seguía sin entender de qué se trataba.

Ella, entonces, con la arrogancia de saber más que el sabio, dijo:

—Son huevos de piojo, barón.

Humboldt escupió en el piso, al tiempo que dejó salir de su boca el estruendo de una carcajada. Atrás de él se escuchó una risa que sin definirse parecía estar entre una burla cínica o una sorna irónica. El cuervo, parado sobre el escaparate, caminaba con las alas recogidas como si se tratara

de un filósofo desvergonzado que había encontrado en el barón un personaje sobre el cual hacer caer las lanzas de su risa. El ave metía la cabeza debajo de una de sus alas, se rascaba y mataba con el pico piojos y liendres. Luego se le daba por estirar una a una sus largas patas y al lado de ellas sus plumíferos alerones para recibir con elegancia los rayos del Sol. Una vez satisfecho y agradecido de los dones de la vida, el cuervo volaba a la ventana para llegar de un brinco a un papayo. Picoteaba con avidez la fruta que allí se descolgaba. Entre picotazos y saboreos, se detenía de vez en cuando a escuchar las historias que el barón leía del libro forrado en piel de carnero, así como el saludo en alemán que terminó por convertirse en un verdadero ritual.

—*Guten Morgen* -decía el barón

—*Guten Morgen* -respondía el cuervo.

Y así, durante horas, hombre y ave, se preciaban de su amistad. El cuervo llegaba al amanecer para caminar sobre el marco de la ventana con ese garbo propio de las aves del paraíso. Saludaba con una pequeña inclinación de cabeza y esperaba sin graznido a que el barón le sirviera su primer alimento del día. Una vez satisfecho, se alistaba a escuchar los comentarios científicos del geólogo sobre su última investigación, o alguna otra conversación inesperada de reyes y pueblos lejanos que parecían perderse en la bruma de los siglos. Altagracia Bustamante estremecía sus cachetes de ira a la hora de atender al intruso y con resignación tomaba la escoba, esparcía aserrín y con los ojos cerrados barría y rebarría las indeli-

cadezas del animal. El cuervo surgía de repente y comenzaba a graznar cuando todo estaba limpio. En un santiamén dejaba caer sobre la pulcritud del piso su olorosa gracia. Cada depósito estomacal lo festejaba con bríncos y graznidos ensordecedores. El ama de llaves, ante aquellos sobresaltos, terminaba por arrojar al suelo lo que llevaba en sus manos. Temerosa de un acto violento por parte del gracioso animal, decidía cubrirse los ojos con las manos. El barón se sugestionaba cada vez más con los reclamos de la mujer. Durante muchas noches se soñó viejo y ciego, conducido de la mano de Sinforoso por los poblados de la América española.

Ante la continua presencia del cuervo, el pintor insistió en que el cuarto no sólo oía a chivo, sino a caca de cuervo o a caca de gallina que según su parecer, era lo mismo. Espantado por los olores que se extendían por la casa, decidió instalar en su cuarto de estudio una enorme tina donde se metía a bañarse con estropajo y aguas perfumadas con las siete hierbas de la buena suerte. Desnudo, dibujaba y pintaba sobre una tabla que había acomodado sobre sus piernas como caballete, mientras su cuerpo se sumergía entre las fragancias de hierbabuena, toronjil, poleo, cilantro, tomillo, romero y quina. Sólo así pudo terminar la pintura del cuervo. Años más tarde, en la exposición que realizara Alejandro von Humboldt en París sobre su viaje a América, el joven Simón Bolívar pudo ver como Sinforoso Cuperman, por suspicaz y gentil sugerencia de la emperatriz Josefina, le regalaba su cuadro, "La risa del

cuervo", al emperador Napoleón Bonaparte.

En vista de las negativas de Sinforoso de salir de su tina, el barón decidió un día regresar solo al castillo. Tomó su bastón por el mango y comenzó a subir la loma sobre la cual se divisaba la edificación. Apenas llegó a la cima se detuvo a observar el paisaje que tenía a sus pies. Las llanuras que estaban al lado del mar le parecieron inalcanzables, pero junto al río contempló una vegetación fresca y altiva con aquellos troncos de tamarindo, cocoteros y datileros que nunca, aun en Europa, consiguió apartar de su mente. Sin la premura del pintor examinó con tranquilidad la fachada del fuerte. Observó sobre el frontón de la entrada una inscripción tallada en letra gótica de la que sobresalían dos enormes eses. Muchas de las letras habían desaparecido del entorno del óvalo que sugería ser una heráldica y en cuyo centro sobresalía con más claridad, un ojo avizor en piedra que seguía sus movimientos. Antes de entrar a la edificación arrojó algunas piedras por una pequeña ventana. Esta vez, en lugar de los chillidos propios de los murciélagos, escuchó con certeza los graznidos de unos cuervos que aleteaban sin detenerse. De repente el silencio se apoderó del lugar. Las hojas de los árboles se paralizaron ante la total ausencia de brisas. El canto de las chicharras desapareció para dejar un vacío en el azul del cielo. Ni una sola ave levantó el vuelo, ni una sola lagartija corrió por la hojarasca. El barón contuvo la respiración como si algo más allá de sus cálculos pudiera suceder. Estaba impresionado por la desolación que lo rodeaba, por los encantos

misteriosos que prodigaba aquella súbita calma. Ni el olor a espliego que aspiró de su pañuelo ni la sonoridad de sus pasos contra las piedras del piso, hicieron que aquel sentimiento desapareciera. Había pasado por debajo del ojo avizor del portón principal y se dirigía ahora hacia el interior del salón donde esperaba encontrar el revuelo de los pájaros. Un inconfundible olor a excremento de gallina lo puso en alerta. Sobre una viga y con el pico abierto se hallaba el cuervo:

-*Guten Morgen* -dijo el animal.

-*Guten Morgen* -respondió Humboldt.

Era como si dos viejos amigos se hubieran encontrado después de una corta separación. Alejandro von Humboldt hablaba en su idioma natal, se regocijaba de aquellos comentarios tanto tiempo reservados en lo más íntimo de su ser. El cuervo le contestaba con estridentes graznidos que el barón llegó más tarde a definir como la mejor prueba de buena voluntad que un cuervo le pudiera demostrar a un hombre. La voz del uno y los chillidos del otro, se unían en una discolorada armonía que reventaba contra las paredes del castillo. Humboldt estaba tan emocionado que comenzó a danzar con pasos altos y precisos. El cuervo quiso imitarlo y revoloteó sobre el recinto hasta que terminó por posarse en uno de sus hombros. Desde ese momento la amistad se hizo más estrecha. El barón no sabía si era guiado por su propio albedrío o por la inspiración del cuervo. En un gesto casi idéntico asomaron sus cabezas por entre el marco de una puerta. A varios pasos de distancia encontraron una pequeña escalera

que descendía a otro nivel del recinto. El cuervo continuaba sobre el barón sin mostrar la más leve intención de volar. Cuando llegaron abajo descubrieron muchos nichos desocupados que daban la impresión de haber sido utilizados en alguna otra ocasión. A través de la escasa luz el barón pudo leer sobre un tonel de vino una pequeña placa que decía: "Amontillado". El cuervo graznó para llamar la atención y Humboldt de inmediato se detuvo. En el piso, al lado del tonel, se hallaba un esqueleto humano que tenía puestas unas botas altas de cuero y un uniforme militar con charreteras. Sobre su pecho caía terciada una capa de terciopelo azul. Un olor a humo y a zumo de manzana se esparcía por el recinto. Aquella noche el barón soñó con un jabalí que le tajaba una pierna y que el ama de llaves corría solícita hacia él para curarlo con aceites y bálsamos encantados.

-No se meta con esos animales que son carroñeros -insistía Altagracia en aconsejar al barón cuando éste despertaba sudoroso de su última pesadilla, bajo el velillo del dosel. Ella, con una prudencia poco común en las mujeres del trópico, se abstenía de nuevos comentarios para no distraer de estudios y actividades extrañas a aquel extranjero que no hacía más que recoger plantas, guardar piedras y medir montañas. Por primera vez en su vida comenzó a sospechar que algo fuera de lo común estaba por suceder en el mundo.

Convencida de contribuir a la investigación y a la ciencia con su silencio, se propuso bajo el dominio de sus ímpetus, cerrar los labios. El barón, algo sorprendido por la actitud de su ama de

llaves, disminuyó el ritmo de su trabajo para observarla. Mucha dificultad tuvo en conocer a aquella mujer cuarentona de brazos morenos y secos que parecían llevar en su dinamismo toda la frescura del mundo. Muchos meses después, montado en un bote sobre las aguas del Orinoco en busca del Amazonas, entendería como en el fondo su descripción sobre el palo de vaca, mucho tendría que ver con el ama de llaves: "Junto a la pelada pared rocosa crece un árbol de hojas secas y correosas; sus robustas raíces leñosas apenas penetran en la piedra. Durante varios meses, ni una gota de lluvia viene a humedecer su follaje; las ramas parecen secas, muertas; pero si se perfora el tronco, fluirá una leche dulce y nutritiva".

-Como el palo de vaca, es Altagracia Bustamante.

-¿Me compara usted con el palo de vaca?

-Respondió ella.

-No he sido yo -contestó el barón-, ha sido el cuervo.

Ella, entre incrédula y confundida, terminó por arrojar al suelo la loza que llevaba entre sus manos. El cuervo graznaba con unos estertores que impresionaban a todos los presentes.

-Se da cuenta -decía ella -silba ronco como los moribundos.

El barón, preocupado más por la vida que por otra cosa, le ordenaba salir de la habitación para que rociara, podara y abonara algunas de las plantas recolectadas. El cuervo, entre tanto, continuaba con su respiración anhelosa.

Sinforoso fue otro de los que se unió al coro de protesta contra el cuervo. Espantado por los olores que se extendían por la casa, continuaba instalado en su cuarto de estudio, metido en la enorme bañera, con las siete hierbas de la buena suerte. Permanecía por horas hundido en la tina con el agua al cuello, dedicado a la pintura. Recibía así las visitas y no se preocupaba en cubrirse cuando tenía que salir del agua.

—Siempre es mejor conocer pellejos que ocultar mollejas —decía el barón cuando alguien le preguntaba sobre la actitud del pintor. Damas y caballeros sorprendidos optaban entonces por apartar la vista de Sinforoso desnudo, en procura de no continuar con tan espínosa conversación.

—Cuando recorra las aguas del Orinoco —dijo uno de los invitados que por curiosidad se congregaban alrededor de los experimentos del sabio, un joven de 24 años llamado José Felix Ribas —le recomiendo que vaya a la Isla de las Aves. Porque allí usted sí podrá impresionar sus ojos con millares de flamencos que anidan, rosados pelícanos que comen, garzas y cercetas que vuelan, cuervos que sueñan sobre los hombros y los pechos de los indios guamos.

Humboldt, rodeado de curiosos, iba a preguntar sobre esto último, cuando una muchacha se interpuso entre los interlocutores para regañar con gracia:

—José Felix, tú eres el mentiroso más grande del mundo.

—Permítame barón presentarle —añadió el joven en tono de broma— a la mujer más afortunada de

Caracas, a la reina de la Isla de las Aves, a doña Josefa María de Palacios y Blanco.

El joven José Felix Ribas hizo una reverencia de saludo a la figura delicada de su esposa, al tiempo que se quitaba de la cabeza su gorro frigio. Humboldt observó con detenimiento como aquel joven arrogante, de ojos azules, frente espaciosa y boca pequeña y comprimida, desviaba su mirada hacia el cuervo que apretaba sus largos dedos sobre el marco superior del lienzo que Sinforoso había pintado el día anterior.

—Son —dijo y se refería al cuervo— seres menos peligrosos que los murciélagos que devoran los cerdos vivos de los indios del Orinoco.

Humboldt al oír de nuevo al joven Ribas pronunciar el nombre del río, se emocionó de tal forma que se animó en hacer más preguntas.

Los vivaces ojos azules de José Felix Ribas refulgieron bravíos como los rápidos del Alto Inírida. Su repertorio anecdótico plagado de tigres y jaguares pasaba, de vuelo de flamencos, pelícanos, garzas y cercetas, al veneno de mavacure y curare.

—Ella —decía con humor al referirse a su joven esposa Josefa María Palacios —la rescaté de allá, de la "Isla de las Aves", donde son tantos los pájaros que el paisaje se puebla al vuelo con plumas en forma de arcoiris.

Humboldt guardaba con avidez en su memoria aquella información, con el objeto de poder así enriquecer los conocimientos que necesitaba para su próximo viaje a las cuencas del Orinoco y del Amazonas.

-Cuando encuentre la tribu de los tamana-cos-insistía Ribas en contar -allá donde el aroma de las plantas es tan intenso que termina por causar molestias, no olvide preguntar por Amalivaca, el gran progenitor, quien cortó las piernas a sus hijas para que se mantuvieran fijas, en un solo lugar y así pudieran poblar la tierra.

-No molestes más al barón con tus historias -dijo Josefá María Palacios -al tiempo que se retiraba a descansar a la habitación de huéspedes, llamada por Altagracia. Los dos hombres, sin notar la salida de las mujeres y de otros invitados, continuaron en su conversación toda la noche. Hablaron de hacer observaciones astronómicas, levantar mapas, realizar experimentos magnéticos, disecar animales, clasificar plantas, contemplar eclipses de sol. De aquí allá en la charla, recordaron la Caverna del Guácharo en el Valle de Capire, las erupciones volcánicas, los terremotos, las carreras de los chigüiros, el banquete de los zamuros, los esqueletos pintados de onoto en Ataruipé, la efectividad de la infusión de las ramas de uzao para hacer desaparecer la comezón de las niguas, los indios otomacos come tierra, los indios guaranos que depositan cadáveres en las aguas del Orinoco para que los peces caribes devoren el tejido muscular y ayuden a preparar así el esqueleto, y recordaron también las aikeambenanos o mujeres sin hombre que tienen un hijo cada año.

Una vez hubo amanecido, Altagracia, entre sorprendida y algo molesta, se atrevió a interrumpir aquel interminable diálogo exploratorio que

los dos hombres insistían en mantener:

-Doña Josefa María mandó decir que no olvide que es necesario regresar a Caracas para despedir a su sobrino, el joven Simón, que parte para Europa.

-Ajá -respondió Jose Félix Ribas, al tiempo que trataba de retomar el hilo de la conversación:

-Cuando regrese de su travesía por el Orinoco, recuerde, querido barón, escribir cómo en la estación lluviosa, los llanos americanos son verdaderas estepas y cómo después, al caer vertical el Sol, sobre la Tierra, lo que era verde se reseca y muere. Cocodrilos y serpientes, entonces, se entierran en el barro seco en espera de los primeros aguaceros que los saque de su letargo.

-La que te va a sacar de aquí soy yo -dijo Josefa María Palacios parada con las manos en la cintura bajo el dintel. Humboldt notó como aquella muchacha que ahora les hablaba, dejaba caer de sus labios una sonrisa de infinita tristeza que se parecía a la misma eternidad monótona del Llano.

Cuando la joven pareja hubo montado en el carruaje que los conduciría a Caracas, Alejandro Humboldt recordó:

-En este momento leo un libro donde el personaje se llama como usted, mi querido José Félix.

Sin darle mayor importancia a lo dicho, el joven Ribas respondió en el mismo momento en que el cochero ponía en marcha los caballos:

-En el mundo muchos se llaman como yo -. Luego sonrió para concluir con una agradecida despedida.

—Adios —dijo.

—Adios —le contestó el cuervo sobre una cornisa.



“¿Sabe usted qué se siente cuando unos cangrejos se le meten a una por ahí? ¿Sabe usted lo que es por ahí?” Y los veía ir y venir, hacer túneles y recámaras, depositar sus huevos por todas partes y de aquellos huevos salían unos animalitos que parecían moscas, más tarde arañas y por último tomaban esa apariencia demoledora de cangrejos, con unos cascos azules, con unos ojos saltones encaramados sobre esos estambres que les brotaban en la mitad de la cabeza. “Pues mire, es horrible, producen un cosquilleo desesperante con esas patas, con esas no sé cuantas patas largas y puntudas, con esas muelas, con esas tenazas que están a punto de cortar, de morder todo lo que encuentran a su paso y una qué, quieta, rígida, sin poderios espantar y esos animalitos que atraviesan por esos lugares, por ahí, sabe usted, por ahí, justo donde una siempre se cuida, justo donde una siempre se respeta y esos cangrejos ahí pasan sus muelas, metan sus cabezotas”. No terminaba de decir esto Manuelita cuando veía llegar de nuevo la imagen de Bolívar con aquella arrogancia que le entrecruzaba el alma, con aquella alegría de los

jinetes que revientan caballos para rozar el viento. Lo veía con espuelas que rayaban el piso de "Babilonia", como llamaban las señoras de bien su casa de Lima, a la hora de la danza, de aquel "Adios a Ocumare" que se perdía entre las teclas del piano. Se desesperaba de estar ahora rodeada de su propia lejanía, ansiosa de esa resurrección de los muertos que tendría que esperar hasta la consumación de los siglos. Pero cuando esto sucediera, ella, entonces, se levantaría al toque de las trompetas celestes y en primera fila, al lado de Bolívar, comenzaría a pasearse con toda su risa perdida y ahora resurrecta entre la cal, con los dientes nuevos, con los pechos levantados, puestos en punta, de lanza en ristre como él le decía a la hora de las caricias, olorosa a alhucema, a perfume de CuraÇao, sin esta lepra, sin esta comezón que le desgarraba los huesos hasta su propia conciencia, sin esos animalitos que le saltan por la vejiga.

Detuvo sus pensamientos cuando oyó el lejano sonido del mar, la difusa pero constante corriente que se estrellaba contra las rocas de las cavernas que horadaban las profundidades. El agua se venía primero a goterones entre los agujeros dejados por los cangrejos, se escurría después a chorros entre las grutas de los arrecifes. Se formaban charcos de agua salada en aquella fosa común y los esqueletos se levantaron entre el fluir del agua y flotaron con una gracia tardía.

A un golpe del agua su cuerpo se estrelló contra el filo de una roca. Todas sus extremidades se desarticulaban y se esparcieron por los túneles

que el mar abría con fuerza. Ella dejó de ser ella, sus huesos comenzaron a confundirse con los huesos de otros muertos. Se perdieron sus caderas, se extraviaron sus tibias y peronés y los huesitos de las manos y los huesitos de los pies se mezclaron con los huesitos de los pies de Sócrates Pitalúa y los discos de la columna y el costillar entero se los tragó el agua, giraron en los remolinos del maremoto y ella desconocía hacia que parte del mundo se rodaban con aquel clac-clac que resonaba contra las rocas. Pensó que aquel calcañar que rozaba su cráneo podía ser del holandés. Por primera vez se angustió de encontrarse deshecha para el día de la Resurrección de los Muertos. Ya no había forma de reconstruirse y menos de localizar en aquella revoltura sus propios huesos. Tomaría una pierna cualquiera y de seguro le quedaría más larga que la otra; el brazo derecho más corto que el izquierdo. Se imaginó a la diestra de Dios, a flor de labios con el Creador, con una sonrisa de dientes ajenos, cerca al Libro de los Siete Sellos, con unos senos desgonzados, sentada en la Escala Celeste con unas nalgas escurridas; en cambio Bolívar llegaría íntegro con su uniforme de húsar a la Resurrección de los Muertos, con un refugir de hermosura en el momento en que sonara la fanfarria del Juicio Final. Y entre más pensaba más ganas de llorar le venían, más deseo de buscar esos ojos que ya no se encontraban en sus cuencas porque el agua los arrastraba y los perdía entre un laberinto de algas. Recordó a aquella víbora de Guaduas, a aquellas ansias de morir de cuerpo entero,

aunque fuera con los retorcijones del veneno.

Necesitaba recuperar el tiempo que se iba reencontrarse con ella misma, pero nada consiguió; sólo llegó un cardumen de sábalos que entre mordiscos comenzaron a llevársela a las lejanas aguas donde nunca llegaría aquel hombre que la sabía estremecer entre sus piernas.

Entre la corriente contempló a miles de cangrejos que se hundían entre el resplandor de las descargas eléctricas. Los rayos pegaban contra la superficie del mar para abrirse paso más abajo en raíces de luz y ella, estremecida por el tronar y los ramales azules, comenzó a recorrer todos y cada uno de los instantes de su vida. Pensó: "Me muero, esto pasa cuando uno se muere". Creyó ver a lo lejos al marinero holandés que venía a despedirse para siempre con su sonrisa de ángel. "Adios, respondió, adios marinero del alma". En el horizonte el Sol comenzaba a hundirse en su nuevo crepúsculo.

Cuando Humboldt llegó a este punto de la lectura acarició complacido el libro forrado en piel de carnero. A paso lento comenzó a subir las escaleras para contemplar el cielo.

La hoz de Venus y la constelación del Barco se difuminaban bajo los rayos del Levante. Humboldt, en la azotea preparaba con Sinforoso los instrumentos que le permitirían aquel día contemplar el eclipse de sol. El pintor había amanecido más hablador que nunca. Preguntaba todo lo que se le ocurría en espera de conocer de boca del barón los sucesos del castillo.

-Ya le dije hombre, ya le dije -terminó por responderle Humboldt, con el claro propósito de no comentar más sobre el asunto. De inmediato se dirigió al otro extremo de la terraza para poner los relojes en la hora según la altura correspondiente. Las nubes de tormenta de aquellos días habían desaparecido por fin y él confiaba en ver de nuevo al cuervo que había desaparecido el día en que los jóvenes esposos José Felix Ribas y Josefa María Palacios partieron a la ciudad de Caracas.

El barón, con el libro siempre debajo del brazo, caminaba de un lugar a otro con un pedazo de papaya en una mano. Del bolsillo del chaleco sacó una medalla de oro que había encontrado dentro del libro que DeForest, el húsar del castillo, le

había obsequiado. Sin que Sinforoso lo notara la observó con mucha atención. Después de limpiarla con la manga de la camisa pudo leer con más claridad las palabras que en ella estaban grabadas: "De los caballeros de San Juan de Jerusalén de la felicidad de esta parte de América, a los caballeros de la Logia de Lautaro". Más abajo en otros caracteres se leía: "1814". Humboldt seguía sin entender aquello de la fecha adelantada. Miró al cielo y notó cómo el Sol corría con relativa calma hacia el cenit.

Los raros fenómenos atmosféricos no desaparecieron por aquellos días. La temperatura era asfixiante y sin embargo el termómetro no subía mucho: por las noches sólo señalaba 26 grados, pero la pesadez de la atmósfera mantenía a todos amodorrados como si se tratara de la hora de la siesta. Gracias a ello Sinforoso mandó a instalar una nueva tina metálica en la azotea. Según las necesidades del trabajo empleaba la que más le convenía. Unas veces se estaba arriba en la azotea, agradecido con el Sol y en otras abajo, en la sala, para adecuar los tonos de sus pinturas de acuerdo a la intensidad de la luz interior. En ocasiones, llenada la tina con agua, se metía desnudo a trabajar con ahinco. Aquella fresca acuática en medio de soles caniculares lo ponía más activo. Su pincel corría con mayor facilidad hasta el punto de realizar, en poco tiempo, una actividad programada para más días. Humboldt y Bonpland veían complacidos aquellas excentricidades del pintor, mientras Altagracia Bustamante se cubría los ojos para pasar delante del "divino desnudo",

como muchas veces sonrojada solía ella y los demás llamarlo. Sinforoso recostaba su espalda sobre uno de los costados de la tina y con las piernas dobladas, se sentaba en el agua. Había mandado a fabricar una especie de puente en madera, sobre el cual colocaba el lienzo. Humboldt terminó por llamar aquel simulacro de atril "la catapulta de Sinforoso". De un piso a otro transportaba a diario su catapulta según las necesidades de luz o sombra. De vez en cuando Sinforoso se levantaba de la tina de baño y se asomaba a la baranda de la azotea, donde una bandada de pechiazules descendía del cielo a robar el maíz que dejaban los pavos en el corral. Humboldt y Bonpland, contagiados por el entusiasmo del pintor, habían trasladado a la terraza sus mesas de trabajo. Protegidos del intenso sol por un cobertizo, se dedicaban entre risas y chanzas a realizar notas y clasificar la infinita cantidad de plantas que a diario recogían en los alrededores.

-Dicen que en la ciudad de Mariquita, en el Nuevo Reino de Granada, el sabio José Celestino Mutis trabaja también metido en una tina - comentaba Humboldt.

-Coincidencia de sabios -respondía Sinforoso, desprevenido y feliz de la vida, al tiempo que lanzaba una pincelada verde sobre el último lienzo que yacía sobre la catapulta.

Ante la ausencia de mosquitos que el viento ahora barría, el barón decidió llevar su hamaca a la azotea. Con el cielo abierto a su disposición, podía estudiar la posición de muchas constela-

ciones que por primera vez veía en su vida sobre este hemisferio del planeta. Sinforoso y Bonpland eran ahora los que compiaban al barón. Los tres hombres, metidos en sus hamacas dedicaban muchas horas a hablar sobre sus últimos descubrimientos y medidas, así como de los acontecimientos cotidianos. Entre risas, los sorprendía la madrugada, pero casi siempre era Humboldt el último en dormir. Hablaba durante muchas horas, hasta que comprendía que tenía que callar porque sus dos compañeros ya dormían bajo el plácido vaivén de las camas colgantes.

Humboldt observaba entonces cómo la ciudad poco a poco apagaba sus luces. Con las manos en la nuca contemplaba las estrellas del cielo meridional. Precisaba las constelaciones de la Grulla y de Barco, cuando sintió abajo, en la calle, el piafar de muchos caballos. Se asomó y vio a treinta y tres caballeros que apeaban de sus cabalgaduras en el antejardín de su casa. Tomó su pistola y sin despertar a sus amigos salió a atender a los extraños visitantes.

Los hombres saludaron con mucho respeto. Sin mediar otra palabra preguntaron donde quedaba el castillo. El barón señaló el lugar. Entre las sombras de la colina se adivinaba la edificación.

—¿Allá?— Señaló uno de los hombres como si quisiera asegurar lo dicho por el barón.

—¡Allá!— Confirmó Humboldt. Entonces vio al cuervo. Iba sobre un guante de cetrería del primer caballero que dirigía la partida. Estaba lustroso. Sus alas relucían bajo la negra noche que se perdía sobre la rítmica y sonora calistenia del

mar. Los jinetes se pusieron en marcha en dirección del castillo. El ruido de los cascos resonaba sobre las piedras. Se les oyó cruzar las aguas del río. Primero como bronces, después como chapaleo de peces. Una vez en el fuerte se pudo escuchar el relincho de las bestias sobre el silencio de la noche.

Alejandro von Humboldt decidió seguir a los caballeros. Por precaución esperó a que adelantaran su marcha. Su paso se adaptó con facilidad a la oscuridad reinante. El rayo perdido de una estrella lo guiaba seguro por aquella senda que ya podía reconocer con los ojos cerrados. Una vez en la cima escuchó el sonido del mar que se estrellaba contra la distante playa. Miró con sigilo a su alrededor hasta reconocer frente a él la nocturna figura del castillo. Poco a poco el cielo comenzó a cubrirse de una niebla rojiza y sofocante. "El aire parece carbón encendido", dijo, mientras se secaba con su pañuelo el calor de la nuca. Sin embargo, al pisar el suelo seco y polvoriento de la entrada, notó como un airecillo fresco venido de las altas sierras de Brigantín y Tataracual, se desgarraba con suavidad contra el salobre olor del mar que se recostaba sobre las gruesas paredes del castillo. Como era su costumbre quiso arrojar una piedra, pero se contuvo. No quería que lo sorprendieran los granaderos. Adentro del castillo la soledad era casi absoluta. Sin embargo, al llegar a la puerta principal, encontró unos leños que ardían sobre el piso. Las llamaradas reflejaban largas sombras que se escurrían temblorosas. Notó con curiosidad como ya no había

hierbas entre las piedras. El polvo había desaparecido de los rincones y no se respiraba aquel olor a abandono y humedad. Descendió las escalas que conducían a los nichos. Cuando pisó el último escalón encontró que el esqueleto humano había desaparecido. Comenzó a buscar en cada agujero. Agachado, sobre el piso rastreaba cualquier indicio que le pudiera indicar su paradero. Cuando quiso de nuevo erguirse escuchó el nervioso movimiento de la caballería. Trató de subir de inmediato las escaleras, pero sus pies no obedecían las exigencias de la prisa. Creyó que sus zapatos eran de plomo y que la noche depositaba sobre él los rojos nubarrones que hacía poco había visto llegar de las sierras. Cuando logró alcanzar las afueras del castillo, escuchó los chasquidos secos de los relámpagos contra el cielo que presagiaban la inminente llegada de las lluvias. Contempló los nubarrones que se habían colocado justo sobre su cabeza. Sobre la constelación del Cangrejo volaba una bandada de pechiazules.

Al llegar a su casa encontró despierto a Bonpland quien examinaba una planta inclinado sobre la mesa. Sin decir palabra se acostó en la hamaca para recuperar el sueño perdido. Soñaba y los relámpagos se encendían a través del cielo. El grito de un garza en la oscuridad se ahogaba entre las descargas eléctricas.

-Garza -exclamó dormido y una fuerza brutal lo estremeció en la hamaca. Creyó que un ave de largas patas lo zarandeaba hacia el cielo. Abrió los ojos y vio como Bonpland salía despedido sobre la mesa de trabajo. El agua de la tina de Sinforoso se

había regado y el pintor, enrollado en su cama colgante, guindaba con la cabeza hacia el piso.

-¡Es el fin del mundo! -gritó Altagracia Bustamante con las manos en los cabellos. Humboldt trató de tranquilizarla, pero las sacudidas sísmicas le hacían perder el equilibrio. La población, en las calles corría despavorida de un lado a otro. A los continuos movimientos se añadía ahora una violenta tempestad que esparcía por todo el firmamento rayos y centellas. Sinforoso con los ojos aún perdidos en el sueño se aferraba a su cuadro. Tambaleante, notó extrañado cómo el óleo se diluía con los goterones del aguacero.

-¡Dios mío perdona los pecados de los masones! -gritaba Altagracia.

Mojados por la lluvia torrencial y acostados en el piso, Humboldt y Bonpland, contemplaban felices el fenómeno.

-El Sol -decía el barón -luce ensanchado, ladeado y dilatado por los bordes.

-Los colores se hacen más diáfanos -respondía su amigo -, transparentes, como si estuvieran a punto de desaparecer.

-Si -exclamó Sinforoso y de inmediato dijo "no", confundido, cuando comprendió que no hablaban de su pintura.

-Cada vez que ellos llegan se desbarata el mundo -insistía el ama de llaves.

-Cuando cada quien está en lo suyo se arma la torre de Babel -terminó por agregar el barón. Entretanto, Sinforoso, al calmarse la tormenta y a la llegada tibia de los primeros rayos de sol, enderezó su tina y después de llenarla con agua,

se metió en ella a tratar de rescatar los colores perdidos. Cumaná bien pronto retornó a la normalidad y la pintura de Sinforoso renació casi sola, con su frescura tropical de siempre.

En el momento en que el segundo satélite de Júpiter hacía su inmersión y la constelación de la Grulla propiciaba grandes variaciones, aparecieron por última vez los granaderos. Altagracia y Humboldt en su puesto de observación de la terraza, apreciaron su llegada. Los caballos hacían altivas cabriolas como si de esta forma buscaran despedirse de una vez por todas. Saltaban obstáculos imaginarios, atravesaban el viento como si fuera para ellos un competidor más al que había que alcanzar en alocadas carreras. Una noche, una noche llena de murmullos y de músicas de alas, Humboldt tomó su telescopio y enfocó la ruta de los granaderos. A través de la lente contempló el vuelo pausado del cuervo que los acompañaba.

Aimé Bonpland, alertado por las voces de Humboldt, llegó tarde para contemplar aquella cabalgata que la Luna iluminaba sobre la orilla del mar. Por días no dejó de preguntarse por aquellos francmasones que nunca vio.

—¡Masones!—gritó muerto de risa Bonpland, en otra ocasión cuando sobre el cielo aparecieron millares de bolas de fuego que iluminaron la oscuridad. Las fulgurantes estelas de los meteoros hicieron que los gallos cantaran más temprano confundidos con tan prematuro amanecer.

Sinforoso se levantó de su hamaca a observar. Desnudo se dirigió a la baranda de la azotea donde

Altagracia imploraba con los brazos abiertos. Las nalgas del pintor relucían transparentes, escuálidas, tras la fugacidad de los meteoros.

Un domingo de sol la cabeza del general Ribas amaneció colgada de la punta de una lanza en la Plaza Mayor de Santiago León de Caracas. Ni él mismo supo cómo había llegado hasta allí. Los hombres, después de quitarse el sombrero, lo colocaban sobre el pecho en señal de respeto, a escondidas de los españoles que habían tomado posesión de todos los rincones de la ciudad.

El general Francisco Tomás Morales, con un palillo en los dientes, se paseaba satisfecho desde la Iglesia de San Francisco al Palacio Arzobispal, con la convicción de haber sido, más que otro caso con suerte, un hombre realizado.

- Choque esos cinco dedos -decía a modo de congratulación a todos y cada uno de sus hombres en los paseos cotidianos. Desde el Palacio el arzobispo Narciso Coll y Prat sonreía con una misericordia que nadie, a excepción del oficial español beneficiado, le hubiese perdonado. Morales tenía además del don de la comprensión con los gestos humanos, el sentido de la prudencia, por eso, cuando alguien le preguntaba cómo había logrado aprehender y ejecutar a Ribas, él, que

dominaba las muecas, respondía con un movimiento de boca que su interlocutor interpretaba como punto final de la conversación. Entre más reflexionaba en sus paseos por la Plaza Mayor, más se convencía de ser el destructor de la República, de haber sido el gran vencedor en medio de aquella guerra de rapiña que dejaba a su enemigo Ribas mal librado por las ansias de poder y ambición desmesurada.

A medida que repasaba sus batallas, encuentros y escaramuzas, sus fantasías lo llevaban por hechos nunca acontecidos, por espacios de la imaginación donde todo era creíble porque todo tenía la posibilidad de ser. Inventó su propia historia, diseñó sus propios mapas de combate, planeó sus mejores estrategias, hasta que cansado de tanta trascendencia decidió no pensar más. Con un gesto que se hubiera podido calificar de máximo, llevó su mano a la sien para cerrarla con un movimiento espiral a modo de llave en candado y evitar así el escape de sus pensamientos. La guerra era ya asunto del pasado. No tenía las llamaradas ni el fragor que dejan las espadas y las lanzas cruzadas. Era tan solo un montón de días hueros que se ataban entre sí, como ropa sucia que espera su turno para ser lavada, mientras que él, por encima de toda bazofia, se sentía libre de hacer lo que quisiera, capaz de olvidar su pasado y convertirse sin sentimientos de culpa único entre los hombres.

—El ayer, mis luchas, mis muertos, todo —le comentaba al arzobispo Narciso —lo metí en un frasco, lo cerré con un corcho y lo arrojé al mar.

—¡Cuidado! —le respondía incrédulo su amigo de charlas —no vaya Bolívar y encuentre esa botella al mar ahora que navega a Sotavento.

Morales apenas sonreía seguro de no tener enemigo que le atacara la espalda.

Sólo el recuerdo de Ribas le llegaba como un clavo caliente en medio del pie.

—¡Ay! —decía y de inmediato callaba su monólogo para quedar con la boca abierta, en actitud de réplica frente a la cabeza del general Ribas.

Sus incongruencias se hicieron más notables. Su juicio no estaba escaso, se trataba de no saber ocultar como otros hombres los ímpetus de sus discursos secretos.

—Hablar solo —se decía a él y a nadie más en voz alta —es sembrar palabras en los propios oídos para que entren por donde deben, de las orejas al cerebro y no salgan al revés, del cerebro al viento.

El arzobispo, esta vez en la ventana del Palacio, apenas sonreía con aquellas ideas poco ortodoxas en un hombre de guerra que monologaba con un cráneo guindado.

En cierta ocasión, mientras realizaba su acostumbrado paseo, se dirigió a la lanza que sostenía la cabeza de su enemigo y después de desprenderla de la tierra, se marchó a su casa con ella, bajo la mirada de la población. El cuervo, parado sobre un cocotero soltó un graznido lastimero que inquietó a gallos y gallinas que de inmediato comenzaron a cantar y a cacarear. Siguieron los burros con sus rebuznos, hasta que el viento arrastró aquella algarabía hasta la Fosa de Cariaco en el Mar Caribe.

Morales, aún molesto por los gorjeos estomacales, se paró en el balcón de su residencia a la entrada del Cuartel General y propuso a la tropa el más extraño concurso que se recuerde en toda la historia de las guerras. Su tono de voz, en un principio bajo, comenzó a subir lleno de emoción. Había regresado a las arengas, a los discursos inflamados, a las voces de mando. No se arrepintió de retornar a lo olvidado, a aquellas historias donde el pasado reaparecía en primer plano plagado de marchas, victorias y derrotas. En medio de gritos y aplausos habló de hacer un cuerpo de trapo para colocárselo a la cabeza del general Ribas.

—Sin contendientes que marchen —decía— la guerra no camina. Que Ribas tenga cuerpo, pies y botas para enfrentarnos.

No acababa de concluir su idea cuando los niños aparecieron con bultos toscos rellenos de harapos para reclamarle el premio que les había prometido. La cabeza de Fernando VII rodó entre las monedas que lanzaba al aire para que la muchedumbre se diera por bien paga. Después llegaron sus soldados con unos monigotes grandes y descabezados que colocaron contra las paredes. Ninguna calle se escapó de aquellos improvisados monstruos. Fueron llevados y puestos en todos los lugares de la ciudad. Los recostaron contra las paredes de la parroquia de Nuestra Señora de Aitagracia, en la Casa de los Ejercicios Espirituales, en la Real Audiencia, en la Real Independencia y desde luego en la casa donde nació Francisco Miranda. Monstruosas bolsas de trapo impedían

el paso de los carruajes o se cruzaban como borra- chos sobre las veredas que conducían a ninguna parte. De aleros, faroles y puertas colgaban los monigotes descabezados en espera de una cabeza que les retornara la estética perdida.

Ribas se sintió complacido con aquel espectáculo que lo sacaba una vez más de ese limbo donde el flujo de la nada lo hundía en una caída perpetua. Hacía mucho tiempo que no gozaba de los beneficios de un cuerpo que lo desplazara por el mundo, que lo llevara por aquellos caminos donde al final aparece un albergue para los sueños. "Aunque sea cuerpo de trapo", pensó. Y se imaginó al paso de las grullas, escondido en una cueva de murciélagos alborotados, frente a un crepúsculo donde el rocío goteaba todo el zumo de su frescura.

Estaba tan feliz que no quería perderse de ningún movimiento de Morales. Lo veía pasar delante de los monigotes que a concurso exhibían pardos, mujeres y niños. Al final el español escogió un cuerpo militar patriota que le mostraba un niño. Hubo aplausos y protestas al mismo tiempo, pero los insatisfechos no tuvieron otra alternativa que aceptar una orden socarrona que se imponía al salir como murmullo por debajo de sus bigotes. Ribas había quedado de nuevo con cuerpo. La ceremonia de colocación fue sencilla pero a la vez solemne. Como si se tratara de un acto de elevación mostró la cabeza a la multitud reunida y poco a poco comenzó a bajar sus brazos para dejarla caer sobre el cuerpo del muñeco.

—¡Anda, vive! —gritó en forma irónica a la figura recién armada. Hubo risas. Desde ese entonces se

comenzó a hablar del amuleto de la buena suerte creado y obsequiado para beneficio de todos por el general Francisco Tomás Morales a las colonias de ultramar.

-¿Suerte? -refunfuñó desde la ventana del Palacio el arzobispo Narciso.

-¡Hummm!-Exclamó Morales cuando lo vio cerrar los postigos de la ventana.

Todo debía quedar resuelto en aquel momento, así que su voz de mandó ordenó en escuadrones los pardos que comenzaron a marchar seguidos de la multitud. Ribas, con su descachalandrado cuerpo de trapo, era llevado en andas como un santo en procesión. De nuevo, adelante de todos, examinó la vida que se le venía de frente.

-La vida -decía y era como si fuerzas extrañas lo halaran de un lado y otro, de aquí allá, sobre los costados que en algunas ocasiones lo aprisionaban y en otras lo dejaban suelto como una brizna al viento.

Lo que más lo tensionaba ahora era su vanidad. Había quedado como espantapájaros en desgracia. El uniforme roto y lleno de trapos, un brazo más largo que otro, la paja salida por entre la pechera, le hicieron pensar que ya no se haría merecedor del respeto de otros tiempos, cuando con mil hombres y con cinco piezas de artillería hizo huir a Morales de los campos de La Victoria. Una nueva fuerza lo impulsaba a recuperar la dignidad. Al querer mover una de sus piernas sintió un terrible malestar que estuvo a punto de hacerlo caer, pero se mantuvo erguido por la lanza que hacía las veces de columna vertebral,

atravesaba el cuerpo y sostenía la cabeza. A pesar de ello conservaba aún los desgastes propios de la inmovilidad durante tanto tiempo padecida. Giraba la cabeza y un balanceo la articulaba a los trapos de la espalda, como si todos los intentos vanos y malogrados del pasado recibieran ahora la recompensa de un final feliz. El deseo de caminar no arrancaba. Estaba fijo al piso, atado a su condición inanimada de monigote. Recostado contra una pared, no tenía otra alternativa que pensar que su miseria alguna vez sería conmovida por la grandeza. Poco le importaba no tener sus carnes. Le parecía más importante haber logrado aquel estado, donde nada era traslúcido, ni siquiera la intransparente razón de ser.

"La dignidad", dijo y después se abstuvo de continuar con otros comentarios. Ya no era necesario reflexionar sobre algo que estaba perdido allá abajo entre aquellos que organizaban la guerra. "Mis botas", gruñó. La falta de botas le hizo preocupar por cosas que hacía mucho tiempo había dejado atrás, como largas marchas donde los pies sin ellas sufrirían todas las cargas de los caminos. Con sentido crítico recriminó sus propias exigencias, insultó sus escrúpulos, condenó los arrebatos de los desánimos, hasta que en el ir de sentidos y contrasentidos reapareció el entusiasmo, la voluntad de proceder, las ganas de trepar por Ocumare de la Costa, nadar a brazo partido por el lago de Valencia y llegar a vuelo de alas a Puerto Inuya, cerca de la selva, en el Virreinato del Perú.

Su huida era inminente. Sólo bastaba un poco

de fuerza para iniciar el gran escape. Entornó los ojos al cielo en espera de obtener el permiso de continuar por el mundo. Al tratar de alzar uno de sus muñones se fue de bruces contra los adoquines.

—¡Aguántate cabezón! —gritó uno de los pardos cuando lo vio caer.

Ribas dio algunos botes por la pendiente hasta que el mismo Morales de un pescozón lo arrojó a una pila de muñecos que alistaba para quemar. En lo alto de aquella montaña de trapos, con la vista perdida en las nubes, buscó la forma de dejarse escurrir en procura de un lugar más seguro. La noche se precipitaba con rapidez sobre las farolas y teas que iluminaban la ciudad.

Los lentos deslizamientos que hacía al encorvar la espalda apoyado sobre los codos, reanimaron su idea de fuga. Se sabía dueño de aquel petaco que se escurría sobre esa montaña informe de basura y ropa vieja. Había avanzado a rastras algún trecho cuando tropezó con otra cabeza humana cuyos ojos le miraron con rabia. Se alegró de encontrar otro degollado que, como él, había sido colocado sobre un muñón de desperdicios.

—Soy el general Ribas. ¿Quién es usted?

La otra cabeza no respondió. Bastaron otros movimientos para darse cuenta que estaba rodeado de miles de cabezas humanas que reposaban sobre bultos de harapos. Todos los rostros lo miraban en silencio. Después de la elección hecha por Morales había alcanzado cierta importancia entre aquellos seres que lo rodeaban. Una sonrisa de satisfacción iluminó su rostro cuando pudo reconocer algunos de sus soldados. Eran los

hombres del regimiento Barinas los que ahora encontraba tirados por todas partes. Era como si a su alrededor renaciera un campo de batalla deshumanizado y perdido.

—Todo pueblo que lleve en su memoria una guerra como emblema, es un pueblo triste —murmuró. Sus palabras salían tenues, casi imperceptibles. Después de mucho carraspear logró una voz de mando que le satisfizo.

—¡A la carga! —Dijo.

Iba a arengarlos cuando lo halaron de una de las piernas. Era Morales quien lo ponía a salvo del fuego que comenzaba a consumir el arrume de piltrañas. Desde un alejado rincón vio cómo ardían las cabezas de sus antiguos compañeros de lucha. Un humo espeso y maloliente cubrió la plaza, mientras los pardos danzaban borrachos con las mujerzuelas que habían llegado a la fiesta.

—Esto es más cruel que cualquier guerra —repuso algo molesto por el espectáculo.

Morales decidió participar también de aquel improvisado carnaval. Su rostro, encendido por la luz de las fogatas, refulgía en cálidos tonos que le daban una apariencia vigorosa. La tropa, los hombres del Batallón Rey corearon y aplaudieron a su general. Entusiasmado por los primeros efectos del licor, llegó al rincón donde yacía Ribas. Después de hacer una amable reverencia, dijo:

—¿Gusta usted bailar conmigo, general Ribas?

El mundo daba vueltas hasta quedar todo al revés. El cielo se hacía más profundo y los tejados de las casas se estrellaban contra el suelo en aquella danza que lo colocaba de nuevo sobre el

movimiento perdido. Morales lo llevaba al ritmo de la música. Sin violencia, casi que por el aire lo alzaba de forma acompasada, como si no quisiera perder las notas que elevaban tanto al uno como al otro en círculos de traslación.

Después de varios giros Ribas logró zafarse de Morales para rodar calle abajo en medio de una multitud entregada al festejo y la alegría. Su pesado cuerpo de paja se desgonzó sobre el quicio de una puerta. Allí permaneció entre pensativo y cariacontecido, como si poco o nada le importara lo sucedido. Los apretones que le había dado Morales le hicieron captar el estado de su cara. Entendió por primera vez que muy poco se había conservado de su rostro. Su piel carecía de lozanía. Ahora no era más que un pellejo reseco que ha perdido para siempre el color de sus mejillas. Su nariz se alzaba insignificante, casi efímera en aquel conjunto que se mantenía proporcionado a pesar de las contingencias que había sufrido. Las cuencas de los ojos eran dos pérdidas profundidades que guardaban un par de ojos de tinte azul que mantenían una mirada dulce y lejana. Intentó en vano encontrar alguna parte de él que le fuera reconocible como propia. "No importa, el mar nunca se parece al mar", dijo. Quiso llorar, pero ni una sola lágrima le brotó. Luchó consigo, contra su desesperanza para traer el dolor de lo humano entre el llanto. Deseaba olvidar lo que el tiempo y las circunstancias le habían asignado que fuera. Se inventaba los más extraños métodos para escurrir de su memoria aquella imagen suya venida en silencio, arrimada como una extraña

a su ser más íntimo. La nueva imagen estaba amalgamada a él, apegada a sus huesos sin molestarlo, sin decirle que era su nueva presencia para toda la eternidad. "Ribas. ¿Dónde estás Ribas?" Se preguntaba. Su propia voz le respondía: "No te duelas de tí que tú eres otro, el nuevo, el feo Ribas venido a habitar este cráneo". Creyó por eso sentir compasión de otro, como si él fuera Bolívar salido del más allá, de esa región etérea donde todo lo definió con unos versos llegados como flores: "sombra inmensa como la noche, un ruido de sables y caballos rueda en fuga ilusoria; mientras sobre el desnudo cadáver del olvido canta su canto eterno y estruendoso la gloria".

—¡Ea! —Crió y comenzó a correr movido por aquellos pies de trapo que lo llevaban a horcajadas por las calles de Caracas. Vio venir un carruaje y esperó su paso para evitar ser reconocido. Recostado contra una farola, simuló la actitud propia de un espantapájaros. Sobre el carruaje en marcha el enano Cayetano lo saludó con su pequeña mano, mientras hacía sonar su látigo por encima de los bueyes que halaban aquella pesada mole de madera.

—¡Vaya! —dijo sorprendido Ribas. Tumbado a la vera del camino pensó que más allá de la muerte había otras muertes, otros mundos que como el suyo giraban a una peor tragedia, porque siempre era una tragedia estar y no pertenecer, permanecer y no ser propio, continuar y no acabarse, partir y estar atado, sometido a las circunstancias, a los sucesos más inesperados, al desgarré más íntimo de su ser. Anheló un cielo de ángeles y santos, un

purgatorio de almas que entre llamas se purificaban o un infierno eterno donde no había esperanza de salvación."¿Y si de pronto yo fuera un ángel?" Dijo. Buscó sus alas y sólo halló un montón de paja y trapo que caía por su espalda de muñeco. "¿Por qué no puedo ser un ángel, si hay un número de miríadas de miríadas y de millares de millares?". Quería estar en cualquier lugar donde todo estuviera definido, porque acá lo inesperado siempre, como en la vida, podía suceder. Cada vez que planeaba o suponía un rumbo, un camino nuevo lo arrastraba a lugares desconocidos, a espacios en los cuales los demás también le trazaban su ruta. Poco a poco perdió la ilusión de descansar en paz.

En su residencia de New Haven, el cónsul de Buenos Aires ante el gobierno de Washington, mister David Curtis DeForest, se dedicó a criar cuervos después de lograr una cuantiosa fortuna gracias a sus viajes de negocios por el Río de la Plata.

Un buen día, una vez agotada la existencia de pulpas de corazón de ternera y vísceras de buey sobre los comedores de las aves, entendió que su fortuna comenzaba a menguarse debido a los altos precios que tenía que sufragar por los alimentos que a diario devoraban los pájaros. Preocupado ante las dificultades económicas que se avecinaban, encendió su pipa olorosa a esencia de manzana y se asomó al balcón a contemplar el crepúsculo que caía en el horizonte sobre el bosque de abedules.

En el fondo de su veraniego solar, al cruzar el jardín de las begonias, había mandado a construir una inmensa jaula de puertas abiertas que en todo el condado se conocía con el nombre del "cuarto de los cuervos". Se trataba en realidad de un invernadero cuyas paredes y techos en vidrio

permitían el crecimiento de una flora exuberante que los cuervos disfrutaban con una continua algarabía. En cierta ocasión, DeForest descubrió que los cuervos habían aumentado en tal número que les era imposible caminar o volar en aquel recinto. Ante el desmedido aumento decidió utilizar el espacio de las caballerizas y el mismo jardín de las begonias. Tuvo entonces que vender los caballos y arrancar las plantas para poder construir un nuevo "cuarto" que le diera cabida a todos los pichones de cuervo. Con el tiempo ni los "cuartos" ni la misma casa dieron abasto para contener aquel creciente número de animales que nadie, absolutamente nadie distinto a la familia DeForest se atrevía a cuidar por temor a perder los ojos.

Virginia Cuperman, su mujer, fue la primera en protestar cuando el olor a caca de gallina comenzó a invadir los aposentos privados de la familia. Sus preocupaciones aumentaron con las cartas y quejas de los vecinos más próximos, quienes se vieron asaltados por verdaderas hordas de moscas que ya no respetaban los anjeos y demás trampas que habían aceptado colocar en puertas y ventanas. Cuando la pestilencia y las moscas se regaron como peste por todo el condado, el Departamento de Sanidad no tuvo otra alternativa que declarar el caso de los cuervos como un caso de calamidad pública.

Desde aquel entonces la familia DeForest fue conocida como la familia Cuervo. María y Emilia DeForest o María y Emilia Cuervo, decidieron no volver a la escuela cuando en uno de los tableros

de clase alguien escribió: "Afuera las cuervas que huelen a caca de gallina". Sobre las rodillas de su padre lloraron sin consuelo hasta que él, desesperado ante tanta adversidad, decidió regalar aquellos animales. Su larga permanencia en el sur del continente le hizo comprender cuán cierta era su soledad, pues casi nadie quiso recibir tan inusual regalo. Las pocas aves que logró colocar entre sus amigos, amanecían con el cuello doblado entre las jaulas. Algunos vecinos entre ingenuos e irónicos, decían que se trataba de una muerte por nostalgia. Muchas de las aves, sin ningún motivo aparente, recostaban su pico contra su pecho y así permanecían hasta que la muerte las sorprendía en el sueño. Otros, más sagaces en sus observaciones, dedujeron que aquellas muertes eran obra de una organización a la cual le atribuían el nombre de Liga Literaria Anticuervos. Según ellos, todo era obra de un pastor protestante, quien después de escribir un libro llamado *Memoir* contra el poeta Edgar Allan Poe, se había dedicado a perseguir todo lo que tuviera que ver con las imágenes creadas por el escritor educado en Baltimore. El reverendo detestaba a Poe porque Dios le había otorgado a un vicioso las facultades creativas que le había negado a un santo. Imposibilitado de escribir un solo verso, el pastor se las ingeniaba para grabar las iniciales de sus secreta sociedad, Liga Literaria Anticuervos, en las hojas de begonias que dejaba al lado de cada animal muerto.

Lo más curioso estuvo en que nunca hubo un cuervo muerto en los predios de la familia De

Forest, lo que sugería por parte de los habitantes del condado otra clase de consejas que inquietaban el ánimo del cónsul. Para acabar de una vez por todas con todos y cada uno de los comentarios, David Curtis DeForest optó por destruir los "cuartos" de los cuervos. El mismo, con su esposa y sus dos hijas, se puso a la tarea de romper los vidrios y derribar los marcos y bastiones de los invernaderos. Al final, cuando el ruido de la cristalería rota se hubo calmado, los cuervos regresaron y se instalaron entre las ruinas de sus antiguas habitaciones. Vivieron sobre los arbustos secos de los caídos viveros y se alimentaron de cuanto ratón y cornadreja encontraban. Por la noche volaban hasta el bosque de los abedules y desde allá lanzaban graznidos plañideros que desvelaban la población.

Perseguidos y asesinados por la supuesta Liga Literaria Anticuervos y en otras ocasiones por los cazadores furtivos que comenzaron a llegar de todo el país atraídos por la noticia, los cuervos del bosque de los abedules decidieron una noche regresar en bandada a la casa de los DeForest. Se metieron por las ventanas y puertas y produjeron tal alboroto que todo el condado de New Haven terminó por despertarse. Hombres y mujeres en batones de noche, con palos y escobas en las manos se hicieron a la calle. David Curtis DeForest, sereno y con la pipa encendida en la boca, entendió que aquellos animales habían retornado para que él los protegiera. Una sonrisa de complacencia brotó de sus labios. Algunas de las aves se posaron sobre sus hombros y con suaves

picotazos le espulgaron los cabellos.

Aquella momentánea felicidad fue interrumpida por la entrada de su mujer a la habitación.

—¡Mátalos! —le dijo.

David Curtis DeForest se estremeció de pavor cuando vio a su mujer que le ofrecía una escopeta.

—¡Nunca! —le respondió.

Virginia Cuperman negó tres veces a su esposo con la cabeza. Aún no comprendía si con aquel gesto aprobaba o compadecía al cónsul.

—¡Toma! —le insistió al brindarle por segunda vez la escopeta. El cónsul extendió los brazos en ademán de recibirla, pero el arma ya había caído con el estruendo de un disparo. Proyectil y fogonazo salieron de inmediato contra la imagen de DeForest que se reflejaba en el fondo del espejo, para partirla en mil pedazos. Los cuervos, asustados por el estallido de la pólvora y el estrépito de los vidrios rotos, comenzaron a chillar y revolotear de modo placentero en aquel recinto.

La mujer tomó a sus dos hijas de la mano y salió de la casa con los ojos llenos de lágrimas. Una vez en la calle escuchó la voz de su marido. Quiso devolverse, pero se detuvo porque no era a ella a quien hablaba, sino a los cuervos. Sacudió la cabeza, pero esta vez convencida de su compasión. La voz de David Curtis DeForest se perdía entre el graznido de los animales. A paso lento, con los brazos abiertos como un espantapájaros, había llegado al centro de la habitación para que las aves continuaran con su picotear. Tanto él como sus cuervos parecían recuperar la antigua confianza, la alegría con la cual acostumbraban

festejar la breve historia de todas las cosas. El cónsul DeForest no quiso desaprovechar esta oportunidad de entendimiento y les ordenó silencio. Los animales aceptaron el llamado, cerraron los picos y tras el vuelo corto se pararon en los bordes de los muebles. El cónsul, complacido ante tanta benignidad por parte de los pájaros, se sentó en un sillón y aspiró varias veces su pipa. De sus labios salieron canciones porteñas que las aves de inmediato corearon con sus graznidos. Una ronca sinfonía se esparció por New Haven. Sobre el amanecer se levantaron las primeras luces del sol, deseosas de absorber los últimos vestigios de la noche. "Y hubo un día denso de espiritual aroma, un día diáfano, de pagana delicia", cantó un cuervo con voz rugiente de león. Un ronco coro de graznidos repitió sobre el cielo el manto sonoro de su melodía: "Un día de pagana delicia".

De Forest se levantó del sillón y al doblar los pies hacia adentro, comenzó a caminar con la misma dignidad ridícula de un cuervo. Los pájaros lo observaron con detenimiento, con esa mirada indiscernible similar al silencio, llevados por una ternura de aristas fugaces, muy inaprensible en la blanca pupila de sus ojos. Una multitudinaria procepción de cuervos con una disciplina grave, de esas cuya belleza sólo se pueden aplicar al salvajismo que tiene en su brillo una esmeralda por fuera de las tinieblas. El cónsul estiró sus brazos como alas, se abrió paso por entre aquellos animales que lo seguían con un perdido foco de nostalgia en la mirada. Cuando hubo llegado al balcón empezó a graznar y agitar los brazos con

fuerza. Una equivalencia de vuelo llegó discreto en resplandores de plumas. De un brinco alcanzó la baranda. Al mirar hacia el bosque de los abedules comprendió que su suerte estaba en otro lado del mundo, sobre ese centro de líneas esparcidas que se abren en la rosa de los vientos para que toda salida sea posible, para que todo viaje comience a deslizarse más allá de las fantasías y concluya en terrenos geográficos verdaderos, llenos de hierbas, montañas, vinos y manteles nuevos para la alegría del gusto y los ensueños. Con majestuosidad, DeForest hundió su cara debajo del brazo y comenzó a rascarse el pecho. Los cuervos lo imitaron con la vana seguridad de realizar unos gestos venidos del pasado y del futuro. Cada erguirse en ellos era la admiración, la fresca constancia de estar frente a su maestro, ante el hombre que era capaz de enseñarles a volar, a realizar lo que ellos, como aves, llevaban en su interior ya aprendido en subterráneas fuerzas del instinto. DeForest transcribía en su comportamiento evidentes ganas pajamiles. Se espulgó las liendres, estiró una pierna, después la otra, siguió con un brazo, terminó con el otro. Los cuervos lo imitaron. El revolotear era ahora preciso, acompasado. Un azul intenso se fijó en el cielo. A medida que se alejaban, el azul se hacía más leve, menos oscuro sobre aquel bosque de abedules que los vio volar para siempre, hacia el sur del continente.

Humboldt recordó cómo Aimé Bonpland nunca estaba en los momentos en que el cuervo aparecía. Había una extraña coincidencia entre las apariciones del animal y las ausencias de su amigo que comenzaba a molestarle. No era algo serio como para atribuirse conclusiones. En el fondo sólo se trataba de esa clase de pensamientos inofensivos que aparecían cuando no tenía algo importante en que pensar y que desaparecían después sin dejar la menor huella de arrepentimiento. Hacía varios días que seguía con la misma idea: no apartaba de su pensamiento a un Bonpland rodeado de plantas y animales, perdido entre instrumentos y libros, siempre recién bañado y oloroso a lavándula, rodeado de dendroicas amarillas, o *Dendroicas petechias* como él las clasificaba, de *Pirangas ludivicianas* o sencillamente tangarás, como había aprendido ahora a llamarlas, pero nunca al lado de un *Corvus corax*, de un cuervo negro y rapaz. A Bonpland lo recordaba libre de picaduras de mosquitos, mientras él luchaba con insoportables ronchas que le hacían parecer una arepa de chócolo. Bastaba que pasara

una mala noche atacado por los insectos para que al otro día apareciera su amigo con la piel tersa, sin la menor picadura, con un "bonjour Alejandro. *Que mangez-vous pour le petit déjeuner?*" De inmediato contestaba él mismo: "Yo prefiero frutas".

Aquella mañana Humboldt había salido bien temprano a respirar un aire distinto. Al pararse frente a su casa escuchó la conversación de varios marineros daneses que entre gestos y gritos comerciaban con un grupo de negreros españoles su mercancía humana. Sobre la galería de madera había una muchacha de color a quien sus vendedores llamaban Jonatás, la hija del rey Benkos Bioho, señor del Africa. La muchacha se frotaba el cuerpo con aceite de coco. Alejandro Humboldt imaginó que tenía al frente una sirena negra salida de las profundidades del oceano. A la distancia, en las plantaciones, otro grupo de esclavos encendían hogueras. Un humo rojizo y tenue los acompañaba en la danza que se acomodaba a las notas embriagadoras de una guitarra.

Ahora probaba su soledad mar adentro en una barca. Sobre el piso de la embarcación, recostado sobre unas pieles de jaguar, contemplaba el alto cielo. El sol de mediodía estaba detenido en su sopor. Trataba de dormir pero la sed lo despertaba. Sobre el horizonte del golfo el aire vibraba en vaporosas capas que lo afianzaban más en aquel abandono sobre el vaivén de las aguas. No llevaba plan alguno. Navegaba sin sentido por el azul marino como sobre un territorio que hubiese querido abrazar como propio.

"Hoy me ausentaré de mí, me excusaré de mi presencia, diré adiós a mi envoltura y seré más amigo de ese otro ser que me amortaja", dijo. Aquellas palabras lo inquietaron. Tomó los remos en sus manos y procuró alcanzar de nuevo la costa. Las distancias que a la vista consideraba cortas, parecían crecer, explayarse hacia el infinito. A cada caída del remo alzaba la vista como si buscara encontrar un recuerdo impreciso de su amigo Bonpland. Sobre los cocoteros veía los buitres tamuros que dormían agrupados como gallinas en el corral. "Cómo harán para dormir con este sol", murmuraba y sus músculos pectorales se contraían y ampliaban con la fuerza que hacía para ganar ese territorio costero donde se sentiría más seguro. A lo lejos unos hombres a caballo parecían centauros alrededor de los esclavos que no cesaban de bailar.

Cuando estuvo sobre la primera calle del puerto divisó las paredes de las casas que refulgían con visos intermitentes de cal. Se animó a trotar. Deseaba estar bajo sombra, beber agua fresca de la tinaja y decirle a Aimé que ya había descubierto la verdad de todo, que ya sabía su secreto y que no podía engañarlo: "Quien navega solo adquiere la sabiduría. Por eso sé que eres un cuervo, Bonpland" y luego se reía en alemán, como acostumbraba hacerlo cuando se trataba de cosas poco serias. Ya sobre el portón de la entrada reflexionó: "Son las calenturas del trópico". Miró sobre las galerías y encontró que la muchacha esclava ya no estaba. "¿La habrán vendido?" Pensó. "La hubiera comprado para mitigar mi dolor". Se sorprendió

de tales ideas. A su espalda el mar corría sereno hacia el Este.

—Bonpland es un cuervo —gritó. Sólo lo escucharon los buitres zamuros que comenzaron a agitar sus alas. “No es correcto pensar esto. Menos de los amigos. Es imposible que un hombre se convierta en cuervo o que un cuervo se vuelva un hombre o las dos cosas al mismo tiempo o primero una y después la otra, o la mitad solamente, mitad hombre y mitad cuervo, sirena o centauro”.

Cuando traspasó el umbral sintió correr gruesas gotas de sudor sobre su espalda. Se dirigió a la tinaja y bebió grandes sorbos de agua fresca endulzada con raspadura de panela. No había nadie en casa. Un olor a zapote de mamey recién cocinado le hizo pensar en la proximidad de Altagracia. Entró a su habitación y con dificultad se quitó la camisa empapada de sudor que insistía en quedarse pegada a su piel. Con la punta de los pies se aflojó los zapatos. Sentado en la cama percibió el viento que parecía arder en bocanadas. Desesperado por el calor arrojó al aire su sombrero. Este voló por el centro de la habitación y cayó junto al cuervo que había regresado para establecerse de nuevo sobre el armario.

El barón comenzó a olvidar las angustias del día atraído por el animal que entrecabría el pico como si estuviera cansado. Para no espantarlo giró sus piernas con recelo sobre la cama y se acercó al escaparate. El cuervo, con las patas metidas en ademán reflexivo, se puso a caminar alrededor del sombrero. Humboldt silbó varias tonadas al azar como si buscara disuadir cualquier

malentendido. El cuervo optó igual actitud que su observador. Frente a frente iniciaron los dos un mutuo reconocimiento. Cabellera y plumas, boca y pico, uña y garra se encontraron. Al final Humboldt tomó la iniciativa y saludó complacido a su antiguo huésped:

—*Guten Morgen.*

El cuervo no respondió. Le pareció extraño que no lo hiciera. Estaba convencido de estar frente a su cuervo de siempre, a aquel que saludaba en alemán. Por un instante pensó en que el animal no quería descubrir su identidad.

—¡Hola Bonpland! ¿Qué tal? —Volvió a saludar el barón. Esta vez lo hizo en español para insinuarle que podían conversar en serio. El cuervo seguía sin proferir el menor chillido. Alzaba el pico y se ponía a caminar alrededor del sombrero, con las alas caídas al cuerpo como si se tratara de dos brazos en la espalda de un filósofo peripato.

El aroma del zapote de mamey se hacía cada vez más penetrante. Toda la casa estaba perfumada con el agrídulce de la fruta. Humboldt aspiró la fragancia:

—Has venido por tu porción de zapote. ¿Verdad?

—Cruac —le respondía el cuervo.

El barón notó cómo a cada frase suya el cuervo le respondía con un cruac afirmativo.

—Y yo —continuó— y yo, fíjate y yo que no sabía cómo decirte que tú, querido Aimé, eras un cuervo.

Iba a reírse en alemán cuando escuchó que alguien, desde afuera, trataba de abrir la puerta de su habitación.

-¿Quién es? -Preguntó Humboldt.

-Soy yo, Aimé -respondió Bonpland, quien en ese instante entraba feliz y risueño con un plato almibarado de *Calocarpum sapota* o zapote de mamey en la mano.

Es la Resurrección de los Muertos -exclamó Ribas cuando vio que en los escombros se movían algunos muñecos de trapo. Habían logrado salvarse del fuego y ahora, llenos de ceniza y con los rostros chamuscados estiraban sus falsas extremidades. Uno a uno se pararon apoyados entre sí o con la ayuda de lanzas y palos rotos que hallaron en la agónica quema. Sus pasos de trapo apenas se escuchaban en la soledad de la Plaza Mayor. Sobre el suelo quedaban los restos de la fiesta realizada por Morales y sus hombres. El enano Cayetano y su mujer dormían borrachos en las puertas de la catedral. Sus resuellos fueron interrumpidos cuando las doce figuras pasaron por encima de ellos. La enana abrió uno de sus ojos y de inmediato codeó a José Cayetano que entre bostezos vio alejarse a los monigotes que se bamboleaban sin ritmo o dirección conocida.

-Es la Resurrección de los Muertos -repitió Ribas cuando llegaron a la lanza donde alguien otra vez había colocado su cuerpo de trapo.

Los degollados doblaron con dificultad sus cabezas para observarlo. El sonrió a la espera de una respuesta amistosa, pero los muñecos conti-

nuaron indiferentes en su balanceo.

—Soy José Félix Ribas —increpó. Los monigotes le lanzaron al unísono una mirada fría que lo cubrió de abajo a arriba, de trapos a cabeza. El, sin dejar de sonreír, procuraba esquivar aquellos rostros inquisidores. Los contó y recontó de memoria, hasta que estuvo seguro que eran doce. “El tuerto debe ser Judas”, pensó. El tuerto, como quien adivina los pensamientos, le descargó un enérgico palazo en el pecho que estuvo a punto de tumbarlo de su lanza. Era la misma cabeza con la cual se había topado en la pila de muñecos antes de que Morales lo halara de un pie. El rostro conservaba la misma expresión de rabia, ahora mucho más agria ante la fría decisión de renacer en la guerra. Ribas al recibir un nuevo palazo comprendió que tenía al frente un enemigo peligroso. “Es Rosete”, dijo. Nuevas manifestaciones de violencia se hacían evidentes entre aquellos seres.

Ribas, para evitar ser golpeado torció su cabeza sobre el

hombro.

—¿Estás dormido? —Preguntó Rosete.

—Sí—respondió Ribas. El tuerto descargó un nuevo palazo que apenas llegó a los pies de trapo de su enemigo. El esfuerzo que acaba de hacer lo extenuó. Recostados unos contra otros, los monigotes quedaron inmóviles, como si de pronto se les hubiera acabado la cuerda. La Plaza se llenó de un largo silencio. Tirado por un par de bueyes hizo aparición el carruaje de los enanos.

—¡Ea! —gritó Cayetano.

—¡Ea! —le contestó su mujer.

—Cuando los dioses duermen, duermen los hombres—prosiguió el enano.

—Qué simpático eres —dijo Ribas. El enano después de mirarlo con curiosidad, le preguntó:

—¿Y tú quién eres?

—Yo soy el general Ribas...—

—Coronel más bien —le interpelló el tuerto Rosete. Ribas simuló no haberlo escuchado. Ofendido en lo más profundo de su ser, comentó:

—Vencedor de Niquitao y los Horcones.

Luego, sin apartar la mirada de su interlocutor, agregó:

—Y verdugo de un tal Rosete.

El ojo único del tuerto se abrió. Iba a arremeter a palos contra Ribas cuando el enano Cayetano con saludo y marcha militar comenzó a gritar:

—Soy Fernando VII, rey de España—. Los degollados voltearon sus pesados harapos para observar las piruetas que hacían los enanos.

Desde lo alto de su lanza Ribas increpó con rabia:

—Y yo por desgracia soy tío de Simón Bolívar.

No pudo continuar porque un ramalazo que cayó sobre su espalda le hizo ir al suelo. Había quedado boca arriba y le era imposible levantarse. Tendido como un cucarrón sobre sus alas rígidas, vio cómo uno a uno los doce monigotes comenzaron a mostrarte el trasero.

—Ustedes me vencen a mí, pero yo venzo a sus madres —gritó Ribas desde el suelo.

Los enanos se abalanzaron sobre él y después de abrirle la boca, lo obligaron a beber tragos

de ron del pico de una botella.

—¡Diablos!—Gritó la enana cuando se dio cuenta que el licor le salía a Ribas por la garganta. Entre los dos lo levantaron. El pesado cuerpo se tambaleó varias veces hasta que con un gran esfuerzo lograron que guardara el equilibrio.

—Un, dos, un, dos—corearon todos. La procesión de harapientas figuras se puso en marcha. Los enanos, a su lado, hacían volteretas. De vez en cuando saltaban para no pisar aquellas moles que caían y quedaban tiradas cuan largas eran sobre el camino. Ribas al final, acompañado por la pareja de enanos que habían decidido montar en su carruaje, comprendió que era el último sobreviviente de los caminantes. La marcha de los bueyes fue lenta, seguida de vez en cuando por el paso ligero de unas gallinetas de Guinea. Las aves calvas, de ojos rojos, con largas y delgadas plumas que caían desflocadas desde la mitad de su descubierto cuello, lanzaban voces desagradables que los enanos trataban de imitar.

—¡Están que menstruan!—Afirmó el enano Cayetano con el látigo en la mano. La mujer, desde el estribo, apenas alcanzó a oír a su marido que alzaba la voz en medio de la algarabía de las aves:

—¿Menstruan las gallinetas de Guinea?—Preguntó.

—Las gallinas no menstruan—dijo él.

—Entonces será Ribas—aseguró la mujer con una voz precisa que asustó a las gallinetas que de inmediato se alejaron del camino.

Ribas, ante tal ofensa trató de detener su paso,

pero ya para entonces el impulso que llevaba se lo impidió. Caminaba y caminaba hacia adelante llevado por una fuerza incontenible, como si le hubiesen colocado alas en lugar de aquellos pesados pies de trapo que ahora lo empujaban hacia las afueras de la ciudad. A la distancia vio el carruaje detenido y a dos diminutas figuras que se revolcaban y reían, rebozantes de una infantil felicidad.

El paso de Ribas se hizo lento, como si la nostalgia le hiciera perder los bríos que en un principio casi lo ponían a volar. Sus pies apenas se alzaban para marcar un compás sostenido sobre el mismo lugar. Al poco tiempo sintió muy cerca de él las pisadas firmes y acompasadas de los bueyes que arrastraban la carreta. —Nadie capa a un buey dos veces, a menos que lleve su repuesto—dijo.

Los enanos comenzaron a reírse. De un salto quedaron junto a él. Le acomodaron las tiras de paja entre los bordes de las mangas, le limpiaron el polvo de la cara con sus propias manos, le cosieron los jirones de su casaca patriota y por último lo subieron a la carreta.

—¡Huelen!—aseguró la mujer, al tiempo que se acercaba a las bestias de tiro.

—¡Los bueyes no menstruan—dijo con rabia el enano al notar que su mujer tenía intenciones de oler los traseros de los animales. Francisca Zorro, al ver la cara airada de su marido, ayudó a Ribas a subir al carruaje para que se sentara a su lado. Cruzada de piernas encendió un tabaco cuyas volutas se estrellaron contra las barandas de la carreta, bajaron por las ruedas y siguieron por

último el ritmo de sus giros.

-¡Ah! -Exclamó Francisca Zorro complacida de fumar.

Ribas contemplaba las fortificaciones que Bolívar había levantado para defenderse de los ataques españoles.

-Vamos a La Guayra -ojo satisfecho al reconocer el camino.

Los vaivenes de la carreta le impedían conciliar el sueño. "Mejor así, estar sobre tierra que enterrado en la oscuridad absoluta", pensó.

-¡Ah! - Volvió a exclamar la enana y de inmediato gritó algo a su marido, que Ribas no pudo entender. "Debemos estar cerca al mar. Las mujeres siempre gritan cuando ven el mar", dijo en voz baja.

-¡Que se quieren subir! -Esta vez escuchó con claridad la voz de la mujer que prevenía a su marido. Desde el pescante, el enano Cayetano haló las riendas y los bueyes detuvieron la marcha.

-¡Que se subieron las ánimas del purgatorio! -repitió la enana cuando vio que el enano se apeaba del carruaje.

-Me han quitado el tabaco de la boca -terminó por decir ella.

El enano de un manotazo tumbó el gorro frigio que llevaba en la cabeza y después de maldecir, gritó:

-Entonces, usted, don José Felix Ribas, se queda aquí para siempre.

Ribas yacía ladeado sobre el cojín y miraba asombrado el revolotear de las volutas de humo sobre su cabeza. De un estrujón el enano lo tiró en

medio del camino.

-Un, dos, tres -contó la enana y comenzó a cavar un agujero. Ribas entendió que lo iban a enterrar. Pensó en aquellos que podían estar mejor bajo tierra, rígidos en la oscuridad más absoluta, impropios pero portadores de una quietud y un sueño sigiloso. "Mejor así", se dijo con resignación. Un olor agrio lo reanimó. Aspiraba lo que más podía con la intención de que aquellos olores entraran por los agujeros donde antes había estado su nariz. "Son las ánimas del purgatorio" y de esta forma buscaba pensar en otras cosas para olvidar que estaban por enterrarlo. "Estar vivo o estar muerto es lo mismo. Lo importante es estar donde lo recuerden", se repetía.

Bajo tierra continuó con el olvido de su ser. Entre los trapos de su prestado cuerpo se arrastraban varias víboras que poco a poco hicieron su nido. "Cuando regrese de su travesía por el Orinoco, recuerde querido barón cómo cocodrilos y serpientes se entierran en el barro seco en espera de los primeros aguaceros que los saque de su letargo". Y repetía "querido barón", como si tratara de precisar dónde y cuándo había dicho esto. De la profundidad de su tumba surgieron más culebras que terminaron por rodearlo. Reptaban por intrincados agujeros, se perdían en oscuros socavones, rozaban sus sedosas pieles o se enroscaban entre ellas hasta formar contorsionados nudos. Otras, con enorme pasión, cohabitaban arrumadas. Abrían sus fauces y se mostraban los colmillos para seguir luego su sonámbulo deambular. Despaciosas, pero seguras en su

reptar, tomaban posesión de todas las profundidades de la tierra. Se concentraban en pequeños grupos que Ribas aprendió a reconocer con el tiempo. "Huelen", decía. Se acostumbró a aquellos olores, al paso frío de sus barrigas sobre su rostro, al beso de sus narices babosas y al rápido cosquilleo de sus lenguas. Del interior de su cuerpo de trapo los huevos fructificaron en reptiles que se esparcieron de nuevo entre aquellas piltrafas. De un lado a otro las culebras arrastraban tiras de trapo para formar sus nidos. Por primera vez se sintió orgulloso de ser un muerto útil.

Quería enterrarse, hundirse para siempre, sentir toda la tierra del mundo sobre él hasta que el cielo se abriera para anunciar la Resurrección de los Muertos. "La muerte es más tierna que la vida; en la muerte podemos acoger a otros seres como buenas madres". Al pensar en esto una culebra de fosfóricos ojos y nariz babosa lo empujó a espacios más profundos. De un lado a otro comenzó a ansiar un lugar dónde posar su cabeza, un hueco donde pudiera permanecer durante largos y eternos siglos. La paz de los sepulcros era su ambición. Un lugar de eterna tranquilidad donde la soledad y las víboras lo acompañaran.

"Antínoo", dijo de repente y se sustrajo al movimiento que le proporcionaba la culebra. Frente a él una enorme carraca de caballo le impedía el paso. El reptil, cansado de insistir ante el obstáculo, se enroscó a su lado y se entregó a un sueño vigilante. Ribas, con los ojos puestos en Antínoo, descubrió poco a poco todos los huesos del animal. "Boves no debe estar lejos. Nunca

abandona a su caballo", pensó. Se puso en guardia a la espera de su enemigo. Con mucha dificultad podía distinguir el espacio en el cual se encontraba. Sólo veía rocas, raíces y serpientes que se arrastraban. El cuerpo de Antínoo permanecía rígido con todos sus atavíos puestos. Sus mandíbulas y las tres borlas negras sobre su cráneo, hicieron reír a Ribas, pero se conmovió al recordar su propio rostro. "Hombres y animales somos iguales en alma y cuerpo ante la tierra y el cielo", dijo. Trató de pensar en una estrategia militar en caso de un ataque. La culebra de vez en cuando alzaba el cuello cuando lo oía disponer a diestra y siniestra sus planteamientos estratégicos. Por momentos sentía angustia ante la presencia de Antínoo. "Un caballo nunca abandona a su amo", pensaba y oía de nuevo en su recuerdo a Boves que cabalgaba parado en un solo pie sobre la montura de Antínoo por los llanos de Guárico. Sus prevenciones y vigilancias se tornaron insomnias en medio de la noche eterna que lo rodeaba. Con la guardia en alto, sin desfallecer un instante, sentía el transcurrir del tiempo con placer. De recuerdo en recuerdo, la imagen de Boves se agotó en sus contornos. De vez en cuando ante la insistencia de sus pensamientos, suponía que Boves, al desenterrar al huesudo Antínoo, aceptaría con mayor seguridad su suerte y que por lo tanto la guerra ya no significaría nada. "Sólo los vivos detestan la vida", decía. Pero miraba a Antínoo y estaba seguro que el asturiano volvería por su caballo. Conoció de los llantos de Boves cuando a la bestia la atravesaron con una lanza en las alturas del

Calvario. Ahora que lo veía en tan calavérico estado, decía: "este caballo de huesos tendrá que cabalgarlo un jinete de huesos". Por segunda vez se rió con gusto de sus malos pensamientos. Oculto entre las costillas de Antínoo donde lo había colocado la culebra, Ribas comenzó con el tiempo a querer cada vez más al caballo de su enemigo. Se sentía seguro en el costillar de la bestia, como si a cada instante aquellas óseas entrañas le transmitieran el calor del Asturiano. Había odiado tanto a su enemigo que ahora se confundía con él. "Un abrazo, le daré un fuerte abrazo cuando venga", decía. Pero era ahora Antínoo el que parecía reírse de mandíbula a mandíbula con los extraños pensamientos de su inquilino.

Las víboras reptaban indecisas ante la presencia de algo desconocido que las atemorizaba. Las miraba y las serpientes retrocedían para subirse unas sobre otras. "Debo tener cara de Boves", se dijo: "Eso me sucede por querer parecerme a lo que no debo". Le costó trabajo descubrir cómo su presencia tornaba recelosas a las serpientes. El orgullo del poder ante aquellos seres reptantes lo satisfizo. Si la necesidad se lo exigiera contaría con un ejército de culebras que cumplirían sus órdenes. "No es difícil encontrarla diferencia entre hombres y culebras", decía. Así se estuvo hasta que la fatiga y el sueño lo doblegaron. Su resistencia se menguó hasta el punto de olvidar por completo a Boves. Aprisionado en el interior de las costillas de Antínoo decidió descansar. "Mi culebra", murmuró al tiempo que reventaron del interior de su cráneo los huevos

depositados por su culebra. Aquel inesperado movimiento lo puso en guardia. A su alrededor había una gran excitación. Las culebrillas recién nacidas saltaban, se enroscaban o retrocedían presurosas en busca de un lugar seguro. Las sentía subir sobre sus pómulos, tropezar contra los huecos de su nariz, restregarse contra sus oídos. Recordó de inmediato a Boves. Una rápida mirada sobre Antínoo le tranquilizó. En el esquelético lomo del caballo pudo presenciar un nuevo grupo de serpientes invasoras que venían a devorarse las pequeñas. "Vida de víboras", pensó y al bajar de nuevo sus vítreos ojos buscó en el suelo la paz eterna.

Con el tiempo las lluvias terminaron por ablandar el campo. Entre los cuarteados surcos del verano corrieron arroyuelos que hundían sus aguas por entre las madrigueras de las víboras. La fuerza del agua las alzaba y las ponía a flote. Entre culebras y huesos de caballo, Ribas emergió a la superficie. El cielo nublado y tempestuoso apareció sobre su cabeza que corría junto con la turbulencia de las aguas. Al ceder la tempestad, sobre el fango reconoció a cientos de culebras que se perdían entre los arbustos y pastizales. "Dormiré, porque es el lugar de la muerte". Días después, cuando el sueño desalojó su mente, despertó con los graznidos del cuervo que giraba sobre el gorro frigio que aún conservaba sobre su cráneo.

En el fondo del mar se deshacía con rapidez. Las aguas la llenaron de una molición que la hacía luz sin vuelo en su desventura salada. Entre los poros de los huesos se filtraba un fluido que la desbarataba por completo, como si la herida total que la deshojaba en huesos fuera un trino quebrado en adioses calcáreos del profundo mar sin olas donde ahora yacía.

Después fue un roer de sales que le limó sus partes más secretas. Había salido mal librada del maremoto y era poco lo que aún quedaba de ella. Nunca más volvería a encontrar las partes de su cuerpo. El lecho marino la esparcía entre sus corrientes. Esos huesos, esa piel seca y esos hilachos de carnes untados de cal hirviente, serían de ahora en adelante sólo granos perdidos en el mar.

Estaba sin la compañía de sus muertos, sin saber si aquel abandono era obra del destino o del azar; sin un hombre que la acompañara, sin una vecina con la cual pudiera hablar, maldecir, chismorrear como tanto le gustaba. Ya no serviría de lecho materno de cangreja, no sentiría más

el caer de los huevos sobre su rostro o sobre aquellas partes donde el goce fue alguna vez un capullo de rosa encendida. Extrañaría el sonido de sus huesos contra las piedras o el burbujear de las espumas entre sus caderas. Ella, que había amado más que todas las mujeres juntas de la Gran Colombia, que había doblegado el corazón de Bolívar bajo la pasión de sus besos, estaba ahora vacía de amor, falta de amigos y de utilidad. El mar se crecía entre sus restos como un gigante indiferente. "Así debe ser Dios", pensaba, mientras que toneladas de aguas oscuras movían selvas de algas rojas y de peces que no se daban por entendidos, que no se volteaban a mirarla, que apenas se acercaban a ella para perderse de un coletazo en medio de aquellas praderas marinas donde la áspera flor de los submundos podría ser una esponja fósil, una estrella de mar comeostras o el roce de un esturión de hocico de pala.

Entonces sintió cómo una corriente marítima, la de Humboldt, la arrastraba plácidamente a un mundo etéreo y lejano. Bajo aquellas aguas vio por vez primera la imagen de un joven apuesto con acento alemán que hablaba con treinta y tres jinetes. Sobre el brazo de quien dirigía la cabalgata, como un azor sumiso en espera de una orden de su amo, descansaba el cuervo. El animal la miraba con fijeza, mientras aquel joven le entregaba a uno de los jinetes un libro voluminoso y pesado. El cuervo movía inquieto la cabeza de un lado a otro para dar aviso de su presencia. Abría el pico con desesperación, pero ella no alcanzaba a oír los graznidos que flotaban como una blanca melan-

colía entre el limo cruzado por moluscos bivalvos. Los jinetes, indiferentes al llamado del ave, se ocupaban de revisar el libro forrado con piel de carnero. Después partieron envueltos en la belleza de una brisa tranquila. Las ancas de los caballos relucían bajo la luna con una luz magnética, muy similar al entresoñado velo de la aurora boreal. Un rápido trote los internó por el camino que conducía a un castillo. Siete de aquellos jinetes bajaron de sus cabalgaduras. Sus vestidos de granaderos, con capas azules y altas botas de cuero, estremecieron el amor de Manuelita. Su capacidad de pasión le hacía pensar que no habían sido vanas las enseñanzas de la vida. Al mirar a aquellos nombres se hinchó de arrebatamiento. No dejaba de percibir la escrutadora mirada del cuervo que insistía en dar aviso a los caballeros de su presencia. Los rayos de la luna que se reflejaban en las alas negras del animal, siguieron los pasos de los granaderos en el momento de traspasar la puerta del castillo. El cuervo saltó del brazo del hombre que lo llevaba como ave rapaz de cetrería y se posó sobre una saliente de la ventana. Sus ojos fulgurantes se movieron inquietos. Creyó ver en ellos una lluvia de centellas que incendiaban la superficie del mar. De su pico abierto y de su garganta tensa salieron retumbantes graznidos que llegaron a inquietarla. Aquellos chillidos reventaban contra las paredes del castillo con la violencia de un trueno que se ripia sobre el más oscuro de los firmamentos. Al descender por la empinada escalera, los caballeros se detuvieron bajo el cielo de

una bóveda en cuyas paredes se abrían nichos donde dormitaban centenares de gallinas jaspeadas. Los hombres abrieron una capa de terciopelo azul y blanco y sobre ella colocaron a un hombre de tez rosada y barba castaña que yacía con una bala en el corazón. Junto a él había un esqueleto vestido de arlequín y que en vida pareció haber trazado su nombre sobre una pared: Fortunato. Entonces el cuervo levantó su vuelo y se detuvo sobre un tonel en cuyos listones se hallaba una placa de metal repujado "Amont" y cuyas últimas letras se hallaban desaparecidas entre la herrumbre de los años.

Otras visiones la sacaron del castillo y la hundieron de nuevo por la corriente marina de Humboldt que la esparcía entre sus aguas. Viajaba por tierras lejanas y desconocidas entre envolventes sargazos que flotaban por llanuras de aguas verdes.

"Sueño que me sueño", se decía y de abismo en abismo quería ver todo lo que a su paso encontraba. La luz, en el vacío del mar, iluminaba puertas cristalinas que se abrían con una sola mirada. "El cuervo es mi ángel de la guarda". El ave apenas la oía entre los relámpagos que incendiaban el mar, alzaba el vuelo para reaparecer después en medio de crepúsculos. "Tendré que olvidarme, agregaba entre el arrastre de las aguas, "volverme caída de ola, zarpaso de tiburón, bigote de medusa". Ya nada le importaba, tan solo soñar o ser soñada por cualquier ser que pareciera en el mar.

La corriente la llevó por tierras lejanas y

desconocidas. Aparecían ante ella regiones que nunca antes había imaginado. Hombres extraños entraban y salían de templos, incendiaban mezquitas, aromatizaban pagodas, oraban en sinagogas, cazaban con armas fulgurantes, estudiaban el cosmos con instrumentos como la esfera armiral de Santucci de Pomcrance que les decía que la Tierra es el centro del universo. Y allí, entre guerreros que se ajustaban cimitarras, perros de escurriente y amarga saliva, entre hipogrifos y grigos con pezuña de león y gárgolas de águila, vio a los jinetes del sueño que anunciaban la llegada del Juicio Final. En el brazo de uno de ellos el cuervo estiraba el cuello para mirarla, alzaba el vuelo y graznaba. "Lo eterno es un sueño que sólo se alcanza con los sueños". Estaba dichosa de pensar así, de verse cruzada por peces y dioses que vagaban entre el viento y empinados caseríos de los Andes. Ya no era pesada como los vivos o los muertos, era tan solo una brizna o una gota de agua entre las aguas del mar. "Yo semejante a la langosta del arrecife". Y luego pensaba que podía ser injerto de coral, pómulo de tortuga, escama de sábalo.

El cuervo daba vueltas a su alrededor, la ubicaba con sus ojos, la seguía entre la fuerza de la corriente. Las alas del ave se hacían más azules y aceitosas sobre el altivo cielo. Graznaba a su antojo, se dejaba llevar por el viento. Ella quiso traerlo, llamarlo hacia ese mar en el cual se diluía. Quería ser como él, poder perderse para siempre en cualquier lugar, desplazarse de sueño en sueño, de espacio en espacio, entre los círculos de la

esfera armilar de Santucci de Pomerance.

"Cruac-cruac", le dijo el cuervo. Creyó que la picoteaba y que de pedazo en pedazo, de miga en miga se iba entre el recuerdo y el olvido. Sobre el mar flotó su último sueño: veía como un joven colocaba sobre su pecho una condecoración que decía: "A Manuelita Sáenz, la Caballera del Sol, por su participación en la batalla de Ayacucho". Un valle lleno de gladiolos, geranios, amapolas, pensamientos, crisantemos, strelitzias y anémonas, abrió sus pétalos en medio de la tierra baldía, donde el vago recuerdo de todos los muertos se batía en un adiós como una bandera sobre todos los tiempos.

Hacia año y medio que estaba clavado en la punta de una lanza. Desde aquella altura podía contemplar el ir y venir del carro de bueyes donde los enanos transportaban los cadáveres de la guerra. Su oído se acostumbró a los gritos que el viento traía y a las constantes lamentaciones del arzobispo Narciso, quien con las manos en los bolsillos de la sotana pasaba delante del rostro de Ribas, ya agotado por las inclemencias del tiempo. El arzobispo lo miraba con respeto, se santiguaba varias veces y emprendía su camino por la ciudad dominada por los realistas.

Ribas aprendió a reconocer a los homicidas nocturnos por su modo de caminar, a los asaltantes por su santo y seña. Ubicaba con precisión el lugar de los incendios por la posición del humo y reconocía a todos los gatos del vecindario por el tono de sus maullidos. Se persignaba mentalmente con el hampón que arrodillado delante de él le pedía consejos para su próximo asalto. Todo lo que acontecía a su alrededor era un entretejimiento que no quería desaprovechar ante la obligada permanencia en aquel sitio.

En cierta ocasión, cuando la rutina le hacía

creer que todo parecía normal, descubrió que sucesos extraños alteraban su existencia. El arzobispo Narciso que tanto lo bendecía en los momentos de dificultad, volteó aquella vez por otra esquina como para no mirarlo. Caminaba erguido, casi de espalda a lanza sin santiguarse como era su costumbre. Después encontró que asesinos y ladrones hacían de las suyas sin mostrar el más mínimo respeto y consideración hacia él. Los tiempos en que se quitaban el sombrero para saludarlo habían desaparecido por completo. Ya no se arrodillaban al pie de la lanza para hacer sus súplicas y reclamos. En realidad lo que más le ofendía de aquel cambio de costumbres, era la indiferencia mostrada por los buitres. No hacían aquellas acrobacias de honor que terminaban en su cráneo. Le complacía aquellas plumíferas cachetadas con las que acostumbraban saludarlo y ahora las echaba de menos. Sólo el Sol, de modo preciso venía a despertarlo cada mañana. Las aves parecían preferir las cabezas de muertos recientes que la pareja de enanos situaban a su lado, apiñuzcadas muchas veces en jaulas con barrotes de cañabrava. Envidiaba el terror que refulgía en los ojos de los recién degollados cuando las aves revoloteaban encima de ellos. El desconocimiento que padecían los otros lo convenció de tener ante sí su principal problema, mucho más delicado que la muerte. Su nombre ya nadie lo recordaba. Ningún pardo sabía de quién era aquel cráneo que según algunos, estaba colgado desde la misma fundación de la ciudad. A nadie le interesaba ya a cuál bando había pertenecido. Si había

sido realista o patriota, ladrón o violador. Era sólo una calavera más en medio de otras calaveras que iban y venían al son de la guerra.

Los años, tal vez uno, tal vez dos, se acumularon como si hubieran sido siglos. El tiempo le entraba por los orificios donde suponía albergar los ojos y allí, con lentitud, se detenía día y noche, suceso tras suceso, hasta memorizar los mínimos acontecimientos de la Plaza Mayor. Acartonado como un cuero de vaca, se ufanaba ante la inexperiencia de los muertos nuevos, ante aquellos muertos frescos que dejaban sobre los adoquines. Los veía jóvenes a pesar de la avanzada edad que pudieran tener. Comparaba sus rostros con el suyo y encontraba en los otros una voluptuosidad que pronto se evaporaría, mientras él ya soportaba la cara burilada por la realidad. Se sentía dueño del tiempo que llevaba en su interior, del tiempo que estaba afuera de la Plaza y que a pesar de todas las intenciones no podía medir. Le satisfacía saber que los muertos recién llegados no tenían entre sus recuerdos un cabalgar de bestia en las profundidades de la tierra o el agite de la razón que se sentía perseguida por los graznidos de un cuervo.

A veces le llegaba un olor a pólvora que lo envolvía y le alimentaba sus sueños. Se renovaba con chismes, se revitalizaba con ideas triviales que recogía al aire sobre los truenos fugaces de los fusiles que le parecía escuchar ante el avance de los realistas.

En cierta ocasión escuchó la risa del cuervo. El ave murmuraba y callaba. Ribas se sintió

sacudido por aquella vez que lo llevaba a tumbos por mundos silenciosos y sin tiempo. Por la monótona cadencia de los graznidos pudo reconocer al cuervo que lo había acompañado tantas veces. El cuervo regresaba con un capullo de rocío sobre sus plumas. Su sombra caminaba sobre la Plaza, sacudía las alas sobre las jaulas repletas de cabezas cortadas y paso a paso, entre charcos y perros alzaba brevemente su vuelo sobre todos y cada uno de los cuerpos que los enanos habían arrumado en la carreta. Después de un minucioso examen, el cuervo se posó sobre la cabeza de Ribas y esperó con las alas abiertas a que pasara la lluvia. "Gracias cuervo", dijo Ribas complacido por el generoso amparo que le brindaba el ave ante las frías batidas del chaparrón. Ansiaba que el cuervo anidara sobre su cabeza. "Tendrás que traer a tu pareja para que los ayude a empollar", repetía sin descanso a la espera de ser escuchado. Pero el ave seguía sobre él, se aferraba con sus garras a los pocos mechones que estaban por caer y entre somnoliento y vigilante, metía el pico a un costado de sus alas.

El arzobispo Narciso, al hacer su diaria salida sobre el atrio de la catedral, encontró que el cuervo continuaba dormido sobre aquel cráneo que hacía tanto tiempo había olvidado. Llamó a dos de sus monaguillos y entre todos trataron de espantar a escobazos a aquel animal. En el ir y venir de palos, los monaguillos le mostraron al arzobispo una invasión negra de cuervos y buitres que en ese momento sucedía. Planeaban de modo armonioso sobre el multitudinario conjunto de cabezas que

guindaban de lanzas y jaulas. El arzobispo, consternado por los malos vientos que se veían venir sobre la ciudad, decidió dar media vuelta y retirarse a la catedral.

"Cruac", dijo el cuervo y se dedicó con paciencia a picotear la cabeza de Ribas. Aquellos picotazos le hicieron zumbar la bóveda craneana. El cuervo insistía y en cada punzada desprendía un pedacito de hueso que rodaba al suelo. Ribas comenzó a angustiarse ante la persistencia del ave que no suspendía las intenciones de abrir con su pico un agujero. El animal graznó repetidas veces y los cuervos se separaron de los buitres. Todos, en silencio, se posaron sobre las cornisas de la catedral. A un lado los buitres, al otro los cuervos. Después, en turno, uno a uno descendían para picotear la cabeza. Estaba sorprendido de la precisión con la cual hacían su trabajo. En orden los sentía llegar. Su vuelo sincronizado impedía que más de dos se pararan sobre su cráneo. Cuando el ave encargada de picotear calculaba que su turno había terminado, agitaba sus alas para que la siguiente se arrojara de las alturas en vuelo sinuoso y ocupara su lugar. Así se mantenía hasta que bajaba de igual forma otra para reemplazarla. El cráneo cedió y se partió en dos mitades. Desde ese momento Ribas sintió que el mundo se dividía en dos hemisferios. Tenía un ojo para mirar arriba y otro para observar abajo; un oído para escuchar a la derecha y el otro para oír a la izquierda. Y el mundo silencioso y sin tiempo se duplicó. Los espacios se tornaron dobles, dobles todos los problemas que antes visualizaba como

únicos. Cuando terminaba de entender lo que le pasaba a un lado, aparecía el otro lado y lo confundía. A cada lado del cráneo dividido se pararon otros cuervos que de igual modo comenzaron a picotearlo con insistencia. En el pedazo de la izquierda y en el pedazo de la derecha escuchó el retumbar de los ecos que le producían los picos de las aves. Lo volvieron a partir y el mundo se volvió cuatro: el mundo de la izquierda, el mundo de la derecha, el mundo de arriba y el mundo de abajo. Y fueron muchos los mundos que tuvo que entender, porque fueron muchos los pedazos en que quedó dividida su cabeza.

Todo comenzó a explicarlo desde varios puntos de vista. Ya no se trataba de su sobrino Simón Bolívar o del Rey Fernando VII, del mar o de la tierra, del día o de la noche, de pardos o de blancos. En lugar de uno llegaron al encuentro las posibilidades infinitas, siete o treinta y tres inmensurables situaciones o puntos de vista que se entrecruzaron y multiplicaron y ante los cuales no sabía qué camino optar.

Y por cada uno de los pedazos de cabeza dividida llegó un caballero y lo recogió. Entraron a la Plaza Mayor con los pasos leves de las gaviotas sobre la arena, con el airón de las cabalgaduras olorosas a canela y a vainilla, como si la fragancia de las especias invadieran el mundo. Cada granadero con un ramillete de flores se hacía imponente entre el piafar de las bestias. Flotaba en el aire el aroma dormido del alhelí amarillo, el terciopelo de la caléndula, el capullo del tulipán, las espadas de la siempreviva, los

discos abiertos de las azules ipomeas, el frágil crisantemo y el ensueño traslúcido de la orquídea de los Andes.

Virginia Cuperman pudo observar desde la calle el momento preciso en que los cuervos levantaron el vuelo por entre las ventanas de su casa y se alejaron entre graznidos sobre el cielo azul de New Haven. Al ver esto, tomó a sus dos hijas

de las manos y corrió con ellas para avisarle a su marido lo que acababa de suceder. La puerta de la casa estaba abierta y en el interior se sentía un tenue calor que llegó a confundir con aquel otro que emanaban las aves cuando estaban agrupadas en los recintos cerrados. Pero la casa estaba sola. En el comedor, entre la vitrina ovoide relucían las bandejas y copas de plata. Sobre el florero que descansaba sobre la cola levantada de un enorme pez de porcelana rosada, se veía un racimo de begonias recién puestas, en cuyos pétalos brillaban gotas de rocío. Le sorprendió encontrar todo en orden. Desde la invasión de los cuervos, tanto ella como sus hijas se habían negado a hacer el aseo diario. Por eso, durante meses, el excremento de las aves se regó por todos los rincones, aun sobre las mismas cortinas y paredes que no escaparon a la permanente digestión de las aves. Ahora todo era diferente. Sobre los pisos de mármol

relucían los destellos de luz que entraban con el sol mañanero. No había una sola mancha, un solo descuido en el orden de aquellos muebles que irradiaban la frescura del aseo. Temerosa de afectar aquella pulcritud, Virginia Cuperman y sus dos hijas decidieron quitarse los zapatos y dejarlos en el ropero de la entrada. Caminaban en puntillas, casi en el aire. Pasaron de habitación en habitación hasta descubrir que todo estaba como nunca y que no faltaba el más mínimo detalle en el arreglo. En la sala grande, contigua al estudio, al abrir la puerta de roble, dieron de frente con la figura de David Curtis DeForest. Sobre la pared, el cuadro al óleo de cuerpo entero sonreía. Los bigotes levantados y las anchas patillas que cubrían la mitad de las mejillas, le daban un aire imponente que se realzaba aún más con el uniforme azul de húsar. Virginia Cuperman se detuvo largo tiempo a contemplar la pintura. Sus ojos aguados en lágrimas reconocieron, al borde del óleo, la firma de su padre Sinforoso Cuperman. La desaparición de su esposo le contraía el corazón. Había subido y bajado varias veces las escaleras de la casa, había buscado en cada habitación, en el desván y en el sótano, pero su marido no aparecía. Estaba segura de no haberla visto salir en ningún momento. Ella, durante el incidente de los cuervos, había permanecido al frente de su casa con sus dos hijas tomadas de las manos. Sólo cuando los cuervos salieron agolpados por las ventanas, ella había caminado en dirección de su hogar sin perder de la vista las aves que se remontaban al cielo. Lo llamaba con angustia

una y otra vez pero el eco de su voz se estrellaba contra las paredes.

Un humo oloroso a manzanas se extendía a la altura de los zócalos hasta alcanzar como un halo su cabeza. A paso rápido regresó al estudio en busca de su marido. Al abrir la puerta del aposento vio moverse la mecedora del estudio. Entre sus labios Virginia Cuperman sostenía la pipa encendida. Después de sacarle la ceniza, la tacó y la prendió ansiosa de aspirar aquel aroma que tantos recuerdos le traía.

—¡David! —llamó con angustia sin que nadie le respondiera. El humo se hizo más difuso hasta que desapareció por completo. Con sus dos hijas recostadas en las rodillas, Virginia Cuperman recordó el vapor *Diana* donde había pasado con su marido la luna de miel por las costas de Suramérica. Lo recordó cuando, en compañía de San Martín, cabalgaba por el delta del Tigre. Su marido como espía durante la guerra de independencia, se había hecho merecedor de la confianza de los patriotas del Río de la Plata. Su trabajo consistía en alertarlos sobre el movimiento del enemigo con el envío de palomas mensajeras. "Son cuervos", le decía risueño San Martín cuando sobre su brazo sentía las patas de las aves. Los pensamientos de Virginia Cuperman se perdieron después en los jardines de la Casa Blanca, mientras David le enseñaba al presidente la más exótica colección de aves. "¿Dónde ha obtenido usted tanto pájaro extraño?" Le preguntaba James Monroe y él con una enorme sonrisa, le contestaba: "Del naufragio del Gram-

pus". En la memoria de Virginia Cuperman revoloteaban el petrel azul, la cerceta, el loco, el pato, la gallina de Port-Egmont, el cuervo marino verde, el palomo del Cabo, la golondrina de mar, el petrel de las tempestades, el gran petrel y por último un albatros en cuyo inmenso pico se agitaba con vida un bonito. Después, en las habitaciones privadas de la Casa Blanca, a altas horas de la noche, DeForest le enseñaba a Monroe el canto de estas aves y de muchas otras que había conocido a través de sus viajes por el Mar del Sur. El presidente tomaba igual actitud que DeForest para ejecutar los pasos y los guturales chillidos de pájaros, hasta que el amanecer los sorprendía envueltos en humo de tabaco de Virginia.

Virginia Cuperman despertó con la pipa humeante entre sus labios. Sobre el cielo de New Haven la noche había llegado tarde. El firmamento permanecía limpio y profundo. Después de recorrer calle tras calle, de preguntarlo entre amigos, de entrar a los lugares públicos donde él acostumbraba asistir, se encaminó al bosque de los abedules donde tanto tiempo se refugiaron los cuervos. Caminó entre los árboles que se erguían bajo la claridad de la noche de verano. A su paso descubría nidos que recogía y amontonaba en el ruedo de su falda para llevarlos después a su casa. De las jambas y dinteles de ventanas y puertas exteriores los colgaba con la esperanza de reencontrar a su marido. Sus hijas los llenaban con pepas de moras y en muchos de ellos sembraron begonias y jazmines. Aquella actitud de las DeForest suscitó los más mordaces comentarios

entre los vecinos del condado. La desaparición primero del cónsul y ahora la colocación de nidos en todos los lugares visibles de la casa, hicieron que la gente se apartara de aquellas tres mujeres. Enclaustradas, se vieron reducidas al aislamiento y a la soledad. Virginia Cuperman era ahora tan solo una mujer abandonada que no llegaba a la condición de viuda. Sentía en su interior un vacío que la halaba hacia lo inalcanzable, a ese lugar donde nadie la escuchaba porque nadie había. Sin amigos o parientes que la consolaran, vagaba entre sus propios sufrimientos. Las voces de sus conocidos que en un principio llegaban para decirle que David Curtis DeForest no había sido visto en el poblado, se hicieron cada vez más extrañas. Por la noche, después de acostar a sus hijas, se iba al bosque de los abedules. Paso a paso hundía sus pies entre el follaje que temblaba con el quiebre de las hojas y ramas secas. Cansada de caminar se recostaba contra uno de aquellos árboles. El viento se escurría entre las copas frondosas y ella ensimismada creía escuchar las notas de una dulzaina. Eran las mismas canciones que David Curtis DeForest interpretaba en Buenos Aires bajo el ombú de su casa a la orilla del Río de la Plata. Se tumbaba en los pastizales del bosque, mientras las horas corrían despacio en un cielo tardío que comenzaba a apagar sus luces. Delante de ella un ave pretel de carnívoras ansias devoraba dos niñas en el follaje del bosque. Abría los ojos sobresaltada y sólo veía a su alrededor la sombra que la noche depositaba sobre las hojas de los árboles. Un sueño más profundo la

sorprendió con un huevo de cuervo entre una mano. El huevo lo había encontrado en uno de aquellos nidos del bosque. Lo apretó adormilada y al romper la cáscara salió de su interior una sustancia pegajosa que terminó por escurrirse entre sus dedos. Se soñó de nuevo perdida en el desierto de la Luna. Atrás de ella, sobre la pared de la chimenea, un reloj movía la cadencia de un péndulo. Sobre el pequeño tapete de centro de sala una mesita de un solo pie, dejaba ver sobre el bordado un libro grueso forrado en piel de carnero. Junto a las ventanas un hombre ebrio de pronunciadas entradas en las sienes escribía y escribía sobre una mesa iluminada con la luz de dos candelabros. Al lado de aquel hombre, en una cama yacía ella a punto de desfallecer de fiebre y de tos. El hombre se levantaba tambaleante de su silla y le pasaba sobre la frente un pañuelo empapado en alcohol. El reloj, siempre detenido en las doce a pesar de la oscilación de su péndulo, invitaba a aquel ebrio a que se sentara y continuara su escritura. "Virginia", decía el hombre y ella sentía sobre el espaldar de la silla el continuo aletear del ave que graznaba por encima del escritor de sienes profundas, ojos claros y ondulados cabellos. "Nunca más, nunca más", decía el ave, y ella, entre el sopor de la fiebre, logró comprender que aquel poeta sólo escribía lo que le dictaba el cuervo.

*FIN*

1  
2  
3  
4  
5  
6  
7  
8  
9  
10  
11  
12  
13  
14  
15  
16  
17  
18  
19  
20  
21  
22  
23  
24  
25  
26  
27  
28  
29  
30  
31  
32  
33  
34  
35  
36  
37  
38  
39  
40  
41  
42  
43  
44  
45  
46  
47  
48  
49  
50  
51  
52  
53  
54  
55  
56  
57  
58  
59  
60  
61  
62  
63  
64  
65  
66  
67  
68  
69  
70  
71  
72  
73  
74  
75  
76  
77  
78  
79  
80  
81  
82  
83  
84  
85  
86  
87  
88  
89  
90  
91  
92  
93  
94  
95  
96  
97  
98  
99  
100